

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE ECONOMIA



Los años grises del oro negro

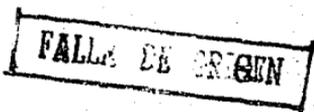
El mercado internacional petrolero en los ochenta

TESIS QUE PRESENTA

Jesús Miguel López Gutiérrez

PARA OBTENER EL TITULO DE

LICENCIADO EN ECONOMIA



MEXICO, 1989



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

LOS AÑOS GRISES DEL ORO NEGRO
El mercado petrolero internacional en los ochenta

INTRODUCCION	I
Un mercado en cambio	
El mito de Prometeo	
CAPITULO I: El siglo del petróleo	1
De las boticas a la industria	
Un reparto en familia	
El surgimiento de la OPEP	
CAPITULO II: Los años dorados	19
El embargo petrolero	
El segundo choque	
Del auge a la caída	
CAPITULO III: Los años grises	33
La gestión de la baja	
La guerra de precios	
El comienzo de la guerra	
Verano sin gloria	
Enfrentamiento en Brioni	
Principio de acuerdo	
Un aniversario en calma	
Adiós a Yamani	
Nuevo acuerdo, la guerra ha terminado	
Paisaje después de la batalla	
CAPITULO IV: El nuevo mercado	67
Las fuentes del crudo	
Recato con las reservas	
El ciclo pobres-ricos-pobres endeudados	
Tendencias del consumo	
En busca de la estabilidad perdida	
CONCLUSIONES	81
BIBLIOGRAFIA	95

INTRODUCCION

Un mercado en cambio

En una situación de abundancia de petróleo crudo y de precios muy inferiores a los fijados como meta por la OPEP, el editorial de la revista especializada *Petroleum Economist* de enero de 1988 recomendaba a los gobiernos de los países consumidores que "revisaran las estadísticas" para darse cuenta de algo "visible para todo aquel que tenga ojos para ver": que el mundo dependerá cada vez más del petróleo de la OPEP.

La revista, uno de los órganos más prestigiados en el medio, aconsejaba no dejarse llevar por la euforia de la abundancia. La mayoría de los analistas coinciden en este punto: un precio demasiado bajo del crudo no es lo más conveniente para los mejores intereses de los consumidores. El editorial proponía, para desconuelo de los ortodoxos, el inicio de pláticas y negociaciones con los países productores, dentro y fuera de la OPEP, para estabilizar los precios en un nivel superior al promedio de 15 dólares por barril de los primeros meses de 1988. Por razones de diversa índole, y seguramente también con metas distintas, los representantes de los productores comparten ese objetivo.

Las naciones consumidoras porque con un precio inferior a los 18 dólares por barril se desestiman los procesos de sustitución y ahorro de energía. Con ello se incrementaría a mediano plazo la dependencia del petróleo proveniente de la OPEP, se abrirían perspectivas de una total pérdida de control de los precios y se harían más vulnerables respecto de los acontecimientos de la zona turbulenta e inestable del Medio Oriente.

Los miembros de la OPEP porque la baja de los precios y de su porcentaje del mercado ha reducido sus ingresos en tal cuantía que ha puesto a varios de ellos en una situación límite. En las condiciones actuales, la OPEP recibe mayores ingresos con un precio estable alrededor de los 18 dólares, aunque para ello tenga que restringir la producción, que con mayores ventas y sacrificio de precios.

Los productores no miembros del cártel, entre ellos México, porque la

INTRODUCCION

baja de precios ha mermado los ingresos en dólares que requieren para servir sus abultadas deudas y porque muchos yacimientos podrían volverse incosteables o producir crudo que tendrían que vender casi al costo.

A nadie, salvo a los agentes de los mercados especulativos que trafican con barriles de papel, benefician los precios inestables y demasiado bajos del crudo. Las posiciones de todos los participantes en el mercado internacional del petróleo se han ido acercando paulatinamente. Hoy en día la situación es propicia para el diálogo y la negociación de mutuo beneficio o para una guerra prolongada en la que no habría vencedores.

Pero el mercado internacional de hidrocarburos, como cualquier otro mercado en el sistema capitalista de producción, no se deja regir por las estadísticas. Ante la actual abundancia de crudo barato, ninguna compañía va a explorar si no le resulta rentable, por más que le enseñen estadísticas sobre la reducción de las reservas probadas. Ningún negociante petrolero va a comprar crudo caro si lo puede conseguir barato, por más estadísticas que aconsejen lo contrario. Nadie va a dejar de vender petróleo pensando en el futuro, especialmente si necesita con premura los ingresos y advierte que los demás tampoco detienen sus ventas.

El petróleo es, pues, más una cuestión de buenos negocios que de racionalidad estadística.

A la OPEP y a los productores fuera del cártel les tocó pagar por no haber aprendido a tiempo esta simple verdad económica: una oferta saturada hace caer el precio y un precio demasiado alto tiende a saturar la oferta.

Al 1 de enero de 1981 los precios promedio del crudo en el mercado libre fueron de 35.49 dólares por barril, y algunas variedades del mismo, como el tipo ligero comercializado por Libia, alcanzaron los 40 dólares. Apenas seis años después, en diciembre de 1986, las cotizaciones promedio, medidas con el mismo método, fueron de 14.18 dólares el barril y hubo a lo largo de ese año una guerra de precios en la que algunos llegaron a ofrecer crudo a menos de 10 dólares el barril. En 1987 los precios se mantuvieron con variaciones cíclicas alrededor de los 18 dólares fijados por la OPEP como precio de referencia, pero para los primeros meses de 1988 empezaron nuevamente los indicios de una debacle similar a la de 1986, con las cotizaciones oscilando en torno a los 15 dólares por barril.

El 2 de mayo de 1988 la OPEP fracasó en el primer intento de reducir la producción de crudo en forma conjunta con otros siete países productores, entre

ellos México, para tratar de recuperar el control del mercado. Posteriormente, en su reunión de mitad de año en Viena, el 14 de junio, el organismo volvió a proponer el establecimiento de nuevas cuotas de producción para sacar el crudo del mercado y permitir que los precios se recuperaran.

Aunque estos esfuerzos no hayan fructificado, debido fundamentalmente a conflictos internos en el cártel, otras negociaciones están en puerta. Entre productores dentro y fuera del cártel y entre éstos y los consumidores. Los cabildos y reacomodos forman parte de un fenómeno global que tendrá suma importancia en el desarrollo de la economía mundial en los próximos años: la restructuración profunda del mercado de la energía.

Conforme el fin de siglo se aproxima, el mundo será más dependiente del petróleo, de la OPEP y del Medio Oriente, en ese orden de importancia, para satisfacer sus necesidades de energía. Aunque difieren en las cantidades, los expertos coinciden, al revisar las estadísticas, que a menos que haya un abrupto cambio tecnológico o sociopolítico, el consumo de petróleo tenderá a aumentar aunque sea lentamente. Hay coincidencia también en que en su mayor parte el crudo provendrá de los países integrantes de la OPEP, particularmente aquellos del Medio Oriente, debido a que cuentan con las mayores reservas probadas y los menores costos de producción.

Esto hace que el futuro parezca promisorio para la OPEP y sus socios más ricos. En algunos años más, cuando la mayoría de los productores independientes hayan agotado su petróleo económicamente explotable y las sociedades capitalistas sigan ávidas de hidrocarburos que muevan sus industrias, que sirvan de materia prima para múltiples productos y que ofrezcan combustible para sus vehículos, los consumidores se verán obligados a negociar con el cártel y seguramente a pagar un precio real mucho más alto que el que pagan ahora.

Pero el futuro empieza hoy y no hay largo plazo si no lo hay corto. En la actualidad, y por lo menos por algunos años más, el mercado resulta particularmente inestable y conflictivo. La capacidad de producción rebasa incluso las previsiones más optimistas del consumo. Ello hace obligatoria la regulación del volumen productivo si se quiere que los precios se recuperen. Sin embargo, la OPEP controla en la actualidad una porción mucho menor del mercado, debido a la llegada de nuevos productores que fueron atraídos por los altos precios que rigieron hasta 1981. Ni siquiera la propia OPEP logra que sus integrantes respeten las regulaciones y los acuerdos. Como consecuencia los precios se derrumban y los ingresos de los productores con ellos.

El propósito de este trabajo es hacer una reseña de la situación en el

INTRODUCCION

mercado petrolero internacional desde que los precios alcanzaron su precio techo hasta la situación actual. El objetivo es ilustrar la forma en que se ha conducido esta crisis y analizar los factores que la provocaron: indisciplina de la OPEP, cambios en la demanda de energía y surgimiento de importantes productores fuera del cártel. También se busca analizar el nuevo mercado de la energía que estos elementos han contribuido a formar y las perspectivas a corto y mediano plazos que enfrentarán los productores, entre los cuales nuestro país figura de manera destacada, aunque fuera de la OPEP.

En el primer capítulo, titulado "El siglo del petróleo", se presentan los antecedentes históricos del tema. Principalmente se narra la forma en que el petróleo se convirtió en el primer energético mundial, desde que era pregonado como aceite mágico para la cura de muchos males, a fines del siglo pasado, hasta que el motor de combustión interna y su uso en las plantas termoeléctricas y en la maquinaria industrial pusieron sobre un barril de petróleo los destinos de la economía mundial. Posteriormente se resumirá brevemente la forma en que las compañías petroleras conocidas como Las Siete Hermanas se dividieron el mundo petrolero y lo dominaron. Finalmente, se resumirán las circunstancias del surgimiento de la OPEP y sus primeros 13 años de vida, que pasaron más o menos desapercibidos hasta que en 1973 se tomaron medidas que cambiaron de forma radical el mercado.

En el segundo capítulo, agrupados bajo el título de "Los años dorados", se abordarán diversos temas relacionados con la época en que la OPEP pudo controlar la oferta de crudo en proporción suficiente, hecho que --junto con diversos acontecimientos políticos y sociales-- hizo elevar los precios a niveles nunca antes vistos. Se reseña el comportamiento de las cotizaciones y algunos de los fenómenos y expectativas que el éxito de la OPEP generó tanto entre los países consumidores como entre diversos representantes de naciones en desarrollo, que vieron en la OPEP una organización a emular.

En el tercer capítulo, bajo el título de "Los años grises", se describen los acontecimientos desde que las cotizaciones alcanzaron sus montos más altos hasta la guerra de precios de 1986.

En el cuarto capítulo, titulado "El nuevo mercado", se describe la situación actual del mercado y su comportamiento durante 1987 y los primeros meses de 1988. Asimismo, se estudian las perspectivas a corto plazo del mercado, de acuerdo con el papel de la OPEP, la negociación con las naciones productoras fuera del cártel y las perspectivas del consumo. Este mismo capítulo contiene un resumen de los hechos que provocaron la caída de los precios del petróleo y definieron un nuevo mercado. Los cambios en la

producción de crudos, las reservas probadas y la demanda son los principales tópicos. Se analizará también la indisciplina de la OPEP y sus fracasos en su intento de controlar la producción, principalmente debido a las presiones que sus integrantes tienen debido a la baja en sus ingresos por venta de crudo. Otro fenómeno a considerar es el surgimiento de importantes productores de crudo fuera de la OPEP y la influencia que ello significó en el mercado. Finalmente se analizarán dos fenómenos: los cambios en la demanda de crudo, producidos por las políticas de ahorro que pusieron en práctica los países consumidores, y las perspectivas a mediano plazo en el mercado.

Se presenta un último capítulo de conclusiones en el que se resumen los aspectos parciales de cada capítulo y se intenta una visión global sobre el problema de la inestabilidad y la baja en los precios del crudo. Se hace énfasis en la necesidad de que la OPEP recupere la cohesión y disciplina interna; en las perspectivas de una política de colaboración entre el cártel y los países no integrantes del mismo y, finalmente, en la necesidad de que tanto los países productores como los consumidores se adapten a una nueva situación cada vez más competitiva e inestable en un mercado en el que cada vez será más necesaria la actuación responsable de cada uno de sus participantes.

El mito de Prometeo

Uno de los efectos secundarios de la crisis del petróleo que comenzó en 1973 fue el interés que el tema despertó entre diversos economistas. No es que no hubiera consideraciones respecto de la importancia de las materias primas en los procesos productivos o la forma en que se transfiere al producto el valor intrínseco de los distintos insumos. Desde la teoría sobre la renta de la tierra, de David Ricardo, hasta algunos apuntes por diversos autores marxistas, el tema ha sido incluido como parte del análisis del sistema productivo. Dada la Ley del valor, según la cual es solamente en el proceso de producción donde se genera excedente, mediante el uso de fuerza de trabajo asalariada, la cuestión de las materias primas y sus precios no fue analizada en profundidad.

El llamado primer choque petrolero, que se generó a raíz del embargo Saudita por el conflicto con Israel, puso de moda el tema. Toda clase de teorías se elaboraron al respecto. Desde la de aquellos que culpaban a los árabes del desastre y quisieron explicar la crisis generalizada del capitalismo como una simple derivación de la cuadruplicación de los precios del crudo, hasta diversos teóricos del subdesarrollo, que vieron en la OPEP al instrumento de la venganza del Tercer Mundo, en el supuesto de que mediante organizaciones similares podría lucharse por el logro de "precios justos" para las materias primas, mismos que harían posible el inicio de un proceso de desarrollo económico.

Diversos factores han hecho que las aguas vuelvan a tomar su verdadero nivel. La OPEP fracasó en su intento de mantener precios altos del petróleo debido al surgimiento de productores fuera del cártel y a la saturación del mercado. La energía cara provocó también diversos cambios en el sistema productivo, haciendo más eficiente su uso y diversificando las fuentes. Por supuesto, los altos ingresos que los países exportadores de crudo tuvieron durante el periodo no sirvieron para desarrollar esas naciones. Por el contrario, aunque con muchas variantes, se convirtieron en sociedades compradoras de bienes de consumo o de capital que, lejos de atenuar las desigualdades sociales internas, las acentuaron hasta generar diversos conflictos sociopolíticos que, en el caso de Irán, terminaron en una revolución que empujó los precios del crudo más arriba.

A su vez, con los precios alrededor de los 10 dólares por barril, diversos voceros de los países industrializados empezaron a clamar por la estabilización y recuperación de las cotizaciones. Después de pasar casi diez años pregonando las desgracias que cayeron sobre la economía mundial debido al alza de los precios, tuvieron que reconocer que una cotización demasiado baja resulta perjudicial para la transformación en marcha del aparato productivo, para los mecanismos del comercio internacional e incluso por el cumplimiento en el pago de la deuda por parte de varios países productores de crudo.

Ni venganza de nadie, ni desastre universal, la energía en sus diversas formas ha sido una constante en la evolución del hombre, en su relación con los otros hombres y con la naturaleza. El mito de Prometeo del robo del fuego a los dioses como símbolo de liberación para los hombres, prueba la importancia que en todo tiempo se ha dado a la inversión de energía en la apropiación de la riqueza natural y la generación de valores sociales. El uso de la energía, sus fuentes y su consumo, son también elementos importantes en la diferenciación de las distintas etapas del desarrollo social. Dentro del capitalismo, algunos economistas han calculado que existen ciclos de largo plazo, las llamadas curvas de Kondratiev, que se relacionan con la revolución en los procesos productivos y, como consecuencia de ello, con las fuentes energéticas y su tipo de uso.

En 1982 los abogados de las principales compañías petroleras presentaron una demanda contra la exhibición de la película "La Fórmula", producida por Steve Shagan y protagonizada nada menos que por Marlon Brando.

El argumento del filme sugiere que en Alemania, en los tiempos aciagos de la segunda conflagración mundial, se descubrió la manera de terminar con los pesares de la insuficiencia energética. Una especie de piedra filosofal, de

vuelta a la alquimia, permitiría la creación de energía que garantizaría la abundancia y terminaría con el poder negociador de las compañías petroleras y, en ese caso, también con la OPEP.

Señala el guiño que la Alemania nazi, sin fuentes de abasto petrolero (es decir sin parte en el festinado botín de la colonización que en esa época se hizo del Medio Oriente), descubrió la fórmula mágica para fabricar petróleo sintético y mantener su aparato bélico funcionando. Al terminar las hostilidades con la derrota del Reich, la fórmula se habría perdido o, más intriga aún, habría sido depositada por alguna de las siete hermanas en alguna caja de máxima seguridad, para proteger la posición y las ganancias de toda la familia.

Emocionante y redondo como texto cinematográfico, el argumento no se sostiene para nada cuando se trata de explicar la problemática relación entre energía y sociedad. La desinformación en esta materia y el afán interesado de las tecnocracias gobernantes por darle un tinte conspiracionista o técnico a lo que en realidad son problemas sociales, conduce a que una parte de la sociedad espere que mediante servicios de espionaje (en algunos países le llaman "inteligencia"), de represión a los culpables o de sacrificio individual de un lúcido científico se resuelvan problemas que suelen estar en la raíz de la forma en que los hombres se relacionan entre sí para producir y reproducir sus bienes materiales de vida y su propia existencia social.

Ninguna fórmula, ningún golpe sorpresivo de la ciencia o de algún detective, puede permitir la continuidad de un determinado modo de producción si en su raíz éste tiene ya la esencia de su destrucción. Es más, aun existiendo la fórmula secreta del petróleo, y en el caso de que se le consiguiera sustraer de las arcas secretas, su implantación sería impensable sin una transformación social de raíz en los esquemas de producción y en las estructuras de poder internacional. Al igual que los alquimistas, que olvidaron que al convertir cualquier metal en oro, éste dejaría de ser atractivo (de hecho, en Colombia, en algunos estratos indígenas se usaba oro para fabricar utensilios domésticos comunes y corrientes, no por codicia o pretensión, sino porque ese era el metal más apto entre los disponibles en abundancia), los seguidores de las fórmulas mágicas no toman en consideración que al convertir a la energía en un bien casi gratuito ésta dejaría de ser objeto de los grandes negocios que sostiene actualmente, además de que la economía tendría que ser objeto de transformaciones profundas.

De hecho, las alternativas técnicas existen, aunque no tengan nada que ver con la magia. El petróleo sintético no es un mito cinematográfico. Se fabrica a partir del carbón y los esquistos y arenas bituminosas. También existen las al-

INTRODUCCION

ternativas del uso de la energía solar, la geotermia, la hidroelectricidad, el uso directo del carbón y el incremento en la utilización de la energía nuclear. Un nuevo sueño de fórmulas mágicas se ha venido a incorporar con los recientes avances en materia de superconductividad.

Desde luego es posible que un descubrimiento científico modifique radicalmente nuestras vidas. La dificultad nace cuando cada una de esas alternativas técnicas se contrasta con las realidades económicas. Ninguna fórmula, mágica o no, ha sido aplicable, ya sea en términos de costo-beneficio o debido a que su introducción en el sistema productivo requiere de largos periodos de maduración o de infraestructura y su introducción sólo puede darse con grandes inversiones y determinadas ramas productivas, lo cual también acarrea cambios en las correlaciones de poderío internacional. Las fuentes de energía no determinan las estructuras sociales. Al revés. De modo que las crisis energéticas expresan conflictos en la economía internacional y no, como muchas veces parece, son el origen de esas dificultades.

El estudio del desarrollo del capitalismo ha permitido identificar dos tipos de crisis que le son inherentes: los ciclos cortos o de baja en la tasa de ganancia y los ciclos largos o Kondratiev. Los primeros se producen por bajas relativas en la tasa de ganancia, desempleo creciente y desajuste monetario. Por lo general este tipo de crisis se resuelven temporalmente con reajustes regresivos en la distribución del producto social y con la eliminación de la competencia mediante el proceso de concentración y centralización de capital.

Las teorías sobre los ciclos Kondratiev no han sido suficientemente desarrolladas principalmente debido a prejuicios entre los economistas marxistas. Este tipo de ciclos, que llevan el nombre del economista soviético que inició su estudio (heterodoxia que le costó ser purgado durante la época de terror estaliniano), suponen la existencia de largos periodos de auge a los que siguen igualmente prolongados lapsos de estancamiento y recesión. Estos lapsos están asociados con cambios en los sistemas productivos que hacen más eficiente la producción, modificaciones en los precios o disponibilidad de insumos o materias primas y cambios científicos o tecnológicos que acarrear modificaciones en la economía o en alguno de sus sectores

Lo heterodoxo de esta teoría viene de que los ciclos largos suponen cambios en el sistema capitalista que, lejos de llevar al derrumbe automático preconizado por algunos teóricos dogmáticos del marxismo, suponen etapas en las que este sistema es capaz todavía de auspiciar grandes mejoras en las fuerzas productivas de la sociedad. Estos cambios traerían incluso un aumento relativo en los niveles de consumo de todos los grupos sociales, aunque la tasa de

plusvalor relativo se sostenga o aumente. La existencia de estos ciclos, que se presentan siempre con una enorme cantidad de contradicciones, contratendencias y ajustes en los sectores dinámicos de la economía y cambios en los sistemas financieros y de intermediación comercial, no niega la existencia de las crisis de corto plazo, de hecho, en la curva de auge y en la de caída de largo plazo se presentan una gran cantidad de curvas de corto plazo, ya sea de auge o crisis.

Los grandes cambios en el uso de los energéticos están asociados, por lo general, a curvas Kondratiev de largo plazo, puesto que la disponibilidad de una nueva fuente de energía o los cambios bruscos en los precios o la disponibilidad de los energéticos están ligados con grandes cambios en los sistemas productivos o en sus sectores de punta. Esta asociación no está determinísticamente inducida por las características objetivas de cada energético, por más que sea innegable que éstos influyen. El petróleo y el carbón eran conocidos desde la antigüedad. Sin embargo, el carbón solamente fue utilizado como energético fundamental en la economía de los principales países capitalistas (entonces el concepto de economía mundial aún no resultaba del todo adecuado) hasta que lo permitió la Revolución industrial, con sus máquinas-herramienta. Fue entonces que se inició la supremacía carbonífera. Igualmente el petróleo, ya mencionado en la biblia como el betún en que cayeron algunos de los que huían de Sodoma y Gomorra, no fue convertido en el oro negro que corre por las venas de la moderna sociedad industrial, sino hasta que en la segunda posguerra el desarrollo del capitalismo así lo permitió.

En el caso de la energía, a partir de 1973 quedó claro que además de los fenómenos de la economía era necesario estudiar la dinámica propia de este mercado, sus agentes más destacados e incluso los fenómenos a él asociados. El embargo del crudo y las alzas de precios se empalmaron con una crisis de corto plazo del capitalismo, en la que estaba presente la inflación, el desempleo, la baja en la tasa de crecimiento y los desajustes monetarios. Asimismo, los cambios en el mercado petrolero coincidieron con el inicio de la declinación de la curva Kondratiev de expansión que se inició en la segunda posguerra. Hubo enfoques que quisieron ver en el petróleo la causa de estos males. Hay quienes simplemente establecen una relación de causa y efecto entre las crisis económicas y los cambios de energía, como si el mercado no tuviera su autonomía relativa.

En este trabajo se intentará mantener un equilibrio entre ambos enfoques. Queda entendido que la dinámica del mercado internacional de hidrocarburos está determinada en última instancia por la evolución de la crisis del capitalismo y sus necesidades de ajuste para recuperar los niveles de ganancias. Sin embargo, se reseñan con detalle los movimientos particulares de una parte de

este mercado, aquel que todavía está bajo control de los productores, tanto en sus aspectos económicos más obvios, como en las intrigas palaciegas o los conflictos políticos que también afectaron al mercado.

Fe de errores y agradecimientos

Este trabajo tiene, además de las muchas de carácter involuntario, dos limitaciones deliberadas. La primera de ellas es que se centra en la parte de la oferta del mercado petrolero internacional. Ello se debe a la complejidad del estudio por el lado de la demanda, que implicaría un estudio a fondo del funcionamiento reciente de la economía mundial, cosa que rebasa con mucho las posibilidades del autor y el alcance de esta tesis. La segunda limitación es que, dentro de los factores que determinan la oferta, se hace énfasis en el papel que cumple la OPEP dentro del mercado. Las referencias a los otros agentes del mercado son prácticamente cruzadas. El papel de los productores independientes, la creciente importancia de los mercados de ocasión o a futuros, la importancia que todavía conservan las empresas transnacionales en la comercialización y refinado de hidrocarburos, así como otros factores actuantes en el mercado, sólo se abordan de una manera tangencial en torno a la reseña del papel de la OPEP. Ello no quiere decir que se menosprecien estos factores. Es, por una parte, una limitación impuesta por el tiempo y el espacio, ya que el estudio de cada uno de ellos daría por sí mismo para varias tesis. Por otra parte, es también el reconocimiento de que, a pesar de la baja en el peso relativo dentro de la oferta total, sigue siendo la OPEP el factor dinámico de este mercado, no sólo por su producción, bajos costos y grandes reservas, sino también porque es la organización más compleja, con estructuras orgánicas más acabadas y con posibilidades más realistas de convocar a la constitución de una política de largo plazo.

Es imposible citar por su nombre a todas las personas que ayudaron a la realización de este trabajo. Se correría el riesgo de convertirlo en un directorio telefónico. Ellos saben quiénes son y por qué lo hicieron. El autor se siente obligado y agradecido con todos y pide disculpas por los muchos errores que, a su pesar, quedan en el texto. Es necesario, sin embargo, citar por sus nombres por lo menos a tres personas sin cuya bondad, solidaridad y apoyo de base, este trabajo sería (por diversas razones) imposible. Ellos son Pilar Martínez Negrete, Hilario Cantú y Miguel Barco. Doy fe.

CAPITULO I

El siglo del petróleo

Citado como material útil para detener la putrefacción de los cuerpos al ser usado como embalsamante por los egipcios 3 mil 200 años antes de nuestra era, el petróleo ha tenido su máximo esplendor en este siglo. Prácticamente nada de lo que rodea nuestra moderna civilización le es ajeno. Está presente en casi todas las actividades económicas, en cada uno de los aspectos de nuestra vida cotidiana y, desde luego, en el ojo del huracán de los conflictos internacionales. No de forma gratuita ha sido denominado "el oro negro". Oro por ser la fuente de grandes riquezas e imperios económicos, y negro no sólo porque ese es su color natural cuando brota de la tierra, sino por la clase de conflictos y el tono de los negocios que se hacen a su sombra.

De las boticas a la industria

Al petróleo se le conoció desde la antigüedad y se le utilizó en las más diversas formas: como medicina, como aceite para iluminar, como ingrediente del cemento con que los babilonios hacían sus construcciones, como incienso en rituales y otras formas de uso según las múltiples civilizaciones en que se encontraba brotando naturalmente del suelo. Sin embargo, hasta su introducción como principal energético de la economía, el hallazgo de crudo no era muy bien recibido. Los peregrinos norteamericanos que iban a la caza de nuevos terrenos que colonizar exploraban y perforaban en busca de sal y agua, condiciones indispensables para su establecimiento. Cuando del pozo salía petróleo era una verdadera catástrofe: el hidrocarburo contaminaría el agua y arruinaría el terreno, obligando a una nueva búsqueda. Algunos de estos colonos, en lugar de maldecir su suerte, o además de ello, decidieron embotellar ese líquido negro y venderlo como medicina. Así, de pueblo en pueblo, al más puro estilo de los clásicos pregoneros, el petróleo crudo era ofrecido como elixir mágico contra diversos males. La roña, las molestias de la artritis, el reumatismo y otros muchos males eran combatidos por ese líquido mágico, según los vendedores más o menos charlatanes y embusteros que entonces recorrían los pueblos vendiendo toda clase de ilusiones. Uno de estos emprendedores

hombres tomó una muestra del elixir petrolero y lo mandó a analizar a la Universidad de Yale. Con el mismo método seguido hasta hoy por la mayoría de las grandes plantas industriales, es decir por medio de la destilación, se descubrió entonces que el petróleo es una mezcla de hidrocarburos, entre ellos aceites lubricantes y para iluminación, nafta y parafinas. Aunque no todos los componentes tenían un uso específico, el futuro era más que prometedor.

Tras varios intentos fallidos, el 27 de agosto de 1859 Edwin L. Drake, un antiguo empleado ferrocarrilero, aplicó con éxito la técnica de los sondeos y obtuvo algo espectacular: 4 mil litros de petróleo de un sólo pozo en Titusville, Pensylvania. Tres años después, un joven neoyorkino de 21 años, John Davison Rockefeller, hizo su aparición en una escena en la que después su apellido encabezaría un imperio. Tras algunos años de tanteo, Rockefeller creó la Standard Oil, una empresa que se integró verticalmente para el control integral del ciclo del petróleo: extracción, almacenaje, transporte, refinación y venta de productos finales. Este tipo de empresa sirvió de ejemplo para toda la industria y la estructura vertical influyó en forma decisiva (todavía lo hace) en el rápido desarrollo de este negocio.

También influyeron el menor costo de extracción, la mayor facilidad y el más bajo costo del transporte y la multiplicidad de productos que era posible obtener. En pocos decenios se desarrollaron y comercializaron soluciones técnicas para absorber prácticamente todos los derivados del petróleo. Si bien durante toda su primera etapa de comercialización fue usado básicamente como aceite para iluminación y calefacción, muy pronto los usos se diferenciaron. El motor de combustión interna, descubierto a mitad del siglo pasado y usado originalmente para bombear agua de las minas inundadas, fue acoplado al automóvil y destinado --la producción en cadena de por medio-- a garantizar un mercado en expansión para la gasolina. El motor diesel, fabricado en la misma época para consumir carbón, fue adaptado rápidamente para el consumo de nafta y comenzó a desplazar a las máquinas de vapor en la propulsión naval. La nafta comenzó también a competir con el carbón en la calefacción residencial y en las calderas de las centrales termoeléctricas. Posteriormente, se abrieron mayores horizontes al petróleo con el desarrollo de la aviación y la petroquímica.

Con el comienzo del siglo XX el futuro del petróleo está ya asegurado y trazado: ser el energético que, salvo algún cambio abrupto en la próxima década, acompañará toda la centuria.

La producción de petróleo crudo creció a un ritmo de 6.94% promedio anual entre 1870 y 1970 y su participación en la producción conjunta de energía por medio de combustibles fósiles, que a principios de siglo era prácticamente

despreciable, en 1970 llegó al 57%. Si el carbón fue el energético para el desarrollo de la industria pesada y varios servicios conexos (principalmente el ferrocarril), el petróleo contribuyó a desarrollar aún más esas industrias y agregó elementos que caracterizan a las modernas sociedades industriales: los bienes de consumo durables, el automóvil y artículos derivados de fibras sintéticas y nuevas materias primas.

Con el petróleo se da un paso más en la desvinculación de las instalaciones industriales respecto de la localización de las fuentes de energía primaria. En relación con la rueda hidráulica y otras formas de energía, el carbón había dado mayor flexibilidad. Sin embargo, las limitaciones y altos costos del transporte restringían en la práctica la instalación de las industrias a zonas en las que el abasto de carbón estaba asegurado a precios competitivos. Basta elaborar un mapa industrial de principios de siglo para darse cuenta que las grandes concentraciones industriales estaban asociadas con el carbón: el máximo ejemplo es el complejo industrial del Ruhr, que se desarrolló en una región muy rica en el mineral. Con el petróleo, los problemas de transporte disminuyen: por primera vez las concentraciones industriales podían encontrarse a muchos miles de kilómetros de sus fuentes de energía.

Sin embargo, además de las características objetivas del petróleo, otras cuestiones contribuyeron a la marginación del carbón y su sustitución por los hidrocarburos. El poder de las empresas transnacionales que se integraron verticalmente y mantuvieron durante muchos años el dominio del mercado, las tendencias dominantes del capitalismo a las que el petróleo resultó funcional y diversos factores de carácter político y social fueron determinantes en la elección de la nueva fuente energética.

Las características naturales del petróleo eran factibles de ser usadas para reforzar tendencias intrínsecas a esa etapa del desarrollo del sistema capitalista: separación de actuaciones, nueva división internacional del trabajo, separación más acentuada entre áreas desarrolladas con producción industrial de punta y áreas subdesarrolladas proveedoras de materias primas e introducción de nuevas necesidades y posibilidades de consumo, basadas en la diversificación de la oferta y la creación de necesidades para resolver las crisis de realización y poder maximizar la tasa de beneficio.

El éxito del petróleo también está asociado con el gran auge de la energía eléctrica como medio de consumo intermedio y final, fenómeno también ligado a las exigencias de funcionalidad del sistema. La iluminación artificial, mucho más eficiente que en el pasado, permitió ampliar mucho las posibilidades de vida urbana y, por lo tanto, de consumo masivo. Facilitó también la adaptación de los horarios laborales de acuerdo con las necesidades del ciclo productivo;

independientemente de la duración natural del día y la noche.

La era del petróleo también está ligada con las distorsiones sociales consecuencia del desarrollo capitalista. Los dos máximos conflictos del capitalismo, las dos guerras mundiales, están asociadas con dos distintas etapas energéticas. La primera con la era del carbón y la segunda con la del petróleo. Ambas fueron batallas intercapitalistas por el reparto de los mercados y las áreas de influencia, pero en el caso de la segunda fue además la gran batalla contra la expansión del comunismo en el mundo. Fue éste un factor que tuvo su peso también en la expansión del uso del petróleo.

Derrotado el nazismo y después del reparto de las áreas de influencia en la Conferencia de Yalta, el combate al comunismo se convirtió para los aliados capitalistas en un objetivo tan importante como la reconstrucción. Los movimientos populares que surgieron a la luz de la Resistencia no aceptaron fácilmente plegase a la nueva correlación de fuerzas (los grupos de resistencia en Grecia e Italia, por ejemplo, tenían una fuerte influencia comunista). Fue en ese aspecto en donde la doctrina Truman de combate al comunismo y el Plan Marshall de reconstrucción de Europa empalmaron perfectamente. Ambos procesos formaron parte del camino de Estados Unidos hacia su entronización como la máxima potencia mundial, después de una gran guerra en que resultó tan victorioso como los demás aliados, pero sin que su economía sufriera ningún daño, sino antes bien al contrario.

La conversión de Europa de una economía basada en el carbón como principal fuente energética en otra en la que el petróleo fue predominante significaba, además de las ventajas para las compañías petroleras, la posibilidad de hacerle contrapeso a los sindicatos de las minas de carbón, que se distinguían como un sector numeroso, combativo y de fuertes inclinaciones comunistas. En cambio, el sector petrolero era menos intensivo en trabajo y con escasa organización y mucha movilidad. Alrededor de 2,000 millones de dólares, 15.4% del Plan Marshall se destinaron a financiar importaciones de petróleo, al mismo tiempo que se bloqueaban proyectos de fomento a la producción de crudos europeos y se impulsaba a las compañías norteamericanas a apoderarse del control de las refinerías europeas. Todo ello sin ninguna consideración sobre los efectos en el empleo dentro del sector carbón, la pérdida de autosuficiencia energética de los europeos o los efectos sobre la balanza de pagos de esas economías en reconstrucción.

Para que este proceso fuera posible debieron estar presentes dos factores: el bajo precio del crudo y el dominio del sector por un grupo reducido de empresas. En el primer caso, los yacimientos del Medio Oriente y Venezuela tenían costos de producción tan bajos que el petróleo podía venderse a un precio

que dejaba definitivamente fuera de la competencia al carbón. En el segundo aspecto, las compañías transnacionales constituyeron una red vertical y oligopólica tan eficiente que pudieron no sólo manipular los precios sino también hacer arreglos entre ellas y con los distintos gobiernos para orientar el mercado de acuerdo con sus intereses y con los de la tendencia del capitalismo entonces en auge. La historia de la industria petrolera está íntimamente asociada a la de estas compañías, como la existencia del paraíso a la del averno. Aunque no sea el objetivo de este trabajo, a continuación se hace un poco de historia al respecto, sin adentrarse demasiado en el recuento de todas las trapacerías y anécdotas míticas o no que se deben a la actuación de este grupo de empresas que, como los tres mosqueteros, se llamaban "Las siete hermanas" y no eran siete sino ocho (sí se agrega al grupo la CFP, empresa petrolera francesa que también participó del reparto) y sus actuaciones y comportamiento no eran precisamente de hermandad.

Un reparto en familia

Desde sus inicios la industria petrolera manifestó una fuerte tendencia al monopolio. Al comienzo, cuando se convirtió el petróleo en fuente importante de lubricantes y combustibles, fueron muchos los negociantes que vieron en esa actividad la fuente de buenos ingresos. De ese modo, para 1865 había miles de pozos, centenares de pequeñas refinerías y se había iniciado el tendido de oleoductos que transportaban parte de los 2.5 millones de barriles que entonces se producían. Sin embargo, fue la fundación de la Standard Oil en 1870 la que dio al sector un giro importante. Hacia 1880 esta empresa, integrada verticalmente, ejercía el virtual monopolio de la producción, transportación y venta del petróleo en el mundo. La compañía norteamericana se convirtió rápidamente en la principal empresa de exportación. En 1872 las ventas al exterior de petróleo sumaban más de 40 millones de dólares y eran 25 por ciento del total de las ventas al exterior de EU.

Curiosamente fue el petróleo ruso el primero que pudo hacer competencia real con el dominio de la Standard. En 1873 se inició la producción en gran escala en Bakú, con la introducción de las técnicas de perforación. Los hermanos Nóbel, apellido que después sería célebre por la dinamita y los premios, llegaron a esa región de forma puramente casual y vieron grandes perspectivas en el petróleo. Fundaron allí en 1878 la Nóbel Brothers Naphta Company que para 1883, utilizando el sistema de destilación continua, controlaba ya 51% de la producción rusa y había constituido un fuerte contrapeso para la Standard en el mercado. Las mejoras en el transporte y los sistemas de refinación y pozos más productivos que los norteamericanos, así como la creación de un aparato de intermediación propio, permitieron que el petróleo ruso --que permanecería principalmente en manos de los Nóbel y los Rothschild

hasta la revolución soviética-- se convirtiera en una preocupación apremiante para la Standard.

La competencia entre Standard y Nóbél fue más que eso: fue el principio de una auténtica guerra fría en la que las empresas petroleras, con insospechados apoyos por parte de sus respectivos gobiernos, terminaron por repartirse el mundo en esferas de influencia, hasta constituir un cártel de productores que dominó el mundo petrolero prácticamente sin contrapesos hasta la fundación y consolidación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

Parte fundamental del reparto fue el festín que se dieron las empresas, con la fuerza del colonialismo como soporte, con el petróleo del Medio Oriente. La Standard Oil fue disuelta en 1911 debido a la aplicación de la ley anti trust, pero sólo para dar origen a varias empresas: Exxon, Mobil, Chevron, Amoco y Continental Oil, todas ellas poderosas y tres integrantes del grupo de las hermanas. Después de varios años de competencia y algunos acuerdos de reparto del mercado, el grupo de la Standard logró controlar la amenaza del petróleo ruso, misma que desapareció definitivamente con la revolución que dio origen a la Unión de Repúblicas Soviéticas y Socialistas.

La historia de la concentración del negocio petrolero en unas cuantas manos está ligada directamente con la historia del colonialismo y el auge de algunas empresas que -siguiendo el modelo de la Standard- se garantizaron las fuentes del crudo aprovechándose de ese dominio colonial, a partir del cual construyeron el más grande negocio de este siglo.

El transcurso de la Primera Guerra Mundial --primer gran reparto de los mercados y las esferas de influencia-- trajo dos cosas que modificarían la configuración que hasta ese momento tenía el mercado. La primera de ellas fue el fin de la amenaza que representó el petróleo ruso. Con su eliminación, la Standard volvió a tener el dominio absoluto del mercado europeo, de creciente importancia. El segundo acontecimiento fue el reparto del Medio Oriente según --expresión atribuida a Winston Churchill-- "entre un cigarro puro y una copa de brandy".

Iraq, Jordania, Transjordania y Palestina fueron puestos bajo influencia británica. Siria y Líbano quedaron bajo dominio francés. El reparto, en este caso, además de pueblos, incluiría un mar de petróleo. Por contraste, la plena independencia de las naciones estaría ligada también, como ocurriría más tarde, al ejercicio soberano sobre sus recursos naturales. Estados Unidos que había estado aliado con los victoriosos de la guerra, no aceptó quedarse sin parte de este rico botín y obtendría su tajada por otras vías.

En busca de alternativas que le permitieran romper con el dominio de la Standard, Europa buscó fuentes de abasto en otras latitudes. Persia, hoy Irán, fue puesta desde temprana hora en esa mira. En 1872 Julius Reuter obtuvo una concesión para explorar y explotar el petróleo que encontrara en esa nación. El caballero que después crearía un imperio de noticias fracasó tratando de aprovechar esa concesión. Mejor suerte tuvo otro caballero inglés, William Knox D'Arcy, que en 1901 obtuvo por una suma irrisoria (en una época en que cualquiera que dispusiera de una suma razonable en metálico obtenía una concesión de la monarquía decadente) el derecho de explorar toda la nación persa, con excepción de las provincias del Mar Caspio. La aventura de Knox resultó exitosa y a partir de 1904 el petróleo persa empezó a entrar en el mercado europeo. Muy lentamente al principio, pero más rápido a partir de 1908, cuando se descubrió en Masjid-I-Suleiman el yacimiento más grande conocido hasta esa fecha.

En 1909 se fundó la empresa que administraría el petróleo persa, la Anglo-Persian, con capital inicial de la Burman Oil, pero que después tendría un futuro más promisorio. En 1913 el Primer Lord del Almirantazgo, de nombre Winston Churchill, tuvo una intuición que no lo engañó y creó una misión británica en Persia para buscar eventuales yacimientos de petróleo, esa materia que cada vez demostraba maravillas adicionales. Convencido de que la marina británica debía hacerse de fuentes seguras del energético, Churchill propuso en 1914 al Parlamento, que finalmente aprobó mediante una votación de 254 a 18, una inversión de más de 2 millones de libras en la Anglo Persian, a cambio del control nominal mayoritario. La empresa, sin embargo, no fue administrada directamente por el Estado, que sólo conservó el derecho de nombrar dos directores con funciones limitadas y de vetar la decisión en cuestiones estratégicas. La inversión resultó ser en extremo lucrativa.

Con la rápida penetración del petróleo del Medio Oriente en los mercados europeos comenzó una cerrada competencia por los clientes entre, principalmente, tres empresas gigantes: la sempiterna Standard, la Anglo Persian, que después tomaría el nombre de British Petroleum y la Royal Dutch-Shell. Esta última empresa, de capital holandés y británico mayoritario, se formó con la fusión de la compañía petrolera holandesa Royal Dutch y la empresa de transporte Shell, que se inició en el negocio acarreado el crudo de Texas, con el que se abasteció la marina británica.

No sólo fue una disputa encarnizada por los clientes, sino también una cerrada pelea por las fuentes del crudo. Las empresas, en la mayor parte de los casos con el consentimiento o complicidad de sus respectivos gobiernos, iniciaron una carrera frenética por apoderarse de la mayor parte de los recursos petrolíferos que en ese momento estaban disponibles, principalmente en el

Medio Oriente. Hasta el fin de la Primera Guerra, esa disputa se dio de manera anárquica, mediante fusiones, absorciones y competencias poco piadosas por ganar las concesiones, ya fuera corrompiendo gobernantes, usando prestanombres o utilizando presiones directas. El fin del conflicto bélico oficializó la partición. El caso de Iraq resulta uno de los mejores ejemplos.

Como en casi todas estas madejas, en la punta de la incorporación iraquí al negocio petrolero está un aventurero. Calouste Gulbenkian, entrenado en cuestiones petroleras cuando el auge ruso, fue llamado por el sultán para que le asesorara en cuestiones de exploración petrolera. El joven no se interesó demasiado en el negocio petrolero en forma directa, pero se hizo famoso y millonario como intermediario y hábil negociador entre las distintas empresas y entre éstas y los gobiernos de los que obtenían las concesiones. En la primera década de este siglo, Estados Unidos, Alemania y el Reino Unido se disputaban los derechos sobre el petróleo de la antigua Mesopotamia. A principios de 1914, cuando ya los franceses habían entrado también en la disputa y la amenaza norteamericana era más fuerte, los ingleses y los alemanes llegaron a un acuerdo para repartirse el país y tenían negociaciones muy avanzadas para constituir la Turkish Petroleum Company, en la cual la mitad de las acciones serían para la Anglo Persian y la otra mitad se repartiría entre la Royal Dutch y el Deutsche Bank.

Terminada la guerra los franceses se apoderaron de la parte prometida a los alemanes y los estadounidenses reclamaron también su participación. La puerta del petróleo en el Medio Oriente, sostenían, debía estar abierta para todos los que habían contribuido a la victoria. De ese modo, las participaciones en la Turkish, después llamada Iraq Petroleum Company, fueron redistribuidas: Estados Unidos recibió 23.75% de las acciones para ser repartidas entre la Standard y la Mobil; igual participación recibió Francia a través de la Compagnie Française des Pétroles; la Anglo Iranian y la Royal Dutch conservaron 23.75% cada una y dejaron el 5% adicional para Gulbenkian, quien a partir de entonces fue conocido en el mundo petrolero como "el señor cinco por ciento". El de Iraq fue el primer consorcio de este tipo, constituido con accionistas multinacionales representantes de los compromisos políticos de la posguerra. Este tipo de consorcio fue tomado como modelo y se repitió en varios países, en cada caso con grandes conflictos empresariales y gubernamentales. En Arabia Saudita, los estadounidenses consiguieron que se les otorgaran derechos exclusivos de explotación gracias a la formación de un consorcio al que se denominó Aramco, en el que participaron Exxon, Texaco, Socon y Mobil.

Las disputas por las zonas de influencia en el Medio Oriente no fueron las únicas que tuvieron las empresas. Prácticamente toda la tercera década del siglo fue de constantes escaramuzas entre los gigantes del petróleo. La forma-

ción de consorcios para administrar la herencia del colonialismo fue el instrumento para regular la apropiación del crudo en determinadas zonas. La obtención de concesiones para exploración y explotación fuera de esas zonas fue otro motivo de enfrentamiento constante. Los choques más fuertes, sin embargo, se siguieron produciendo en la búsqueda de mercados para el cada vez más abundante crudo. Esta situación se acentuó particularmente cuando el petróleo ruso volvió a aparecer en el mercado, luego de que el gobierno soviético rehabilitó sus campos. Ello, además de que planteó un problema ideológico para las empresas que se cuestionaban la pertinencia de comprar o no el crudo recién expropiado, condujo al mercado a una situación de particular anarquía.

Sabedoras de que en una guerra en el mercado todas saldrían perdiendo, las grandes enemigas se hicieron hermanas. Las empresas petroleras más poderosas se repartieron el mercado mundial mediante la formación, en 1928, de un cártel de productores. En septiembre de ese año, en el Castillo de Achnacarry, Escocia, los directores de la Royal Dutch-Shell, la Anglo Persian (después British Petroleum) y la Standard Oil de Nueva Jersey firmaron un pacto que básicamente tenía el objeto de controlar los precios mediante regulaciones en el abasto y disminuciones en los costos. En esas fechas, la Iraq Petroleum, de la cual los tres firmantes eran socios, empezaba a producir a capacidad plena, además de que los yacimientos de Kuwait y Arabia, así como las ventas de crudo de la URSS, amenazaban con inundar el mercado.

Las compañías se comprometieron a estabilizar su participación en el mercado, con aumentos proporcionales cuando fuera preciso; utilizar en común las instalaciones existentes cuando fuera necesario; realizar la construcción en común de instalaciones suplementarias; mantener las ventajas derivadas de la situación geográfica y aplicar la regla de que los productos de iguales especificaciones tendrían valores equivalentes en el punto de origen. El pacto incluyó también el compromiso de abasto mutuo desde los puntos más cercanos, suprimir toda producción excedentaria y eliminar todo tipo de medidas que, por competencia entre los firmantes, tendiera a incrementar los precios. Conforme aparecieron nuevas zonas de producción, principalmente en el Golfo Pérsico y Venezuela, las empresas de Achnacarry se mezclaron con la Socal, Texaco, Gulf y Socony en nuevas empresas mixtas de producción y nuevos arreglos sobre mercados y precios, hasta que prácticamente todo el mercado petrolero estuvo controlado oligopólicamente. Así fue como nació el cártel que habría de dominar, no sin contradicciones internas, el mundo petrolero a lo largo de más de tres décadas.

Todo contribuyó para que a partir de 1930 comenzara una verdadera edad de oro. Además de los ricos yacimientos de Iraq, comenzaron a explorarse los yacimientos de Arabia Saudita, a los que se sumarían después los de Kuwait y

nuevos hallazgos en Irán y Venezuela. No tenían las compañías ninguna preocupación por el aprovisionamiento de crudo puesto que, salvo la gran caída de México y el tropezón temporal en Irán, siempre encontraron reyes, jeques o dictadores militares dispuestos a entregar con rapidez nuevas concesiones a cambio de un poco de dinero contante y sonante. Por el lado de la demanda tampoco había ningún problema, puesto que el consumo no cesó de crecer y la Segunda Guerra Mundial, con su enorme demanda de hidrocarburos para abastecer la maquinaria militar, marcó el despegue definitivo del crudo como principal energético mundial. De esa forma, con las dificultades de la competencia resueltas entre los gigantes (los pequeños, como es lógico, desaparecieron o fueron absorbidos) el petróleo ruso fue requerido en mayor proporción para el consumo interno) el cártel se dedicó a amasar fortuna y poder casi ilimitados.

El año del convenio de Achnacarry la Standard dobló con creces sus ingresos de 1927, lo mismo que la Gulf y la Texaco. Durante los treinta, al calor del entrelazamiento en consorcios mixtos en el Golfo Pérsico, las empresas pudieron pasar sin mayores conflictos la crisis económica del principio de esa década y se arreglaron para tener grandes ganancias. Los cuarenta se mantuvieron en ese mismo tenor, con el agregado de que la transformación del aparato productivo que trajo la actividad bélica favoreció en toda la línea el consumo de petróleo, lo que aceleró su carrera para desplazar al carbón como energético. Hubo varios factores que contribuyeron a esa sustitución. Entre ellos, principalmente, se cuentan los relacionados con el costo del petróleo, el férreo control oligopólico por una docena de empresas, el proceso de consolidación de Estados Unidos como potencia hegemónica mundial, el problema político que significaban los sindicatos de los mineros del carbón y la transformación del aparato productivo que se produjo debido a las innovaciones tecnológicas auspiciadas por el conflicto bélico.

El descubrimiento de los grandes yacimientos del Medio Oriente y Venezuela, junto con el acuerdo oligopólico entre las grandes empresas, permitió mantener precios extremadamente bajos, al mismo tiempo que garantizaban altos rendimientos. De 1900 a 1950 el precio del crudo pasó de 1.20 a 1.70 dólares por barril, precio que dejaba fuera de competencia a las decadentes minas de carbón. Ello fue posible gracias a que las nuevas fuentes de crudo tenían una altísima productividad con costos casi insignificantes. El acuerdo del cártel de empresas sobre precios, que fijaba la cotización mundial de acuerdo con los costos del petróleo caro de Texas, les permitía obtener enormes ganancias y, al mismo tiempo, ofrecer un energético suficientemente barato como para justificar los costos de la transformación industrial. Los cambios, desde luego, también fueron promovidos por Estados Unidos, país que contándose entre los aliados victoriosos, salió del conflicto bélico con un aparato produc-

tivo intacto y revitalizado, dispuesto a respaldar tanto a aliados como a derrotados en la reconstrucción de sus economías. Esa reconstrucción, como es lógico, se hizo a la medida de los intereses de las principales empresas estadounidenses, entre las que se contaban muy destacadamente las petroleras.

La década de los cincuenta marcó el punto más alto para el oligopolio. En 1956 la Standard tuvo las utilidades más altas de su historia: 809 millones de dólares. El año siguiente la Royal Dutch alcanzó su cumbre de ganancias con 630 millones de dólares. Así, para cada una de las hermanas, de 1956 a 1959, las ganancias fueron máximas y todo fue vida y dulzura. Pero, como después del punto más alto todos los demás son puntos bajos, la época de esplendor en las finanzas marcó el inicio de varios cambios en el mercado que condujeron a la decadencia del imperio.

Un primer problema fue la pérdida de una gran porción del mercado. Un tercio de la superficie del planeta, Yalta mediante, quedó dentro de la esfera socialista. La rápida recuperación de los campos petrolíferos soviéticos fue pronto una amenaza para el mercado capitalista, además de que abasteció el consumo del bloque oriental, que de otra forma hubiera sido cliente de las hermanas.

Otra amenaza fueron los brotes de nacionalismo que, aunque no hicieron grandes estragos en el control del cártel (bajo la dirección de la CIA fue ahogado el intento iraní de emular la hazaña mexicana de nacionalización) sí fueron ejemplares para el posterior proceso de descolonización. Con el caso mexicano como antecedente, varios países empezaron a constituir entidades gubernamentales para hacerse cargo de sus asuntos petroleros. Brasil, Chile y Colombia son ejemplos de ello. En Argentina, la constitución de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) fue incluso anterior a la del propio Pemex. En la búsqueda de mayor independencia petrolera participaron también Irán, Kuwait, India, Ceilán e Indonesia. El caso más espectacular fue el de Italia, país que bajo la inspiración de Enrico Mattei, se atrevió a infringir la regla no escrita pero cumplida de que el abasto de Europa debía estar en manos del oligopolio privado.

La amenaza más fuerte para las siete hermanas, sin embargo, fue la que representaron las empresas privadas independientes que surgieron en esa época para tratar de participar en el festín de ganancias fáciles. La idea de vender el crudo de bajo costo del Medio Oriente a precios de crudo caro de Texas sedujo a una gran cantidad de negociantes. Muchas empresas que, al lado de la Standard, podían parecer insignificantes, se pusieron a la caza de concesiones.

Algunas de ellas las conseguían y entonces su problema era conseguir mercados para el crudo. Con las puertas cerradas por el cártel, los independientes se veían obligados a rebajar sus precios. Las cantidades no eran importantes, pero se empezaba a corroer la estructura de precios oligopólicos, que era la clave de la estabilidad del mercado.

Todas estas amenazas contribuyeron a llenar de nubarrones el panorama petrolero. La tormenta de la OPEP estaba próxima.

El surgimiento de la OPEP

“Los sauditas pueden beberse su petróleo”, dijo el poco comedido periodista profesional. “Pues bien, eso es lo que haremos”, contestó casi para sí el ministro de Relaciones Exteriores de Arabia Saudita, Omar Saqqaf, y dio por terminada la conferencia de prensa a la que había convocado. Era el 16 de octubre de 1973: tres ministros árabes habían viajado a Estados Unidos en un último intento por negociar cambios en la política estadounidense de apoyo irrestricto a Israel en la guerra que acababa de empezar.

El general Alexander Haig, el doctor Henry Kissinger y Richard Nixon --tres nombres que después volverían a oírse dentro de la cíclica política de EU- hicieron de la amenaza árabe tan poco caso como el periodista profesional y dejaron que el asunto lo resolviera la fuerza de las cosas. Dos días después, en una asamblea de la Organización de Países Arabes Exportadores de Petróleo (OPAEP) se decidió reducir en 5% la producción petrolera y se anunció que la misma disminución sería “aplicada cada mes, con relación al mes anterior, hasta que se haya efectuado la completa retirada israelí de todos los territorios árabes ocupados en junio de 1967 y restaurados los derechos legítimos del pueblo palestino”.

A la decisión posterior de prohibir cualquier envío de crudo a las naciones que tuvieran negocios con Israel, principalmente Estados Unidos, se sumó el aumento de precios que la OPEP decretó por primera vez de modo unilateral. Se trataba del inicio de un profundo cambio en la correlación de fuerzas en el mercado petrolero.

Durante la reunión que habían tenido los representantes de las compañías y los enviados por el organismo petrolero para revisar los precios, el grupo de directivos de las empresas transnacionales, encabezados por George Piercey de la Exxon, llevaba instrucciones de sus respectivos consejos de administración para no negociar ningún aumento superior al 25%. Al romperse el sistema de negociaciones bilaterales que estuvo vigente por más de una década, la OPEP decidió por cuenta propia un aumento de 70%. No sólo se dejó de consultar a

las compañías respecto del porcentaje de incremento, sino que se dejó de ver a los precios como un asunto meramente comercial, para considerarlo dentro de un marco global en el que el crudo podía ser usado, incluso, como arma política. Después de 13 años de existencia, la OPEP daba el gran paso.

El estallido de 1973 comenzó a germinar en 1960 y, como siempre sucede en estos casos, fue el propio ahorcado el que empezó a tejer la soga. En una hermosa sala con aire acondicionado en el Consejo de Administración de la sociedad Esso (la antigua Standard Oil, la actual Exxon) se tomó una decisión técnica que terminaría uniendo a los productores petroleros más distantes, de América, del Medio Oriente y posteriormente de África, en una de las organizaciones de productores más poderosas de todos los tiempos. Tomando en cuenta la sobreoferta en el mercado, debida principalmente al retorno del petróleo ruso, y al aumento de la competencia, el señor Monroe Rathbone, presidente de Esso, anunció la decisión fatídica: unilateralmente y sin previo aviso, los "precios fijados", de acuerdo con los cuales recibían su participación los países productores, se reducirían. Espejo de la visión colonialista del mundo: un Consejo de Administración, aduciendo cuestiones técnicas, se tomaba el derecho de amputar, sin avisar y sin anestesia, la participación de diversas naciones para las que ese era su principal ingreso, del cual dependían sus presupuestos, sus compras de equipo, sus importaciones y el alimento de sus gentes.

La medida de la Esso provocó dos reacciones. La primera, y más lógica fue la generalización del recorte: BP, Shell, Mobil, Arameco y otras empresas redujeron también los precios para no quedar fuera de la competencia. La segunda reacción, inesperada por los capitanes de las empresas, fue pronosticada por Howard Page, miembro del Consejo de Esso, quien a título de experto en cuestiones del Medio Oriente, fue consultado sobre la aplicación de la medida: "Si ustedes hacen eso, caerán rayos del cielo. No se imaginan la amplitud y la duración de las consecuencias", dijo Page y los hechos demostraron que no estaba tan equivocado.

Dos hombres se convertirían en artífices de la respuesta que por primera vez en la historia darían los países productores ante decisiones unilaterales de las compañías: Abdullah Tariki, ministro de Petróleo de Arabia Saudita, y Juan Pablo Pérez Alfonso, ministro de Energía y Minas de Venezuela. El primero de ellos representaba al rey Saud, hijo y sucesor del fundador de Arabia, Ibn Saud, y era, como muchos otros jóvenes del Medio Oriente, un graduado en escuelas norteamericanas. Como estudiante había recorrido fascinado los 20,000 pozos texanos, había asistido en el Capitolio a las sesiones del Senado en que se revelaron las prácticas monopólicas y las dobles contabilidades de varias empresas petroleras y había sido testigo también de la impunidad con que las

hermanas actuaban. El otro promotor inicial de la OPEP, el venezolano Pérez Alfonso, mereció el título de "padre" del organismo. Antiguo ministro de Fomento de Venezuela, con el gobierno de Rómulo Betancourt entre 1945 y 1947, fue promotor entonces de la fórmula consistente en repartir las ganancias al 50% entre las empresas petroleras y el Estado venezolano, sistema que finalmente se aplicó a partir de 1949 y que sirvió de ejemplo para los países del Medio Oriente.

Debido a que la participación de los Estados en las ganancias petroleras se calculaba de acuerdo con el precio de venta, la baja que decidieron las empresas en 1960 aceleró el movimiento tendiente a reunir a los productores en una organización para buscar la estabilización de las cotizaciones. Esos esfuerzos, encabezados por Tariki y Pérez Alfonso, culminaron el 14 de septiembre de 1960 cuando Irán, Kuwait, Arabia Saudita y Venezuela firmaron el Pacto de Bagdad que creó la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

El primer comunicado del organismo señalaba que "los miembros de la organización no podrán ya permanecer pasivos ante la actitud de las compañías. Exigirán, para el futuro, la seguridad de los precios. Se esforzarán, ante todo y por todos los medios, en restablecer los precios existentes antes de la última reducción". Más amplio de miras, Pérez Alfonso señaló el mismo día: "Nosotros, que controlamos el 90% de las exportaciones de petróleo hacia los mercados del mundo, hemos decidido unificarnos. Estamos en trance de hacer verdaderamente la historia". Las compañías no dieron mucha importancia a este hecho, que ni siquiera fue reseñado por los periódicos.

Apenas seis meses más tarde se incorporó Qatar al grupo. En 1962 lo harían Libia e Indonesia. Abu Dhabi, que después constituiría los Emiratos Arabes Unidos, se sumaría en 1967, Argelia en 1969, Nigeria en 1971 y dos años más tarde tomarían la decisión de incorporarse los dos últimos socios, Ecuador y Gabón, para completar el número de 13 integrantes del cártel.

La OPEP inició con gran ímpetu sus actividades. Ya en su segunda reunión se propuso "definir e imponer una fórmula equitativa para la fijación del precio del petróleo". Con Tariki y Pérez Alfonso como motores principales, el organismo se propuso también "definir, de común acuerdo, el volumen de producción como instrumento indispensable para meter en cintura a las compañías y después fijar los precios". Influir en la fijación de los precios seguía siendo su principal objetivo, puesto que era la base sobre la cual se calculaban los ingresos de los integrantes.

Sobre el movimiento de los precios antes de la formación de la OPEP, la información no se presentaba demasiado alentadora. En 1900 el precio era apenas 1.20 dólares. Treinta años después, cuando la gran depresión, el precio del barril era de 1.19 dólares. Durante la década de los treinta, cuando la reactivación económica de Occidente y el New Deal, el precio bajó a 1.10 dólares. En 1941, con el inicio de la guerra, el precio del crudo era 1.14 dólares. Para la década de los cincuenta, con la guerra fría y el Plan Marshall en marcha, el precio del crudo subió a 1.70 dólares y al principio de los sesenta, cuando la creación de la OPEP, el barril de crudo se vendía a 1.80 dólares. Precios extremadamente bajos, adecuados para un grupo de empresas que, al controlar desde la extracción hasta las bombas de gasolina, no hacían depender sus ganancias del precio inicial de venta y, en cambio, podían ofrecer la energía barata que requería el capitalismo industrial en expansión.

Algunos de los dirigentes de los países productores vieron en la OPEP la posibilidad de revertir esa desigual situación, pero esa hora tardaría todavía más de una década en llegar. La OPEP perdería pronto a sus dos principales promotores. A Pérez Alfonso cuando éste decidió en 1963 retirarse a la vida privada y a Tariki cuando el golpe de Estado que derribó al rey Saud e instaló en el trono a su hermano menor, Faisal, lo obligó al exilio. Además de la ausencia de estos dos hombres, la OPEP tardaría en consolidarse por diversas razones de carácter objetivo.

En primer lugar aquellas relacionadas con su propia organización como grupo. Más allá de los buenos deseos y nobles intenciones de Tariki y Pérez Alfonso, los intereses nacionales diferían de manera radical. Por más altas miras que quisiera dar a su gestión, Tariki tenía el pesado fardo de tener que abastecer de dólares frescos a una familia real cada vez más numerosa y despilfarradora. De hecho, cuando los primeros enfrentamientos con las grandes compañías y la reducción en los precios del crudo mermaron los ingresos y las pensiones reales, se produjo el descontento familiar que llevaría al golpe de Estado.

La consolidación de la OPEP fue en extremo difícil debido a dos factores más: lo heterogéneo del grupo que se fue componiendo a lo largo de la década y la debilidad de los productores frente a las hasta entonces todopoderosas empresas transnacionales. La OPEP fue paulatinamente dividiéndose en un grupo de naciones con grandes reservas, poca población y gran mezcla de intereses entre la clase gobernante y las compañías petroleras y otro grupo con reservas menores, alta densidad de población y un enfoque más radical respecto de las cuestiones de política petrolera. Los que querían no podían, puesto que se requería de una capacidad real de conducir el mercado para usar el petróleo como arma. Y los que podían no querían, o no consideraban que fuera el

momento adecuado para actuar.

La actuación de la OPEP durante los años sesenta estuvo marcada por la posición de Arabia Saudita, lo cual fue una constante en toda la historia del organismo. El cambio de gobierno que encumbró a Faisal significó un giro de 180 grados en la agresiva política que encabezó Tariki. En primer lugar influyó el nombramiento como ministro de Petróleo de un joven de 32 años, hijo de un juez modesto, de nombre Ahmed Zaki Yamani, al que dieron el título de jeque. El nuevo ministro se volvió muy pronto la pieza clave de la estrategia de Faisal en todos los terrenos, pero muy especialmente en el petrolero: entendimiento con Estados Unidos. Yamani no sólo comprendió esa política, sino que la compartió de corazón y la aplicó con diligencia, mesura y buenos modales.

En 1965, durante la conferencia de la OPEP en Trípoli, Libia, la mayoría de los dirigentes fue partidaria de asumir el control de la producción, pero era necesaria la unanimidad y Yamani se opuso. Así año con año. Finalmente, en 1967 la OPEP renunció a su intención de controlar la producción. En cuanto a los precios, la organización no logró en diez años, de 1960 a 1970, un incremento de un sólo centavo; la cotización seguía siendo de 1.80 dólares por barril.

En 1967, en el verano, los ejércitos árabes coaligados son derrotados por Israel en menos de una semana y se produce en todo el universo musulmán un terrible sentimiento de humillación. No es que esperaran un triunfo militar, pero aspiraban a que la resistencia fuera un poco mayor, por lo menos lo suficiente para que la OPEP se decidiera a usar una nueva arma, que enseñaría al mundo quién mandaría a partir de entonces: el embargo petrolero. Pero el dispositivo de detonación no estaba listo todavía y los árabes se quedaron esperando. Hubo, es cierto, algunas reuniones en la OPEP para discutir y organizar el embargo, pero el intento fracasó rotundamente. Segura de que Irán y Libia no se sumarían a la suspensión de los envíos e insegura sobre si la OPEP había madurado lo suficiente como para dar un paso de tal envergadura, Arabia Saudita ni siquiera se presentó a las reuniones preparatorias.

No puede decirse, sin embargo, que la década de los sesenta haya sido del todo inútil. Aunque no hubo ningún avance espectacular en materia de precios, producción o política petrolera, el organismo preparó el terreno para pasar a la etapa siguiente. Si la reunión del Pacto de Bagdad en 1960 no mereció la atención de ningún diario, ya tendría la ocasión el organismo que ahí nació de pasar a las primeras planas. Una primera victoria política fue la constitución misma del cártel. Al reforzar los vínculos nacionales entre productores y emprender algunas acciones, por tímidas que fueran, para defender los intereses comunes, se daba un primer paso a la transformación del mercado. En el mismo

sentido, aunque la OPEP no logró su objetivo primario de restaurar las cotizaciones vigentes antes de 1960, logró por lo menos la congelación de las mismas, que amenazaban bajar más, y consiguió establecer un mecanismo de consulta sobre precios que, por más que fuera limitado, significó cambiar la tendencia de unilateralidad existente hasta entonces. La segunda derivada se había hecho cero y la curva había cambiado de concavidad nuevamente.

El primer gran logro de la OPEP en materia de precios fue el Acuerdo de Teherán del 15 de febrero de 1971 que estableció condiciones más favorables para los países productores. Este acuerdo fue posible debido a tres factores. El primero de ellos fue el que se generó en 1967 a raíz del cierre del Canal de Suez, que implicó el encarecimiento en los sistemas de transporte. Ello, junto con los incrementos en la demanda, generó presiones alcistas en los precios. Influyó también la ola de nacionalizaciones que se inició en Argelia y que incluyó a Libia e Iraq. El último factor fue el hecho de que la OPEP se sintió finalmente madura para enfrentar a las compañías en dos aspectos de gran importancia: la participación fiscal en el precio y la necesidad de establecer diferenciales más equitativos en materia de calidad del crudo y distancia de los yacimientos respecto de los puntos de entrega.

Fue en la vigésima primera reunión ministerial en Caracas, en diciembre de 1970, que la OPEP decidió entablar negociaciones con las empresas, en los términos de la Resolución 120 del organismo: aumento en las tasas fiscales, ajuste de los precios cotizados de acuerdo con las alzas en el mercado, eliminación de los descuentos con que se beneficiaban las empresas y revisión del sistema de valores relativos según las distintas calidades del crudo. Después de un mes de negociaciones difíciles e ininterrumpidas, se firmó el Acuerdo de Teherán que fue complementado con el Acuerdo de Trípoli para el petróleo Libio, firmado en abril de 1971; el Acuerdo de Lagos para el petróleo nigeriano; el del Mediterráneo Oriental, para el petróleo de Iraq y del acuerdo sobre petróleo saudita exportado desde Sidón.

Todos estos acuerdos constituyeron un nuevo sistema de participación de los productores en los precios del crudo, y de incrementos de los mismos. También se preveían acuerdos de protección de tasas de cambio, para compensar depreciaciones del dólar. El mecanismo de precios, complicado desde el punto de vista estadístico, estaba previsto para durar cinco años y resultaba toda una mejora respecto del sistema vigente con anterioridad.

En primer lugar se fijaría un precio de referencia (P) para los distintos tipos de crudo, que en el caso del Arabian Light aumentaría de 1.80 a 2.18 dólares por barril. Sobre esta cotización se pagaría una tasa de 12.5% como Derechos de Extracción (DE). Después se establecería una base gravable (Bg)

mediante la sustracción al precio de referencia de los costos de extracción (C) y los derechos pagados. Sobre esta base se haría el pago de impuestos (I), cuya tasa aumentaría de 50 a 55%.

Veamos un ejemplo con el caso del crudo Arabian Light.

Antes de Teherán:

$$P = 1.80$$

$$DE = 0.125 \times 1.80 = 0.225 \text{ dólares por barril}$$

$$Bg = 1.80 - 0.025 - 0.11 = 1.465 \text{ dólares}$$

$$I = 0.50 \times 1.465 = 0.7325 \text{ dólares por barril}$$

De esa manera el pago total (PT) que recibía el productor por barril de Arabian Light antes del Acuerdo de Teherán era:

$$PT = De + I = 0.225 + 0.7325 = 0.96 \text{ dólares.}$$

Después de Teherán

$$P = 2.18$$

$$DE = 0.125 \times 2.18 = 0.2725$$

$$Bg = 2.18 - 0.2725 - 0.11 = 1.7975$$

$$I = 0.55 \times 1.7975 = 0.9886$$

El pago total queda, de esa manera en:

$$PT = 0.2725 + 0.9886 = 1.26 \text{ dólares por barril.}$$

Un incremento global de alrededor de 31% que, aunque sólo permitía revaluar los ingresos de los productores al valor real de 1955, resultaba la primera ocasión en que algo así ocurría. Los ruidos de la guerra traerían mayores novedades en materia de precios y una gran transformación en la correlación de fuerzas en el mercado. Los acuerdos de Teherán trajeron también como ganancia política el reconocimiento de la OPEP como organismo colectivo de negociación. Incluso, el gobierno norteamericano aceptó hacer una excepción a la Ley Sherman Anti Trust para autorizar a las empresas a que negociaran colectivamente con la OPEP. Era el debut oficial de la hasta entonces ignorada organización.

CAPITULO II

Los años dorados

El embargo petrolero

El sábado 6 de octubre de 1973 fue el día del Yom Kippur, del gran perdón, para el mundo judío. Ese día, a las 8 de la mañana, la Primera Ministro de Israel, Golda Meir, se reunió con su ministro de Defensa, Moshe Dayán. La noche anterior el jefe del Estado Mayor, general Eleazar, pidió autorización a Dayán para realizar una operación preventiva, "como en 1967". El ministro de Defensa eludió la mirada de su camarada y respondió sencillamente: "No, no sería inteligente de nuestra parte".

No es lógica la versión según la cual el gobierno de Israel no creyó las versiones de su servicio de información respecto de que en la tarde del 6 de octubre se produciría un ataque árabe a gran escala.

Las filtraciones de información fueron tantas que de creerse esta versión se derrumbarían las abundantes historias sobre la eficiencia del ejército y el espionaje israelí.

Resulta entonces más creíble la versión de que todos los involucrados, incluido el gobierno estadounidense, estaban perfectamente al tanto de que se desataría una nueva guerra. No fue problema de soberbia o de falta de información. Fue cuestión de estrategia. El doctor Kissinger, que después ocuparía su tiempo en promover el fútbol en territorio estadounidense, había armado —según esta versión— una complicada jugada a tres bandas que le redituaría grandes beneficios: para el mundo quedaría claro que Israel era el agredido, lo cual posibilitaría romper el aislamiento de esa nación; Arabia Saudita quedaría como conductor incuestionable de la OPEP, ya que si no era posible destruir esa organización, lo mejor era que la dirigiera un aliado. Además, la guerra y el embargo le permitirían a Estados Unidos rehacer su política de alianzas con Europa y Japón, puesto que un posible embargo les afectaría en mayor medida obligándolos a protegerse nuevamente bajo el paraguas estadounidense.

Golpe por sorpresa o jugada maestra para que todo cambiara para que todo siguiera igual, lo cierto es que la tarde del 6 de octubre de 1973 los ejércitos de Egipto y Siria, de común acuerdo, desencadenaron un ataque que rompió las líneas de defensa en el Sur y el Norte, en el Canal y en Golán. Israel, en un día de fiesta nacional, conoció los primeros momentos de derrota de su corta vida como nación. El primer golpe de la carambola a tres bandas había salido a la perfección. Lástima para Kissinger que el mundo no fuera una mesa de billar.

El domingo 7, en Viena, la obra sigue. Los ministros de la OPEP llegan para una reunión que se tenía prevista, en una rara coincidencia, desde hacía un mes.

Los representantes de las compañías petroleras habían sido avisados con anticipación de que en esa reunión el precio sería duplicado. Un memorándum de Yamani les explicaba los motivos: la inflación entre 1970 y 1973 en los países industriales había erosionado los precios del Acuerdo de Teherán y terminado con las ventajas financieras conseguidas por la OPEP. Además, el mercado estaba presionado por un exceso de demanda y los precios en el mercado libre habían superado ya los 5 dólares por barril. De esa forma, los precios oficiales de 2.50 dólares por barril resultaban obsoletos.

Para que no quedara duda respecto de la unidad en la OPEP, el primero en tomar la palabra fue el ministro de Petróleo de Irán, Amuzegar, precisamente el representante de la nación que Estados Unidos había cultivado durante largos años (desde el golpe contra Mossadegg en 1956) como el gendarme del Medio Oriente y precisamente la carta que Kissinger tenía pensado jugar contra Arabia en caso de que la situación amenazara con salirse de control. "Por órdenes directas del Sha --dijo Amuzegar para aclarar el punto-- Irán considera que es inútil que en esta reunión se hable de una cifra inferior a 6 dólares."

Yamani confirmaría la demanda y agregaría después: "tenían la idea de empezar, como de costumbre, con un regateo que partiría de 40 o 45 centavos, con la esperanza de que en el estira y afloja el asunto les saliera en más o menos un dólar. Cometieron un terrible error."

Los representantes de las compañías se declararon imposibilitados de actuar sin instrucciones de sus respectivos Consejos de Administración. George Piercy, de la Esso, y el francés André Bénard, de la Shell, pidieron hablar en privado con Yamani, confiados en su apoyo. Pidieron quince días para hacer posible "el acercamiento de los respectivos puntos de vista". Yamani interrumpió muy pronto la reunión y señaló que el plazo "sería completamente inútil."

Cuando los representantes de las alicaídas siete hermanas volvieron a la sala de reuniones no encontraron a nadie en ella. Los representantes de las naciones del Medio Oriente habían tomado el avión para reunirse, esta vez bajo la cobertura del organismo regional denominado Organización de los Países Arabes Exportadores de Petróleo (OPAEP).

El organismo empezó su sesión en uno de los salones de lujo del Sheraton de Kuwait con la petición de los ministros de Arabia y Kuwait de declarar un embargo inmediato; algunos ministros dudan, discuten. No terminan de calibrar la importancia de lo que está ya decidido y sólo se les está pidiendo que ratifiquen. Como para resolver a los dubitativos, según lo habían convenido Sadat y Faisal, se anuncia la llegada en plan de invitado del nuevo ministro egipcio del Petróleo, Mohamed Hillal, que trae un mensaje de su presidente.

Es un orador excelente. Todos los presentes se ponen de pie para recibirle. Sólo pronuncia unas cuantas y emocionadas palabras. No hace falta más. Cuando Yamani propone la votación no hay ninguna duda. Se aprueba el embargo. El gobierno de Estados Unidos reacciona con histeria, con amenazas. Un agónico Richard Nixon, más preocupado por Watergate que por ninguna otra cosa, decide lanzar por primera vez desde la crisis de los cohetes en Cuba en 1962 un alerta nuclear. "Los Estados Unidos de América tendrán que arrostrar las restricciones de energía más severas que jamás hayan conocido, incluso durante la Guerra Mundial" dice Nixon en un texto que tiene que leer, porque le falla la memoria.

Los representantes europeos establecen pronto contacto con emisarios árabes y hacen una declaración de identidad "europea en cuestiones del Medio Oriente". Luego del diálogo, el representante de la delegación árabe dice: "puedo asegurar que los contactos entre Europa y nosotros no volverán a interrumpirse. Este encuentro ha sido buenísimo como principio de lo que podemos llamar 'intensificación' de las relaciones entre Europa y los países árabes".

Pero para los europeos no hay "intensificación" que valga cuando ven reducir peligrosamente las entregas, aumentar los precios y disminuir las reservas de petróleo. Antes de abandonar la reunión con los europeos para encontrarse con sus colegas de la OPEP en Viena, los emisarios árabes se entrevistan con el presidente de la CEE. Viene a hablarles, dice el funcionario de la comunidad, "de hombre a hombre" para explicarles que ellos no pueden hacer nada en el Medio Oriente. "El embargo va dirigido contra Norteamérica, pero a ellos les preocupa poco y la perjudicada es Europa. Díganos a dónde quieren ir."

Por su parte, el Primer Ministro de Japón envía un emisario a negociar con el rey de Arabia y el emir de Kuwait. El enviado regresa con un mensaje claro: Japón será privado de todo suministro de petróleo si no declara solidaridad con los árabes. El mensaje rinde frutos y la víspera de la reunión de la OPAEP el Primer Ministro japonés declara ante el Parlamento que su país está dispuesto a entenderse con los árabes "para apoyar su política en la ONU, para una ayuda particular a los palestinos y para una colaboración económica y técnica directa con los países en vías de desarrollo del mundo árabe".

Los objetivos del embargo se cumplieron de acuerdo con los planes de Faisal, pero también según las previsiones de Kissinger. Ahora las discusiones y los acuerdos serían entre los árabes y el único interlocutor que no se rindió: Estados Unidos.

El embargo petrolero y el realineamiento político que se produjo como consecuencia, así como la ruptura de negociaciones entre los representantes de las compañías y la OPEP, produjo grandes cambios en el mercado de petróleo a nivel mundial. Yamani lo resumió claramente durante una visita que hizo a Estados Unidos después del embargo: "El poder de decisión sobre la energía, que perteneció durante tanto tiempo a las compañías occidentales, está ahora enteramente en manos de los países productores."

El sistema de fijación de precios del Acuerdo de Teherán fue barrido muy pronto por los acontecimientos. Luego de que los representantes de las empresas se declararon imposibilitados de continuar las negociaciones con la OPEP en torno a la demanda del organismo sobre un precio de referencia de 6 dólares por barril, los países ribereños del Golfo Pérsico miembros de la OPEP decidieron, junto con el embargo, que serían los países del organismo, independientemente de las empresas, quienes fijarían en lo sucesivo los precios. Durante esa reunión los precios de cotización se fijaron en 5.11 dólares, con un aumento de 70% respecto al vigente según los Acuerdos de Teherán. El alza respondía al comportamiento del mercado libre, en donde las cotizaciones doblaban al precio oficial. Además, varios de los integrantes de la OPEP estaban realizando ya ventas directas de crudo a través de sus compañías nacionales y los precios que conseguían eran más altos que los oficiales. En esa reunión, previa al embargo, se fijó también por primera vez un precio oficial para el petróleo vendido directamente por las compañías nacionales de los países miembros. Ese precio fue equivalente a 70% del valor de referencia, es decir aproximadamente 3.65 dólares por barril.

El embargo generó escasez y pánico en el mercado, de modo que los precios líquidos, al contado, en el mercado libre doblaron al precio oficial. Con

esa situación, la OPEP se reunió en Teherán, por primera vez ya sin la concurrencia de los representantes de las compañías, y decidió un nuevo aumento, esta vez de 140%, al precio de referencia o cotizado del crudo árabe ligero, que llegó así a 11.65 dólares. En esta ocasión, además de tomar en cuenta la situación del mercado, la OPEP fijó el precio considerando que la parte correspondiente a los países productores (alrededor de 7 dólares por barril) fuera indicativa del costo de remplazo del petróleo por otras fuentes de energía, por ejemplo el carbón. El precio de venta directa por las compañías de los países productores se fijó esta vez en 93% del precio de referencia, es decir 10.84 dólares. A partir de esta reunión la OPEP se convirtió en la única administradora de los precios, remplazando así en definitiva a las compañías transnacionales.

La primera etapa de este periodo de administración de precios, de 1974 a 1979, en realidad no trajo grandes modificaciones en el mercado. A pesar de que los gobiernos de los países industrializados reaccionaron de una manera histórica, la OPEP mantuvo prácticamente congeladas las cotizaciones en términos reales. El gran cambio consistió en que, si hasta entonces los principales conflictos daban entre las empresas petroleras y los países productores, a partir de 1974 las tensiones del mercado fueron principalmente entre la OPEP y los países consumidores. Desde luego, a ello debemos agregar los conflictos que también existían al interior del propio organismo, entre sus muy diversos socios.

El embargo petrolero se levantó en abril de 1974. Una vez terminada la guerra del Yom Kippur con la primera paz firmada entre Israel y un Estado árabe --lo cual fue el primer reconocimiento implícito a la existencia de esa nación-- y después de realizados los acomodos geopolíticos que se esperaban, Estados Unidos jugó a dos cartas con la OPEP. Tenía a su as petrolero en Arabia Saudita, que realizó enormes esfuerzos por moderar y liderar al organismo para lograr estabilidad en las cotizaciones. Y tenía al Irán del Sha como gendarme militar de la zona, como escudo para cualquier disturbio con alguna de las naciones del área, especialmente la URSS. Durante seis años la ambivalencia funcionó como un reloj suizo, hasta que el pueblo iraní demostró una vez más, aunque fuera bajo la bandera del más arcaico aislamiento, que cualquier armamentismo es vano si no tiene contenido social.

Los términos de las declaraciones de la OPEP en 1973 y el salto en los precios petroleros, produjeron en el mercado un pánico que el tiempo demostró exagerado. La política de precios puesta en práctica por los nuevos amos del oro negro resultó en muchos más ladridos que mordidas. Transcurrieron 21 meses desde las alzas de 1973 para que la OPEP tomara en septiembre de 1975, en Viena, la decisión de aumentar nuevamente el precio del petróleo, pero apenas

en 10%, lo cual fijó el precio oficial para ventas directas en 11.51 dólares por barril para el crudo Arabian Light, equivalente aproximadamente a 12.38 dólares como precio de cotización para la parte del crudo extraído por las compañías como parte de las concesiones vigentes.

Otros quince meses pasaron para que en Doha, en diciembre de 1976, once miembros del cártel de productores decidieran aumentar en 10% sus precios, con otro aumento de 5% a los seis meses. Arabia Saudita y los Emiratos no suscribieron estas alzas y se estableció entonces un sistema dual de precios que trajo diversos problemas. Para solventarlos, en su conferencia de Estocolmo, en julio de 1977, todos los integrantes llegaron a un acuerdo de conciliación. Arabia Saudita y los Emiratos aceptaron aumentar 5% a cambio de que los demás socios renunciaran a sus incrementos complementarios por el mismo porcentaje. Luego de diversos ajustes, los precios para el crudo árabe ligero quedaron en 12.70 dólares por barril. Al respecto, cabe recordar que los ingresos fiscales de los países productores ya no se calculaban con la vieja fórmula. Desde la decisión de diciembre de 1973, los ingresos sobre el petróleo concesionado a las compañías se calculaban a razón de un promedio entre el precio de cotización directa y el de referencia. De esa manera, a un precio de referencia de 12.70 dólares por barril correspondía un ingreso fiscal al Estado productor de aproximadamente 13.65 dólares por barril.

En diciembre de 1978, dos años después de Estocolmo, la OPEP aprobó un mecanismo de aumentos trimestrales al precio del crudo. En esa fecha, en Abu Dahbi el cártel fijó incrementos que hubieran llegado a sumar 10% a lo largo de 1979, pero esta estructura no pudo sostenerse debido a las fuertes presiones a las que se sometió el mercado como consecuencia de la revolución iraní y la consecuente suspensión de sus exportaciones.

En total, durante el periodo 1974-1978 la OPEP aprobó aumentos acumulados de 17% al precio del crudo en términos corrientes. Estos incrementos fueron equivalentes a una congelación de las cotizaciones en términos reales, puesto que no lograron compensar siquiera los niveles de inflación registrados en el periodo en los países desarrollados.

El segundo choque

En su política para manejar la crisis en el Medio Oriente y la situación petrolera, con la OPEP como administrador de los precios, Estados Unidos se hizo de dos aliados fundamentales: Arabia Saudita e Irán. El primero de ellos imponía la moderación en materia de precios en el cártel, mientras que el segundo garantizaba, armado hasta los dientes, la seguridad militar en el área. Esta

estrategia rindió buenos frutos en ambos frentes, a pesar de que en varios momentos los dos objetivos parecieron hacerse contradictorios. Avido de dinero para cubrir su robusta factura armamentista, Irán presionaba continuamente por precios más altos del crudo; ello hacía más difícil la tarea moderadora de Arabia. La revolución iraní barrió con esa contradicción.

El 8 de enero de 1979 las calles de Teherán presentaban un espectáculo no por repetido menos emocionante: los soldados fraternizaban con el pueblo que fraternizaba con los soldados. Un ejército que llegó a tener lo más sofisticado en armamento, en ocasiones antes de que éste fuera entregado al propio ejército de Estados Unidos, se veía totalmente desarmado ante la imposibilidad de disparar contra su propio pueblo y, al contrario, compartía con él el júbilo por la partida del Sha Mohammed Reza Pahlevi. El gobierno quedó entonces en manos de un gabinete encabezado por Shapur Bakhtiar y formado por la oposición moderada. El 1 de febrero el líder de la revolución, el ayatola Rojula Jomeini, llegó a Teherán. Sus palabras en la primera presentación pública, "el gobierno de Bakhtiar y el parlamento son ilegales", fueron suficientes para derrumbar lo que quedaba del antiguo régimen. El 5 de febrero Jomeini asumió por completo el poder y firmó el decreto en que nombró Jefe de Gobierno a Mehdi Bazargán, antiguo colaborador de Mossadegg en la abortada nacionalización del petróleo en 1951.

No es, ni podría ser, el propósito de este trabajo el análisis de la revolución iraní. De profundas raíces religiosas y con una enorme cantidad de contradicciones sociales acumuladas, la nación iraní realizó una revolución cuyos orígenes, contradicciones y orientación rebasan con mucho la problemática del mercado petrolero. Es inevitable, sin embargo, mencionar la enorme contradicción social que implica un Estado Nación de formación reciente, con origen colonial y con enorme atraso, que se ve imposibilitado de utilizar sus ingresos petroleros para atemperar la desigualdad interna y, en cambio, por razones geopolíticas y de colonialismo interno, gastó 41 552 millones de dólares entre 1973 y 1978 en pagar la factura de las armas que el centro imperial le entregó para que patrullara sus intereses. Los aviones caza supersónicos de combate no fueron compatibles con el 60% de analfabetismo de la población. La antítesis se rompió con el proceso revolucionario, aunque éste haya recaído en el núcleo más arcaico de la sociedad. Esa fue la lección iraní para el mundo petrolero: al final del arcoiris petrolero no había sólo una olla con monedas de oro. Había también revoluciones.

El cierre de los yacimientos petrolíferos de Irán a raíz de la revolución trajo grandes presiones al mercado y derrumbó por completo la estructura de precios. La complicada fórmula acordada en Abu Dhabi en diciembre de 1978

establecía para el primer trimestre de 1979 un alza de 5%, que fijaría el precio de referencia en 13.335 dólares por barril. La escasez de crudo y el pánico del desabasto hicieron que en el mercado libre se rompiera todo precedente y que en febrero las cotizaciones estuvieran ya en 23 dólares por barril, casi doblando la cotización oficial para todo el trimestre. Ello hizo que, incluso antes de que la OPEP pudiera reunirse, varios de sus integrantes impusieran primas adicionales sobre el precio oficial. Esto generó una situación de desorden en la escala de precios, lo que obligó a la OPEP a realizar una conferencia extraordinaria en Ginebra, a fines de marzo. La decisión de la OPEP, en el supuesto de que la situación de anarquía sería temporal, fue de mantener la estructura de precios aprobada en Abu Dhabi y solamente adelantar para abril el aumento que estaba previsto para el cuarto trimestre del año, de manera que el precio de referencia se fijó en 14.55 dólares. En cualquier caso, ya que las cotizaciones acordadas por el organismo se consideraban precios mínimos, los socios quedaron en libertad de seguir aplicando primas adicionales, si lo consideraban necesario.

Esta decisión significó, de hecho, una estructura heterogénea de precios. Según la calidad de los crudos, cada país fijó diferenciales. Kuwait, que inicialmente fijó una prima de 1.20 dólares por barril, posteriormente la elevó a 2 dólares. Argelia, productor de crudos más ligeros, aumentó sus precios de 18 a 23 dólares, lo que de hecho fijó la cotización del árabe ligero en 18 dólares. Estos aumentos, tomados fuera de la estructura fijada por el organismo, hicieron que para el cuarto trimestre del año prácticamente todas las cotizaciones estuvieran arriba de las oficiales, con el árabe ligero vendiéndose a 18 dólares.

El desorden en la estructura de precios de la OPEP se hizo mayor cuando a mediados de diciembre de 1979, antes de la reunión de la OPEP en Caracas, Arabia Saudita tomó unilateralmente la decisión de aumentar su crudo marcador a 24 dólares por barril, con retroactividad al 1 de noviembre. La medida trajo como resultado que, por primera vez desde el inicio de la administración de precios por la OPEP, existiera en la práctica una estructura dual de las cotizaciones, puesto que el precio oficial de Arabia Saudita, utilizado por la OPEP como referencia en sus decisiones, empezó a desprenderse de la estructura del organismo.

La brecha entre el precio oficial de la OPEP y el decidido por Arabia, así como la gran variedad de primas adicionales que fueron manejadas por cada uno de los integrantes según la calidad de su crudo y la distancia del punto de entrega, provocaron que hubiera grandes diferenciales en los precios. En algunos casos esas variaciones eran justificadas por la variedad en la calidad del crudo. Así, por ejemplo, llegó a existir un sobreprecio de 8.21 dólares entre los crudos ligeros y transportados a distancias cortas (petróleo de Argelia y Libia) y el

crudo marcador de Arabia. Pero en otras ocasiones la brecha se daba incluso en crudos de similar calidad, como en los casos del iraní y el árabe ligero, entre los cuales había a mediados de 1980, una diferencia de 5.37 dólares en favor de Irán.

Para tratar de reducir la brecha entre sus precios y los de los otros socios, Arabia decidió el 26 de enero de 1980 un aumento de dos dólares a su crudo, retroactivo al 1 de enero. Similar medida se tomó a mediados de mayo del mismo año, con retroactividad al 1 de abril, con lo que los precios sauditas quedaron en 28 dólares por barril. Estas decisiones, tomadas también de forma unilateral, no terminaron con un desorden que se originaba más que nada en la espiral alcista del mercado, sin que la OPEP hubiera podido hacer otra cosa que seguir las tendencias y tratar de alcanzar, en una tímida carrera, los aumentos en el mercado libre.

La conferencia de la OPEP reunida en Argel en junio de 1980 jugó una carta más en su intento de restaurar la estructura de precios. Decidió un precio de 32 dólares por barril como un "límite máximo" que el precio real del árabe ligero podría alcanzar o no en función de las decisiones adoptadas por Arabia Saudita. También se fijó una franja máxima de 5 dólares en la cual debían moverse los diferenciales impuestos por cada país debido a calidad del crudo o distancia de los mercados. De esa manera, el precio máximo que podía alcanzar el petróleo de la OPEP, cualquiera que fuera su calidad o dondequiera que fuera su entrega, sería de 37 dólares. Esta nueva estructura no fue acompañada por ninguna decisión de Arabia Saudita, que siguió vendiendo su petróleo marcador en 28 dólares por barril.

En la conferencia de mediados de septiembre de 1980 en Viena, en una atmósfera más relajada debido a que los compradores se mostraron menos entusiasmados en el tercer trimestre del año por adquirir cantidades suplementarias de crudo, la OPEP dio un paso más en su intento por reunificar la estructura tarifaria. Se decidió establecer el precio del crudo marcador en 30 dólares por barril. No sería ya el precio techo de 32 dólares acordado en Argel, pero tampoco la cotización adoptada unilateralmente por Arabia Saudita. También se acordó congelar los precios acordados en Argel para todos los demás crudos, en el entendido que la escala de diferenciales sería revisada en la siguiente conferencia a finales de 1980.

Por esas fechas, nuevos factores de inestabilidad se incorporaban al mercado. Luego de diversas acciones armadas en la zona fronteriza, las fuerzas armadas iraquíes invadieron Irán y dio comienzo una guerra que habría de prolongarse por ocho años. Una de las consecuencias inmediatas de ese conflicto bélico fue la drástica caída de la producción petrolera en ambos países,

socios prominentes de la OPEP. De una producción conjunta de alrededor de 6 millones de barriles diarios se pasó a una de menos de 2 millones. La tensión en el mercado por la súbita desaparición en la oferta de 4 millones de barriles por día y nuevas incertidumbres en el abasto, hicieron que las intenciones de la OPEP de reunificar su estructura de precios tuvieran nuevos retrasos.

La reunión ministerial de la OPEP de diciembre de 1980 no pudo celebrarse como estaba programada. El sitio original de la reunión era Bagdad, capital de Iraq, el distinguido integrante del cártel que en esos momentos libraba encarnizados combates con Irán, otro destacado socio. Se trataba de un conflicto ancestral, agudizado por disputas fronterizas atribuidas a la imprecisa división territorial que se hizo durante el periodo colonial. Pero era también una disputa por la hegemonía en el área del Golfo Pérsico, de la cual Irán había sido gendarme oficial durante muchos años, pero cuyo papel fue cuestionado a raíz de la revolución islámica de Jomeini.

La sede de la reunión fue finalmente trasladada a Bali, Indonesia, pero esta vez el atractivo principal no fue la estructura de los precios, sino el ver sentados en la misma mesa de negociaciones, por primera vez desde el inicio del conflicto bélico, a representantes de ambos países. A pesar de ello, la cautela de la OPEP se impuso, de modo que las discusiones nunca fueron más allá del terreno estrictamente comercial y petrolero. Lo esencial era mantener la unidad hacia afuera, por más que el ministro iraní de petróleo no hubiera podido asistir a la reunión por estar preso de las fuerzas iraquíes.

En el terreno estrictamente petrolero la OPEP no se vio obligada a ningún movimiento brusco. A pesar de los nuevos factores de inestabilidad, los precios no fueron objeto de una nueva estampida, debido principalmente a la existencia de grandes inventarios formados por las compras suplementarias hechas después de la revolución iraní y a la producción adicional que algunos socios de la OPEP, principalmente Arabia Saudita, agregaron al mercado para compensar la merma en la de los contrincantes. A partir de entonces el mundo petrolero sería menos dependiente de los fenómenos sociopolíticos.

En cambio, la decisión tomada en Bali traería nuevos factores de heterogeneidad en la estructura de precios. La conferencia decidió fijar un precio oficial del crudo de referencia de 32 dólares, mismo nivel que tendría ese tipo de crudo en términos efectivos. Pero se adoptó también otro precio, llamado por la conferencia el "crudo deseado", que sería de 36 dólares por barril. Esta nueva cotización era la que podía buscarse en el mercado para un crudo de calidad semejante al árabe ligero. En otras palabras, la cotización de 32 dólares cumpliría la función de precio mínimo, por debajo del cual los socios no podrían

vender. Para los crudos de mayor calidad se estableció un diferencial máximo de 5 dólares. En la práctica, salvo Arabia Saudita, que se mantuvo en el precio de referencia mínimo, todos los demás socios establecieron los precios de sus crudos marcadores en la cuota máxima de 36 dólares y los países productores de crudos ligeros, centralmente los africanos, se aprovecharon de los máximos diferenciales, con lo cual llegaron a vender en 41 dólares por barril.

Se trataba de los precios más altos que alcanzarían los crudos de la OPEP en muchos años. Los años dorados llegaban a su fin. Pero eso sólo se sabría más adelante.

Del auge a la caída

De los 2 dólares en que se cotizaba el crudo en 1972 a los 36 que alcanzó a finales de 1980, se había producido una verdadera revolución en el mercado. Cambio radical que fue acompañado de otro no menos profundo. Las compañías transnacionales que habían administrado los precios prácticamente desde el inicio de la industria, cedieron su lugar a la OPEP en esa tarea.

Ambos fenómenos generaron, a su vez una profunda reorganización mundial. Los nuevos precios del petróleo, que hacían competitivas otras fuentes de energía y estimulaban la eficiencia industrial y la conservación energética, generaron grandes cambios estructurales en la economía mundial. También se generó un nuevo estilo de relaciones geopolíticas. Los países industriales tuvieron que entender, como señaló el escritor Carlos Fuentes, que las naciones son algo más que pozos de petróleo. Luego de las nacionalizaciones de los setenta y el embargo de 1973 quedó claro que ya no era posible acudir a las zonas petroleras como quien acude a la llave del agua en el patio trasero a cerrar o abrir más a discreción. La revolución iraní y el posterior conflicto bélico con Iraq fue la comprobación de esa verdad.

Pero cada tendencia lleva implícitas sus correspondientes contra tendencias. Los cambios en el aparato productivo de los países industrializados y la correlación de fuerzas con los países productores no podían conducir a un alza ininterrumpida de los precios. Después de haber tocado el techo de los 36 dólares por barril a finales de 1980 (los crudos ligeros superaron los 40 dólares) comenzó un ciclo de inestabilidad y saturación que significó un cambio radical en las tendencias mantenidas hasta entonces por el mercado. Comenzó entonces, aunque se hicieron varios esfuerzos por sostener la ilusión de los precios altos, un nuevo ciclo petrolero que se prolonga hasta nuestros días.

En fecha tan temprana como el primer semestre de 1980 se produjo un

primer indicio de saturación en el mercado. Londres y Rotterdam, capitales del sistema spot de venta al contado y entrega inmediata, sufrieron una caída temporal, la primera en dos años. Esos mercados, que controlaban ya el 10% de los volúmenes comercializados, casi el doble que dos años antes, debieron servir como luces preventivas para los países más radicales de la OPEP que insistían en una política de alzas. Tampoco fue suficiente aviso el hecho de que durante 1980 el conjunto del consumo petrolero de los países de la OCDE bajó más de 8% en relación con el año anterior. La euforia de los precios altos impidió ver los primeros signos del cambio de vía.

En el primer semestre de 1981 fueron mayores los indicios de que el mercado pasaría muy pronto a control de los compradores. En contraste con los años previos, los precios de los mercados libres no cesaron de bajar y se situaron por debajo de las cotizaciones oficiales de la OPEP. Esa nueva tendencia fue al principio mucho mayor en el caso de los crudos más caros, los de tipo ligero comercializados principalmente por países africanos. En el segundo trimestre de 1981 los precios de ese tipo de crudo cayeron hasta llegar a estar más de 4 dólares abajo del precio oficial. Posteriormente, todos los crudos se vieron sometidos a la misma presión, incluidos los del Golfo Pérsico. La cotización del petróleo equivalente al árabe ligero, cuya cotización había sido prácticamente unificada por todos los países en torno al "precio deseado", es decir 36 dólares por barril, fue pronto claramente superior a la del mercado libre.

Durante la época de escasez el sistema dual de precios resultó funcional, puesto que establecía un precio mínimo, al cual se apegó Arabia Saudita, para los crudos marcadores, pero permitía que los clientes dispuestos a pagar unos dólares más por crudos de mejor calidad encontraran a quién acudir. Pero en la situación de abundancia en que entró el mercado a principios de 1981 la brecha tendió de manera natural a cerrarse, puesto que los países que vendían a los precios techo se vieron obligados a empezar un sistema de descuentos que hizo tender las cotizaciones hacia el precio piso.

No obstante, en su reunión ordinaria de mayo de ese año, la OPEP no logró ponerse de acuerdo en un sistema de reunificación de los precios. Con muchos países todavía bajo el impulso alcista, fue imposible llegar a un acuerdo que, para reunificar los precios, debía reconocer las tendencias del mercado a la baja y aceptar por primera vez en los 20 años de existencia del organismo una reducción formal en el precio. En lugar de ello, se mantuvo la estructura dual, aunque en la práctica las cotizaciones de todos los crudos del tipo similar al marcador tendieron a unificarse en el precio mínimo.

La brusca contracción de la demanda en el primer semestre de 1981 no

sólo presionó a la baja las cotizaciones en el mercado libre, sino que trajo dificultades para que los distintos países lograran colocar sus entregas de crudo, especialmente aquellos con los precios más altos. Fue así que Nigeria vio reducida su producción a menos de 700 mil barriles diarios, en el verano de 1981, cuando su oferta promedio sobrepasaba los 2.3 millones de barriles. Libia y Kuwait se encontraron en situación parecida. Irán e Iraq seguían con una producción limitada a 2 millones de barriles en conjunto. En cambio, la participación de Arabia Saudita en el mercado aumentó espectacularmente.

Para tratar de manejar esta situación, la OPEP discutió por primera ocasión en su conferencia de mayo la posibilidad de administrar reducciones conjuntas de producción en el organismo que contrarrestaran la abundancia del mercado. El control de la producción, tema que a partir de entonces sería una constante, no logró una decisión de consenso. De cualquier manera, diez de los socios acordaron disminuir su producción en 10% para aminorar la presión del excedente de oferta en el mercado. Las presiones sobre los precios continuaron y la reducción no fue suficiente para compensar la baja en la demanda.

De esa manera, la OPEP realizó en agosto una reunión consultiva con la situación del mercado particularmente tensa. No se llegó a ningún acuerdo respecto de los dos principales objetivos: la reunificación de los precios y la administración de la abundancia de crudo. Arabia Saudita ofreció, como fórmula para conseguir nuevamente una sola estructura de precios, aumentar sus cotizaciones en dos dólares, a 34 por barril, a cambio de que los demás redujeran las suyas a la misma cifra. La propuesta saudita incluía una congelación de los precios hasta finales de 1982.

Otras propuestas, en cambio, proponían que la reunificación de los precios se diera en un nivel más alto, alrededor de los 35 dólares por barril, en consideración a que una cotización de 34 dólares a finales de 1981 resultaba menor en 10% a la cotización del crudo en enero de 1974, a precios constantes de 1973. Para hacer posible el precio más alto, esta propuesta incluía la necesidad de discutir la distribución de las cantidades a producir por cada uno de los miembros del cártel. Ello afectaría principalmente a la producción saudita, puesto que desde la revolución iraní Arabia se mantuvo produciendo muy por arriba del límite técnico que ellos mismos se fijaron de 8.5 millones de barriles diarios. Además, gracias a su precio más bajo, los árabes acapararon clientes en un momento el que el mercado cambió su signo de la escasez por el de la abundancia.

El rechazo saudita a la posibilidad de discutir en la OPEP los niveles de producción fue tajante. Yamani señaló entonces que "en Arabia Saudita rehusamos

hablar acerca de niveles de producción con los restantes miembros de la OPEP. No es cuestión que les competa. Desde principios de la década de los sesenta nuestra política consistió en evitar cualquier programa de producción. Nada ha cambiado". La negativa saudita estaba sustentada en un factor real de poder; desde la revolución en Irán su parte correspondiente de la producción conjunta de la OPEP fue en aumento. De representar un tercio pasó a ser casi la mitad, en menos de dos años. Aunque después cambiaría su actitud respecto a la necesidad de regular la producción, en ese momento la flexibilidad productiva se convertía para los árabes en la forma de presionar a los demás socios para que moderaran sus precios.

Al no producirse ningún acuerdo entre las partes, los precios siguieron teóricamente dentro de la franja de 32 a 36 dólares por barril, con primas de hasta 5 dólares. Arabia, por su parte, decidió unilateralmente una baja de producción a 9 millones de barriles. Esta muestra de buena voluntad saudita no fue suficiente para apaciguar las turbulencias del mercado, que siguió presionando los precios a la baja. Poco después del fracaso de la reunión de agosto, algunos países se vieron obligados a reducir sus precios. El más presionado, no sólo por la pérdida de mercados sino también por sus carencias financieras, fue Nigeria, país que prácticamente eliminó los diferenciales sobre su crudo de alta calidad al bajar sus precios cuatro dólares y vender en 36 dólares por barril.

Ante la amenaza de una debacle generalizada, la OPEP hizo esfuerzos por conciliar los intereses de sus diferentes integrantes y citó a una conferencia extraordinaria que se realizó en Ginebra a fines de octubre de 1981. En esta reunión, finalmente, se logró unificar los precios de acuerdo con la proposición saudita, es decir un precio de 34 dólares por barril que se mantendría congelado hasta finales de 1982. La cuestión de los diferenciales por calidad se trató por separado y se resolvió sólo en parte. Otra revisión de este tema se hizo en la reunión de diciembre en Abu Dahbi.

Después de dos años en los que los acontecimientos en el mercado petrolero crearon una gran inestabilidad que llevó los precios a su nivel histórico más alto, la OPEP tuvo que enfrentar un año en el que esa misma inestabilidad generó presiones a la baja. Después de múltiples conflictos internos, se logró mantener la unidad básica del organismo y restablecer cierta estabilidad en una estructura homogénea de precios. Las turbulencias de 1981, sin embargo, llevaban un contenido más profundo: el mercado estaba por pasar a manos de los compradores. Sería una dura lección para la OPEP, que se vería obligada a cambiar su gestión de administradora de los precios a reguladora de la producción.

CAPITULO III

Los años grises

La gestión de la baja

El ministro de Petróleo de los Emiratos Arabes Unidos, Mana Saed Al Otaiba, se pasea nervioso por los pasillos del Hotel Intercontinental. Se sienta y escribe dos versos más de un poema en árabe: "Enemigos enconados nos tienen malicia/ Las penas de la OPEP son su mayor delicia."

Es 29 de octubre. Es Ginebra, la hospitalaria ciudad de los relojes. Es una más de las conferencias de emergencia convocadas por la OPEP para enfrentar una amenaza inminente: el derrumbe de los precios del crudo. Es 1984 y el cártel hace un nuevo esfuerzo por reducir la producción para evitar el continuo deterioro de las cotizaciones. La OPEP lleva ya tres años de gestiones, de negociaciones y esfuerzos por estabilizar los precios. Después de que 1979 y 1980 fueron años de alzas desproporcionadas, 1981 fue de grandes presiones a la baja de los precios. A finales de ese año la OPEP logró finalmente ponerse de acuerdo respecto de una nueva estructura uniformada de precios, en 34 dólares, mismos que se congelarían hasta finales de 1982.

El acuerdo no fue aceptado de muy buen agrado por varios de los países más radicales del organismo, pero terminaron aprobándolo ante el temor de que el desorden prevaeciente dañara más las cotizaciones o afectara más los volúmenes de crudo vendido por algunos socios. El costo sería una baja en los precios, pero la recompensa --se pensó con optimismo-- sería una nueva etapa de estabilidad. Se consideró que los niveles de producción prevaecientes serían suficientes para abastecer la demanda y que ello les daría una posición más cómoda para manejar las cotizaciones.

El comportamiento inmediato del mercado desmintió ese optimismo. En marzo de 1982 fue evidente que seguía existiendo una fuerte presión a la baja de los precios. Este nuevo movimiento bajista afectó primero todo el sistema de sobretasas, primas y regalías del sistema de precios de la OPEP. Posteriormente afectó también los precios de algunos países productores no integrantes del cártel, entre ellos México, Noruega e Inglaterra: Al final, los países del norte de

África, con precios similares a los del Mar del Norte, se vieron obligados a disminuir nuevamente sus cotizaciones.

Las presiones en esta ocasión eran una manifestación de la desacumulación de inventarios en varios de los compradores y de movimientos especulativos en el mercado spot, el sistema de venta que desde la crisis iraní fue adquiriendo cada vez mayor influencia. Durante los años de pánico de 1979 y 1980 muchos consumidores adquirieron crudo en exceso para prevenir desabastos y constituir reservas. La perspectiva de precios crecientes permitía absorber los costos de almacenamiento y las cargas financieras. En 1982, con la regularización de los abastos, el costo financiero cada vez más alto y la perspectiva de precios congelados para todo el año, comenzaron a registrarse ventas de crudo de las existencias previas, con lo cual la demanda sufrió una nueva depresión que empujó los precios a la baja.

Con los crudos ligeros cotizándose alrededor de los 30 dólares, 7 menos que el precio oficial, y el crudo marcador vendiéndose en el mercado libre alrededor de los 28 dólares por barril, seis menos que la tarifa de la OPEP, el cártel convocó a una reunión extraordinaria en Viena en marzo de 1982. Por primera vez se planteaba una alternativa que después sería una constante: producción o precios. Los socios del cártel tendrían que optar entre dejar que los precios oficiales bajaran o tratar de ajustar los volúmenes producidos de manera que se atenuaran las presiones a la baja. Finalmente, la OPEP adoptó, por primera vez en su historia, un programa de restricción productiva. Se decidió fijar un tope máximo global y distribuir cuotas entre los miembros. Arabia Saudita, que se había negado repetidas veces al control de la producción y era partidaria de moderar los precios, aceptó el principio de la cuota global pero no se comprometió formalmente a una cuota individual. El volumen de su producción seguiría siendo una decisión estrictamente soberana.

Finalmente se adoptó un mecanismo en el que Arabia Saudita tendría por primera vez el papel de oferente residual. La cuota global de producción de la OPEP se fijó en 18 millones de barriles diarios, con cuotas individuales para doce de los miembros hasta sumar 10.35 millones de barriles, de modo que para Arabia Saudita se imputaba una cuota de 7.65 millones sin que ello adquiriera carácter formal. La cuota propuesta era realista si se toma en cuenta que la producción en el primer trimestre de 1982 promedió 20 millones de barriles al día, pero con un promedio para marzo de 17.9 millones. Inmediatamente después de la conferencia, Arabia Saudita anunció una reducción unilateral de 500 mil barriles diarios respecto de los 7 millones que estaba produciendo entonces. Ello permitió que la cuota global de la OPEP fuera incluso menor que lo acordado de 17.5 millones. La conferencia decidió también establecer un

comité ministerial encargado de seguir las tendencias del mercado y vigilar el cumplimiento de los acuerdos.

Las decisiones de esta junta tuvieron un efecto positivo inmediato sobre el mercado. Los precios primero se estabilizaron y después registraron alzas limitadas. De los mínimos de 29 dólares por barril en que se cotizaron los crudos marcadores en la última semana de marzo, los precios se recuperaron a 33.6 dólares en mayo. En vísperas de la reunión que celebró la OPEP el 20 de mayo en Quito, Ecuador, el precio del crudo había subido hasta los 34 dólares por barril, lo mismo que el precio oficial, aunque seguían existiendo presiones para que algunos países socios hicieran descuentos sobre la tarifa vigente. En Quito se acordó mantener una cuota de 17.5 millones de barriles diarios y un precio oficial de 34 dólares por barril.

Otra vez en contra de las expectativas, el mercado sufrió una recaída hacia mediados de agosto, cuando los precios del crudo marcador en el mercado libre bajaron alrededor de 3 dólares y las cotizaciones del Mar del Norte disminuyeron 3.40 dólares. La cuota de producción de la OPEP había sido fijada en 17.5 millones de barriles el 20 de mayo. Los promedios de producción en los dos primeros trimestres estuvieron alrededor de esa cuota e incluso por abajo, lo que había permitido sostener el precio. Sin embargo, para el tercero y cuarto trimestres, varios socios aumentaron su producción hasta que la oferta conjunta del organismo rebasó con creces el tope máximo. En el cuarto trimestre la OPEP produjo en promedio 19.5 millones de barriles diarios, lo que contribuyó a la inestabilidad del mercado. En su reunión del invierno de 1982, en Viena, la OPEP decidió mantener los precios de referencia y aumentar la cuota global a 18.5 millones de barriles. Sin embargo, no se asignaron cuotas individuales debido a múltiples disputas internas.

Las medidas tomadas por la OPEP a lo largo de 1982 fueron del todo insuficientes para revertir una situación de gran inestabilidad. Desde mediados del cuarto trimestre de 1982 la presión a la baja se hizo muy fuerte. En febrero de 1983 era inminente la caída de la estructura de las cotizaciones de la OPEP. Diversas decisiones individuales así lo confirmaron. El 18 de febrero la BNOC de Inglaterra anunció una rebaja de 3 dólares, a la que siguió Noruega con una de 3.5 y después Nigeria con otra de 5.5 dólares por barril. El petróleo en subasta y a la baja. La disputa por los clientes al máximo, incluso entre los propios socios de la OPEP, que dejaron de adherirse a los acuerdos de su organización y entraron en la puja individual por la colocación del crudo.

En una situación tan incierta en la que los precios parecían más un acertijo que una cuestión de mercado, y con un ambiente de preguerra de precios, la

OPEP se reunió finalmente en Londres --la elección misma del lugar tenía dedicatoria, debido al papel desestabilizador de Inglaterra en el mercado-- en marzo de 1983 en una conferencia que primero tuvo carácter consultivo y después se convirtió en extraordinaria. Luego de difíciles y tediosas negociaciones ministeriales y entre jefes de Estado, que incluyó por primera vez discusiones con representantes de países productores fuera del cártel, entre ellos principalmente México y Gran Bretaña, finalmente se llegó a una solución firmada a la que se conoció como Acuerdo de Londres, con diversas medidas para contribuir a la estabilidad del mercado.

El paquete incluyó un nuevo precio para el petróleo marcador de 34 grados API que se fijó en 29 dólares por barril, cinco menos que el prevaleciente hasta entonces. En materia de diferenciales, se acordó mantener la estructura de marzo de 1982, con excepción del crudo nigeriano cuyo diferencial se fijó en un dólar, en lugar de 1.5 dólares que correspondieron a los demás crudos africanos. Esta medida se tomó para hacer el petróleo de Nigeria competitivo con el del Mar del Norte.

En materia de producción, se decidió restablecer la cuota global de 17.5 millones de barriles por día, con cuotas individuales para 12 socios hasta sumar 12.5 millones de barriles y Arabia Saudita quedó en calidad de oferente residual, aumentando o disminuyendo sus entregas según el comportamiento del mercado.

El acuerdo de Londres incluyó el compromiso de todos los socios de contribuir a restablecer la estabilidad del mercado. Para ello, se evitarían las reducciones en el precio del crudo al margen de la OPEP y se suprimiría todo el sistema de descuentos, remates o cualquier otro mecanismo de venta que pusiera en riesgo la estructura oficial de precios. Finalmente, el acuerdo incluyó la reestructuración del Comité de Vigilancia que se encargaría de hacer cumplir los acuerdos. El grupo se integró con los Emiratos Arabes Unidos, Venezuela, Argelia e Indonesia; sin embargo, no se dotó al comité de ningún mecanismo de supervisión o sanciones.

El mercado respondió con suma cautela al acuerdo de la OPEP. Durante las primeras semanas que le siguieron, los compradores hicieron un compás de espera para ver cuál sería la actitud de los productores fuera de la OPEP, principalmente la Gran Bretaña. El boletín de prensa oficial posterior al Acuerdo de Londres señalaba "los esfuerzos de algunos de los exportadores que no pertenecen a la OPEP para contribuir a la estabilización del mercado". Sin embargo, también se previno a estos exportadores que si actuaban de forma en que se pusiera en riesgo el acuerdo, la OPEP tomaría medidas para defenderlo.

Se temía que los productores del Mar del Norte iniciaran una nueva ronda de reducciones para quitar clientes a la OPEP, pero ese fenómeno no se produjo ante las veladas advertencias del cártel. A lo largo de 1983 hubo un realineamiento general de precios, con pequeñas rebajas o alzas, en torno a la nueva cotización de la OPEP. Para el cuarto trimestre del año la mayoría de las cotizaciones, dentro y fuera de la OPEP y en el mercado ocasional se aproximaban a los 29 dólares, incluso algunos de ellos ligeramente por arriba. Nuevos aires de optimismo llenaron el mercado petrolero. El anhelo de estabilidad parecía esta vez a punto de cumplirse.

Sin embargo, otra vez la ilusión se apagó pronto. Ya para los primeros meses de 1984 los indicios de turbulencias volvieron a llenar el cielo petrolero. Las fluctuaciones de los precios en el mercado ocasional y los rumores de una nueva baja en las tarifas oficiales se hicieron más insistentes a mediados de año. En la primera quincena de agosto la brecha entre los precios de ocasión y los de referencia era ya de casi dos dólares. Por esas fechas, la URSS anunció una rebaja de 1.5 dólares en el precio de su crudo de exportación. También entonces, se hizo más insistente la información respecto de que algunos socios del cártel, principalmente Arabia Saudita, estaban excediendo sus cuotas.

La OPEP no adoptó ninguna medida, en espera de que durante el último trimestre de 1984 el invierno boreal trajera aumentos en la demanda para compensar el exceso de crudo en los mercados. En lugar de ello, a principios de octubre comenzó una sostenida tendencia a la baja en el mercado libre y se volvió a poner en duda la posibilidad de que la OPEP pudiera sostener los precios de referencia. Otro síntoma preocupante fue la decisión de Arabia Saudita de modificar la mezcla exportada para aumentar la proporción de crudo pesado. Dado que en ese momento los crudos ligeros, más caros, inundaban el mercado, la medida saudita fue interpretada como una rebaja de precios para captar clientes, cosa que efectivamente ocurrió. Al mismo tiempo, Abu Dhabi, Irán e Iraq amenazaron con reducir sus precios y empezar a negociar con sus clientes descuentos especiales.

La escalada a la baja se inició el lunes 15 de octubre cuando la empresa petrolera estatal de Noruega anunció una reducción de 1.5 dólares en sus precios por barril. La medida, tomada con la intención de retener clientes en el Mar del Norte, obligó a que la BNOC, empresa estatal de la Gran Bretaña, anunciara casi inmediatamente una medida similar.

Un día después hizo su jugada Nigeria. Al ser sus mercados excluyentes con los del Mar del Norte, se vio obligada a reducir dos dólares sus cotizaciones. Nuevamente la guerra de precios parecía inminente. Una vez más uno de los

socios del cártel (el más apremiado por las carencias financieras y por la competencia en el mercado) tomaba una decisión unilateral, al margen de la estructura de precios oficiales. Los acontecimientos volvían a ir más rápido que las decisiones de la OPEP.

En esas condiciones, la OPEP convocó nuevamente a una reunión de emergencia, que se realizaría la última semana de octubre en Ginebra. En los días previos a esa junta, dos países exportadores de petróleo no integrantes de la OPEP, México y Egipto, se sumaron a las reuniones consultivas y anunciaron su intención de solidarizarse con los acuerdos del organismo. "México defiende sus intereses de manera activa, independiente y nacionalista y cuando ellos coinciden con los de otros países, los defiende de manera coordinada", señaló el secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal, Francisco Labastida Ochoa, luego de la entrevista que --junto con los ministros de petróleo de Arabia Saudita y Venezuela-- se realizó en Lagos con las autoridades de Nigeria para tratar de llegar a un acuerdo previo respecto de la baja unilateral que anunció la empresa nigeriana.

"Reducir la producción en un sólo barril sería un suicidio", declaró el ministro nigeriano de Petróleo, Tam David West, luego de la reunión con Yamani de los representantes de México y Venezuela. West anunció un compromiso ambiguo respecto de que su país respetaría los acuerdos a que llegara la OPEP, pero se negó en forma rotunda a dar marcha atrás a su decisión de reducir sus precios. Nigeria estaba en un callejón sin salida, no sólo porque debía disputar la venta de cada barril de crudo con los productores del Mar del Norte, sino también porque su alta densidad de población, su enorme deuda externa y su casi total dependencia respecto del petróleo, lo obligaban a buscar el mayor ingreso posible.

La OPEP tomó una rápida decisión durante la sesión matutina de su reunión del 29 de octubre: se reduciría la producción en 1.5 millones de barriles diarios para respaldar la estructura de precios vigente. "Todos los países acordaron reducir la producción, excepto Nigeria", dijo Yamani en una conferencia de prensa la tarde del 29 de octubre, la misma tarde en que Al Otaiba ocupaba el tiempo en sus tareas poéticas.

Se anunció también que los ministros de la OPEP pidieron a los representantes de México (Eliseo Mendoza Berrueto) y de Egipto (Abdel Hadi Gandil), quienes asistían como observadores a la reunión, que apoyaran los esfuerzos para sostener el precio. México ya había manifestado su solidaridad y Egipto anunció que no incurriría en rebajas competitivas. El recorte anunciado significaba reducir a 16 millones de barriles por día los 17.5 que hasta entonces

constituían la cuota global de producción del cártel. La pregunta, entonces, era cómo se distribuirían las cuotas individuales, y si la OPEP se decidiría por fin a enfrentar dos cuestiones fundamentales: los diferenciales de precios y la indisciplina de algunos de los socios.

El miércoles 31 de octubre, dos días y medio después de iniciada, la reunión se transformó de consultiva en extraordinaria y dio formalidad al acuerdo: se asignarían nuevas cuotas de producción para todos los integrantes, salvo Nigeria e Iraq, para aplicar la reducción de 1.5 millones de barriles a partir del 1 de noviembre.

A pesar de la oposición de algunos miembros, principalmente los Emiratos Arabes Unidos, la discusión sobre los diferenciales y la indisciplina se dejó para la reunión ordinaria de diciembre. Para tal efecto, se acordó designar un comité ministerial (integrado por Arabia Saudita, los EAU y Libia) que estudiaría ambos problemas y presentaría sus conclusiones a la reunión a celebrarse en Ginebra el 19 de diciembre.

En cuanto a los recortes, la mayor proporción, casi la mitad, recayó en Arabia Saudita, que retiraría 647 mil barriles diarios de crudo del mercado. Los sauditas volvieron a cumplir un papel de productor residual, puesto que su cuota individual fue la diferencia entre los recortes aceptados por los demás miembros y el total acordado como cuota global.

Al mismo tiempo, México anunció una disminución de 100 mil barriles diarios en su exportación petrolera para contribuir a la defensa del precio. La reducción tendría vigencia para las ventas de noviembre y se distribuiría en proporciones equitativas entre los 26 compradores de crudo mexicano. "Es la medida que menos afecta a la economía nacional", señalaron las autoridades mexicanas. "Más de 45 años de soberanía petrolera permiten actuar hoy a nuestro país con plena independencia y con el suficiente margen de maniobras para sumarse a la defensa de intereses coincidentes con otros países productores y exportadores."

Después de la conferencia volvió a flotar un ambiente de optimismo entre los integrantes de la OPEP. Se consideró que la disminución acordada sería suficiente para contener el movimiento especulativo del mercado. "Estamos decididos a sostener y fortalecer el precio de referencia y adoptaremos cualquier medida que sea necesaria al respecto", señaló Yamani, quien agregó sobre los acuerdos: "Son suficientes, pero si es necesario corregiremos el tiro."

A pesar del optimismo, los resultados no fueron los esperados. La

principal preocupación para los ministros reunidos en diciembre de 1984 en el Hotel Intercontinental de Ginebra volvió a ser la misma: inestabilidad en el mercado. El clima de precios especulativos no mejoró a pesar de la decisión del organismo de retirar 1.5 millones de barriles diarios del mercado. Según el ministro de Petróleo de los Emiratos, el peético Mana Saed Al Otaiba, la recuperación no se produjo principalmente debido a tres factores:

- a) La débil actividad económica de Estados Unidos y el estancamiento de Europa.
- b) El benigno invierno septentrional, que no produjo el repunte esperado en el consumo de combustibles.
- c) La actitud de poca colaboración o de franca competencia manifestada por algunos de los productores fuera de la OPEP.

Entre los factores que hicieron fracasar el acuerdo, Al Otaiba olvidó mencionar dos que también fueron importantes: la incapacidad del propio cártel para mantener la disciplina entre sus integrantes respecto de las cuotas y los pleitos entre ellos debido al asunto de los diferenciales de precios.

El 18 de diciembre, en vísperas de la reunión, el Comité de Vigilancia de la OPEP, presidido por Al Otaiba, recomendó que en la sesión plenaria se defendiera la estructura de precios mediante el sostenimiento del límite de producción en 16 millones de barriles por día. El Comité, asimismo, lanzó una advertencia a los países petroleros del Mar del Norte, Gran Bretaña y Noruega, sobre los peligros de su "política errónea" consistente en competir por los mercados reduciendo los precios.

Durante la sesión inaugural de la conferencia, el presidente de la OPEP y ministro de Petróleo de Indonesia, doctor Subroto, se refirió en su discurso al mismo tema y señaló que "esos productores deben darse cuenta de que tales prácticas sólo pueden desestabilizar el mercado y tener un efecto adverso en el delicado equilibrio de la estructura de precios del petróleo en el mundo". Subroto agregó que "tales políticas dañinas podrían provocar el colapso del mercado y afectar a todos".

En la primera parte de la reunión, el 19 y 20 de diciembre, se resolvió finalmente la no-decisión de sostener la estructura de precios sobre la base de 29 dólares por barril para el crudo indicador y mantener la cuota global de producción en 16 millones de barriles diarios, según las cuotas asignadas en la reunión de octubre. Al respecto, los socios del cártel reafirmaron su voluntad de

respetar las cuotas. Sin embargo, era evidente que esta vez los compromisos verbales no eran suficientes. La OPEP se proponía definir un mecanismo de control que garantizara ese cumplimiento.

Prácticamente para nadie en el mundo petrolero era un secreto el hecho de que la mayoría de los integrantes de la OPEP violaban las cuotas de producción. Antes de la reunión de octubre el secretario de Organización analizó las ventas por país y especificó que sólo cuatro de ellos: Argelia, Iraq, Kuwait y Qatar respetaron a partir de marzo la cantidad de producción que tenían asignada como cuota.

El mismo estudio señalaba que la producción global del cártel alcanzaba casi 18.2 millones de barriles diarios antes de octubre, cuando la producción global debía ser de 17.5 millones. Incluso después de octubre muchos socios violaron sus cuotas. Se estima que la producción después de esas nuevas cuotas osciló entre 16.5 y 16.8 millones de barriles por día, más de medio millón de barriles adicionales al total acordado en la reunión de emergencia.

Las decisiones acordadas el 31 de octubre no dieron el resultado esperado porque "varias naciones miembros no cumplieron exactamente sus compromisos", declaró el ministro de Energía y Minas de Venezuela, Arturo Hernández Grisanti, quien agregó: "es necesario evitar que países que aparentemente se comprometen a cumplir los acuerdos torpedeen y saboteen la acción" de la OPEP.

El asunto de las infracciones a las cuotas había sido planteado durante la reunión extraordinaria de octubre, pero se pospuso para diciembre y se encargó a un comité técnico presidido por Yamani que presentara propuestas para estructurar un sistema de control y vigilancia. El tema resultó mucho más complicado de lo que al principio se supuso. La necesidad de equilibrar el respeto a la soberanía nacional de cada uno de los Estados integrantes de la organización con un sistema eficaz de supervisión, vigilancia y sanciones en su caso, rebasó las posibilidades del comité.

Durante el segundo día de sesiones, Subroto (quien presidió la reunión y fue reelecto como presidente de la OPEP) informó que habría una semana de intervalo para que los ministros hicieran consultas con sus jefes de Estado. En el intermedio, agregó, se presentarían las propuestas sobre "formas y medios" para establecer "medidas de vigilancia" que permitieran controlar la producción. "Responsablemente digo que si la OPEP no aprueba este mecanismo tendrá graves dificultades y podría haber serias consecuencias negativas en el mercado. La OPEP estaría renunciando a influir en el mercado y lo dejaría

librado a fuerzas ajenas a la OPEP. Sería un paso atrás histórico", señaló por su parte Hernández Grisanti.

Después del receso, el 28 de diciembre, los trece miembros anunciaron que habían llegado a una decisión por consenso: se crearía un grupo especial encargado de vigilar el cumplimiento de las cuotas y los precios. El Comité Ejecutivo Ministerial, como se le llamó, estaría presidido por el ministro de Petróleo de Arabia Saudita, Ahmed Zaki Yamani, y se integraría también con el ministro de Energía y Minas de Venezuela, Arturo Hernández Grisanti, y los ministros de Petróleo de Indonesia, Subroto; Emiratos Arabes Unidos, Al Otaiba; y de Nigeria, Tam David West, de modo que estuvieran representadas todas las zonas productoras de petróleo que integran la OPEP.

Subroto informó que el comité supervisaría, país por país, el cumplimiento de las cuotas de producción fijadas por la OPEP, pero que no estaría facultado para imponer sanciones. Yamani explicó por su parte que el "poder del comité" estaría en su "habilidad para exponer" las transgresiones detectadas. El logro de la unanimidad en el acuerdo supuso serias dificultades. Nigeria no se adhirió sino hasta último momento y Ecuador presentó objeciones de tipo jurídico, indicando que el control sobre producción y precios suponía una "interferencia en la soberanía nacional". Fue sólo después de una decisión personal del presidente León Febres Cordero que Ecuador se sumó al compromiso.

Más abundante y barato, pero de refinación más difícil y costosa, el crudo de tipo pesado (por debajo de los 34 grados API) fue hasta hace relativamente poco tiempo marginado de los mercados de hidrocarburos, mientras que el crudo ligero (más de 34 grados) fue siempre el mejor cotizado. La noche del postrer día de sesiones, la conferencia de la OPEP llegó a un último acuerdo sobre otro tema de gran importancia: los diferenciales de precios.

Los cambios técnicos y físicos en la capacidad de refinación, estimulados por la ventaja de usar crudo más barato, provocaron un cambio radical en la demanda. La capacidad instalada de refinación de alta conversión (proceso de los crudos pesados) aumentó considerablemente y las innovaciones técnicas permitieron reducir los costos.

El resultado fue una gran demanda de los crudos pesados, en detrimento de los ligeros. A ello contribuyó en forma importante el que los productores insistieran en mantener un diferencial de los precios que no reflejaba ya ni la situación técnica ni la del mercado. Además, el asunto afectaba a determinados integrantes de la OPEP en particular, los cuales corrían el peligro de quedarse sin clientes.

Nigeria, los Emiratos Arabes y Argelia, principalmente, tenían por lo menos dos años presionando en el seno de la OPEP para que se estrecharan los diferenciales. Siendo sobre todo productores de crudo ligero, estos países se enfrentaban en forma directa a la competencia en el mercado no sólo con otros integrantes de la OPEP productores de crudo pesado más barato, sino principalmente con el Reino Unido y Noruega, naciones que ofrecían el crudo ligero del Mar del Norte a precios más atractivos.

Sin embargo, un acuerdo en este tema entrañaba serios problemas. Cada uno de los países defendía su posición. Al productor de crudos ligeros la reducción del diferencial le significaba una baja en los ingresos por precio, pero un aumento en la competitividad por volumen. A la inversa, los productores de crudo pesado perderían competitividad si se aumentaba el precio.

Cualquiera de las decisiones, por otra parte, podría alimentar el curso especulativo general del mercado, particularmente sensible a este tipo de movimientos. El 28 de diciembre dos ministros de Petróleo de países productores de crudos ligeros, los EAU y Nigeria, insistieron en que debían estrecharse los diferenciales. El representante nigeriano, Tam David West, pidió que el crudo pesado aumentara entre uno y 1.5 dólares por barril. Los países del Golfo Pérsico, encabezados por Arabia Saudita, propusieron que el alza fuera de sólo 50 centavos de dólar. David West adelantó que su país no aceptaría "una solución de tipo cosmético", ya que su petición respondía a la tendencia del mercado. Dijo también que "en cierta medida" el mantenimiento de la disciplina dentro de la OPEP dependería de una buena escala de precios.

Las discusiones se prolongaron hasta última hora del día 29. Ya por la noche, antes de la clausura de la conferencia, se anunció la decisión de aumentar 50 centavos de dólar el crudo pesado y 25 centavos los intermedios, así como disminuir 25 centavos la cotización de los crudos ligeros. El comunicado oficial señalaba que Nigeria y Argelia no estuvieron de acuerdo con la decisión, pero que ésta sería "aplicada temporalmente" y revisada en enero.

La sensación general respecto de esta conferencia quedó sintetizada en la declaración del ministro de Nigeria, quien dijo que la reunión había sido "modestamente positiva." Sin embargo, para todos fue evidente que habían quedado muchos cabos por atar. El comité de control, como fue organizado, tendría muy poco espacio de acción, sin efectivos métodos de control, supervisión y, sobre todo, sanciones. Era evidente también que la decisión sobre diferenciales tendría que revisarse pronto. Ambas cuestiones permitían suponer que la decisión de sostener la estructura de precios en 29 dólares también sería muy frágil.

En las primeras semanas de 1985 el mercado pareció reaccionar de una manera inversa a lo esperado. Se suponía que la disminución de los diferenciales y el anuncio del establecimiento de métodos de control interno estabilizarían los precios. En lugar de ello, varias compañías estadounidenses decidieron disminuir sus precios; también reanudaron su tendencia a la baja las cotizaciones en el mercado de ocasión y comenzó el hundimiento del mercado de futuros. Adicionalmente, se echaron a rodar versiones sobre el posible retiro de Nigeria de la OPEP.

Algunos de los movimientos de distorsión obedecían seguramente a la simple especulación tendiente a desestabilizar el mercado con intenciones políticas. Los modestos resultados de la conferencia hicieron que, por ejemplo, el editorialista de *The New York Times*, William Safire, escribiera que "nunca hubo mejor momento para acabar con la OPEP". Safire recomendaba para ello a Estados Unidos "sacar a la venta un poco de petróleo de nuestra reserva, lo que ayudaría a bajar los precios, para después volver a comprar a precios más bajos". Propuesta un poco más cercana a los chistes sobre judíos que se hacen ricos comprando y vendiendo entre ellos el mismo anillo, pero parte, en fin, de los procesos de especulación.

Otro factor que influyó en la inestabilidad fue la actitud vacilante de la OPEP y la situación depresiva estructural del mercado. Para analizar estas nuevas manifestaciones de la crisis del petróleo, tratar de sostener los precios y avanzar tanto en el mecanismo de control como en la revisión de los diferenciales, la OPEP citó a una nueva reunión para fines de enero de 1985.

La reunión ministerial de emergencia que se realizó del 28 al 30 de enero fue una de las más turbulentas en la historia de la OPEP. A pesar de los esfuerzos y gestiones de Arabia Saudita y Venezuela, principalmente, no fue posible limar los factores de desacuerdo --que provocaron incluso ríspidas declaraciones de algunos ministros y que amenazaban con quebrantar la unidad básica del cártel.

En esta conferencia la OPEP decidió, el 30 de enero, una reestructuración global de su escala de cotizaciones. Después de tres meses de intensos esfuerzos y negociaciones por evitarlo y a menos de un mes de que el organismo declarara su intención de "defender su estructura de precios", el cártel se vio obligado a ceder. La medida, adoptada por mayoría simple de nueve votos en favor, tres en contra y una abstención, significó la reducción en un dólar del precio del crudo tipo árabe ligero de 34 grados API, el abandono de esta cotización como precio de referencia, la reducción de los diferenciales entre los distintos tipos de crudo y una baja de 0.29 dólares en los precios promedio de exportación.

Las decisiones sobre precios se adoptaron con la oposición tajante de Irán, Argelia y Libia. La abstención fue de Gabón. En cambio, Ecuador, Indonesia, Iraq, Kuwait, Nigeria, Qatar, Arabia Saudita, los Emiratos Arabes y Venezuela apoyaron las decisiones. En la nueva escala de precios el crudo del tipo árabe pesado del Golfo quedó con un precio de 26.50 dólares por barril, el árabe ligero en 28 dólares y los crudos ligeros africanos en 28.65 dólares. Se estableció también que los demás crudos, intermedios o de mayor densidad o más ligeros, establecerían sus cotizaciones en torno a estos precios, con diferenciales máximos del orden de 2.40 dólares entre crudos ligeros y pesados.

La nueva escala de precios significó también el abandono del árabe ligero como crudo marcador. "No tenemos necesidad ya de un crudo marcador", dijo el ministro de Petróleo de Arabia Saudita, Zaki Yamani. "Teóricamente se acabó el crudo marcador" señaló por su parte el doctor Subroto.

Esta parte del acuerdo fue, en buena medida, el que causó la rebeldía de Argelia. Aunque aparentemente se trataba de una decisión puramente formal de hecho estaba claro que los demás crudos seguirían estableciendo sus cotizaciones en torno a la que tuviera el petróleo de 34 grados API (aunque ya no se le llamara "crudo marcador"), en realidad el asunto tenía importancia adicional para algunos de los socios. Argelia, por ejemplo, esperaba que se mantuviera el crudo marcador no sólo porque éste fuera "el pilar y el alma de la OPEP" como señaló con sentimentalismo el ministro argelino de Petróleo, Belkacem Nabi, sino porque ese crudo, con espíritu más práctico, era tomado como referencia para fijar el precio de su gas de exportación. En un momento en que el precio del gas se encontraba también deprimido, el abandono de la cotización de referencia obligaría a los argelinos a ceder a las presiones de sus clientes para bajar el precio.

En lo que se refiere a la oposición de Irán, nación ubicada como una de las radicales de la OPEP, ésta se originaba en su necesidad de mayores divisas para financiar la compra de material bélico. Los iraníes eran, entonces, partidarios de defender el precio de referencia mediante una mayor restricción productiva. Irán podía sostener esta propuesta en parte debido a que las dificultades de la guerra con Iraq no le permitían satisfacer la cuota de exportación que tenía asignada. Por esta razón, una cuota más baja, que de cualquier manera no podía cumplir, no le significaba ninguna merma real en sus ingresos, mientras que el descenso en el precio sí afectaría su captación de recursos.

La nueva estructura de precios corrigió una situación que resultaba paradójica, puesto que después de la decisión de Nigeria de reducir en dos dólares sus precios de exportación, resultó que los crudos ligeros se estaban vendiendo

en 28 dólares por barril, uno menos del que teóricamente era el crudo marcador. La nueva estructura significó la reducción para algunos, el alza para otros y ningún movimiento en determinados casos, como el de Kuwait. Venezuela formalmente no estaba incluida en los acuerdos, puesto que la mayoría de sus exportaciones son de crudos pesados, extra pesados y residuales. De cualquier manera, el 7 de febrero se anunció una rebaja de 1.75 dólares en promedio para la porción de crudos ligeros venezolanos.

El recorte anunciado por Venezuela fue precedido por la decisión de México de reducir 1.25 dólares el precio de su crudo de exportación tipo Istmo de 34 grados con lo cual la cotización mexicana quedó en 27.75 dólares por barril, 25 centavos menos que el nuevo precio de la OPEP.

La baja de precios de la OPEP, segunda decisión de este tipo que tomaba el organismo, fue un intento más por dar mayor estabilidad al mercado. No obstante, la decisión parecía modesta en comparación con las fuertes presiones que tenían que enfrentarse. "Es un movimiento hacia el realismo, pero todavía no es la realidad", señaló John H. Lichblau, presidente de la Fundación para Estudios de la Industria Petrolera, con sede en Nueva York. Agregó que "nadie va a comprar petróleo a 28.65 dólares por barril --precio de los crudos más ligeros-- si puede adquirirlo en uno o dos dólares menos en el mercado de ocasión".

Por su parte, al hacer el balance de la reunión, Yamani dijo que "el anterior precio resultaba ficticio" y que la decisión de la OPEP era una "señal positiva y fuerte para aquellos que conocen el mercado". Concluyó señalando que, de continuar la inestabilidad, la OPEP estaría en condiciones de convocar a una nueva reunión extraordinaria.

Los primeros resultados de esta conferencia no fueron, en ningún sentido, alentadores. A pesar de que se consiguió "el retorno de Nigeria al organismo", gracias a la reducción de los diferenciales, las decisiones se tuvieron que aprobar con la oposición abierta de tres importantes miembros del cártel. Además, se dio un paso atrás en el intento de acercamiento con las naciones productoras fuera del organismo, puesto que Egipto abandonó su papel de observador y manifestó su intención de no colaborar más con la OPEP. En cuanto al mercado, reaccionó al principio con cautela e incertidumbre, para posteriormente volver a la inestabilidad.

En enero mismo, apenas después de informar sobre la rebaja promedio de 0.29 dólares en los precios de la OPEP, el diario The Wall Street Journal se permitía señalar que "la fraternidad petrolera internacional mantiene la idea de

que los precios están prontos a sufrir nuevas reducciones". Tal predicción pareció desmentirse con un fortalecimiento de los precios en febrero, pero este repunte resultó solamente un fuego de artificio, porque en marzo los precios volvieron a caer. En abril la mayor parte de los crudos de la OPEP se vendía en menos de 28 dólares por barril en el mercado libre; el Arabian Heavy a 26.60 dólares, el Urales y el Ekofisk a 26.50; sólo el North Slope de Alaska superó los 29 dólares por barril. A pesar de la baja, un hecho resultaba tranquilizador: los precios del mercado libre resultaban esta vez parejos, ya se tratara de crudos provenientes de la OPEP o de productores independientes.

El 1 de mayo, luego de dos días de reunión, el Consejo Ejecutivo de la OPEP anunció que había acordado una solución para los "problemas técnicos" que obstaculizaban la puesta en marcha del sistema de control y verificación de las cuotas de producción y exportación. Probablemente a raíz de esa solución a los problemas técnicos, fue que desde el 2 de mayo de 1985 Nigeria aceptó que se realizaran controles a la producción en su territorio, los cuales serían efectuados por la empresa holandesa Klyveld Kraayenhof, por encargo del Comité Técnico. Se trataba de uno de los últimos intentos de la OPEP por darle contenido real a la política de defensa de los precios, aun a costa de disminuir su participación en el mercado.

El 17 de mayo, la BNOc anunció una reducción de 1.25 dólares en el precio de su petróleo del Mar del Norte, medida que se consideró como el posible inicio de otra ronda generalizada de reducciones y una mayor carga de presiones y tribulaciones para la OPEP. Ahmed Zaki Yamani, el principal partidario de defender los precios, parecía dispuesto a perder la paciencia si el tobogán continuaba.

Durante los cuatro años anteriores, el principal peso de la estabilización había recaído sobre la producción saudita. Aunque en varias ocasiones este país tampoco tomó muy en serio la asignación de su cuota de producción, lo cierto es que la parte del mercado que le correspondía, y por tanto también sus ingresos, se habían deteriorado severamente desde el inicio de las bajas. Con una capacidad instalada para extraer en óptimas condiciones 9 millones de barriles diarios, aunque forzando la máquina podría alcanzar los 11 millones, Arabia Saudita tenía una cuota de sólo 4.3 millones. Empero, ni siquiera podía vender esa cantidad, puesto que en su papel de oferente residual tenía la obligación de compensar las sobreofertas cíclicas, que cada vez eran más la regla y no la excepción. En los primeros meses de 1985 se estimaba que los sauditas estaban colocando en el mercado apenas 2.2 millones de barriles. Aunque los costos de producción en este país son de los más bajos en el mundo y sus necesidades financieras no son tan apremiantes como las de otros

miembros del cártel, no era lógico pensar que los sauditas se resignarían franciscanamente a ceder porciones adicionales del mercado, y por lo tanto de los ingresos, cada vez que una nueva ola especulativa azotara el mercado.

La decisión británica generó una mayor sobreoferta de crudo y mayores presiones sobre los precios de la OPEP. El dos de junio Yamani dio las primeras muestras de impaciencia. En los días previos a la reunión ministerial que se efectuaría en Ryad, señaló: "tenemos que defender los precios y corregir las prácticas erróneas. Si no, los precios sufrirán un colapso y nos veremos enfrentados a una anarquía de la cual nadie podrá escapar."

La noche del mismo día 2 se inició una reunión de nueve ministros de los países integrantes de la OPEP más el secretario mexicano de Energía, que asistió como observador. Originalmente convocado como un encuentro de consulta entre los cinco miembros del Comité de Vigilancia, el encuentro cambió sorpresivamente cuando Yamani citó a todos los integrantes del cártel para convertirlo en una reunión ministerial. Argelia, Libia, Gabón y Qatar no asistieron. Aparentemente no se llegó a ningún acuerdo importante, salvo adelantar un mes la reunión prevista para el 30 de julio.

El mercado reaccionó con incertidumbre ante la reunión. El cinco de junio los precios bajaron entre 10 y 30 centavos de dólar en el mercado libre. El mismo día, el ministro de Petróleo de los EAU, Mana Saed Al Otaiba, indicó que la situación del mercado "nunca había sido tan difícil" y exhortó a los demás integrantes a respetar sus cuotas de producción. Similar llamado hizo de nuevo Yamani, pero esta vez en tono más severo: "la defensa de los precios debe ser compartida justamente por todos los Estados miembros de la organización".

El 6 de junio las empresas de Gran Bretaña anunciaron una nueva rebaja de 1.5 dólares al precio de su crudo del Mar del Norte. Los tipos Brent y Forties se venderían a partir de entonces en 26.65 dólares por barril y el tipo Ninian a 26.50 dólares. "La decisión británica deja a Nigeria en una encrucijada. Fácilmente puede desatarse una guerra de precios", señaló Philip Verleger, analista del mercado petrolero estadounidense. "La continua sobreoferta mundial de crudo, la baja de la demanda en el segundo trimestre del año y el incremento en la producción de petróleo dentro de los países industrializados se están combinando para precipitar otra vez a la OPEP en una crisis", señaló por su parte Lee A. Daniels en *The New York Times*.

Yamani hizo el 17 de junio otra advertencia. En una entrevista con la revista especializada *Petroleum Intelligence Weekly* previno respecto a una tendencia a la baja en las cotizaciones del crudo: "no creemos que los precios

bajen sólo a 26 o 25 dólares por barril: caerían drásticamente a menos de 20". Agregó que a los miembros poco disciplinados de la OPEP, como Nigeria y Ecuador, les convendría respetar los niveles máximos de producción.

El tema de la disciplina interna también había sido uno de los más áspersos en los tres años en que el organismo llevaba tratando de estabilizar el precio de referencia. Al principio, prácticamente ninguno de los socios tomaba al pie de la letra las determinaciones de la OPEP respecto de las cuotas de producción. Poco después, cuando el asunto llegó a ser más serio, algunos países siguieron mostrando indisciplinas e incluso llegaron a exponer públicamente sus desacuerdos. Ecuador, por ejemplo, amenazó con abandonar la OPEP si no se le aumentaba la cuota; mientras tanto, hacía descuentos y ofertas para colocar mayor cantidad de crudo que la asignada. Irán, otro de los renuentes, constantemente colocaba envíos adicionales de crudo en el mercado de ocasión para financiar sus gastos bélicos. Finalmente, Nigeria --el más rebelde a este respecto, no sólo porque requería de las divisas, sino porque era el más afectado por las rebajas británicas al crudo ligero-- se negó hasta el último momento a aceptar la supervisión del Comité de Vigilancia. Todos estos factores influyeron para que el resto de los socios, particularmente Arabia Saudita, mostraran su disgusto ante una restricción productiva que no resultaba pareja.

De esa forma, la OPEP llegaba a las vísperas de su reunión ministerial número 74 en un clima de profundas divisiones internas y de grandes amenazas externas. En las semanas previas a esa junta se realizaron diversos encuentros informales de consulta y análisis. Finalmente, con un día de retraso, el 6 de julio se inició la conferencia --que sólo tuvo carácter consultivo-- con dos opciones: "continuar con una dosis más fuerte de lo que hemos hecho en el pasado" (ajustar la cuota de producción de la OPEP para tratar de mantener los precios) o "intentar de común acuerdo encontrar un nuevo tratamiento", dijo el todavía residente del cártel, el indonesio Subroto.

Aparentemente no se llegó a ninguna decisión respecto a estas dos opciones de comportamiento. Oficialmente sólo se informó que los miembros de la agrupación habían aceptado "por consenso" defender los precios del petróleo. El corresponsal del diario mexicano *Excelsior* señaló en su despacho del 7 de junio que en los pasillos y elevadores del hotel en Viena había miembros de la delegación saudita "filtrando" información respecto a que "no hubo acuerdo porque Irán, Iraq, Gabón, Argelia y Ecuador rechazaron la propuesta de dejar flotar la producción. Era la primera vez que una propuesta de ese tipo se mencionaba en una junta de la OPEP. Otra novedad fue el cambio de tono de las declaraciones que hicieron los ministros presentes en la junta. Varios se refirieron a la posibilidad de una "guerra de precios" si no se conseguía que los

miembros de la OPEP se disciplinaran al cumplimiento de sus cuotas y que los productores petroleros no integrantes del cártel colaboraran para regular la producción. La guerra en el mercado, dijo el ministro de los Emiratos Arabes Unidos, Mana Saed Al Otaiba, es la última arma de la OPEP: "siempre ha sido una posibilidad final, pero me disgustaría ver que la OPEP tome esa decisión". En ese momento los precios del mercado de ocasión ya eran en promedio dos dólares más bajos que los de la organización y se rumoraba sobre nuevos descensos. México, que asistió como observador, había estado esperando que la OPEP definiera su estrategia para ajustar su política de precios de común acuerdo. Por su parte, después de la reunión, Yamani dijo que su país no estaría dispuesto a continuar indefinidamente su función compensadora, aunque indicó que no había intenciones de aumentar el volumen producido.

Apenas un mes después de esta junta, una fuente citada por *The New York Times* del 10 de julio señalaba que Arabia Saudita estaba negociando con empresas petroleras estadounidenses un aumento en ventas directas de crudo. En Nicosia, el mismo día, los ministros de los países integrantes del cártel recibieron un mensaje del rey Fahd en el cual señalaba: "si otros miembros de la organización aumentan sus niveles de producción por encima de la cuota que les fue asignada, mi país también colocará volúmenes adicionales de petróleo en el mercado".

El 18 de julio la revista especializada *Middle East Economic Survey* informó que en mayo la producción promedio de la OPEP había sido de 14.5 millones de barriles diarios, millón y medio menos que la cuota tope fijada, a pesar de lo cual se calculaba que la oferta era 2.5 millones de barriles superior a la demanda.

El 22 de julio, durante el primer día de sesiones de la pospuesta 74 reunión ministerial, el presidente del organismo, Subroto, manifestó las principales preocupaciones: "la OPEP ha llegado a límites casi insoportables en la baja de los precios y de la producción, y esto deben entenderlo los países no miembros, que creen que reduciendo aún más los precios o aumentando los volúmenes de producción obtendrán beneficios importantes. Ningún productor sacará provecho, pues a largo plazo, el colapso nos afectará a todos por igual". El mercado, agregó, "está en una encrucijada".

En coincidencia con Subroto, el presidente de la British Petroleum señaló el 23 de julio que sería "excesivamente desatinado" pensar que "el estremecimiento de la industria petrolera mundial" terminaría pronto. En una entrevista con el *Financial Times*, el empresario indicó que, en contra de lo que postulaban algunos gobiernos de países industrializados (se refería sin duda a las declara-

ciones hechas en Estados Unidos y el Reino Unido); una caída sostenida en los precios no resultaría benéfica. "Cualquier pérdida significativa de los ingresos de productores petroleros tan poblados como México, Nigeria o Venezuela, tendría efectos desastrosos en sus economías, sin mencionar a varios cientos de bancos estadounidenses", indicó.

"La OPEP concluyó sus cuatro días de amargos debates aprobando pequeños recortes en los precios oficiales de los crudos pesados y medianos, decía la reseña del *Wall Street Journal* del 26 de julio de 1985. Las discusiones a las que se refería el diario financiero estaban relacionadas con la negativa de Argelia, Libia e Irán de aceptar la decisión mayoritaria de la OPEP para rebajar los precios del crudo pesado en 50 centavos de dólar y los medianos en 20 centavos, mientras que los precios del crudo ligero mantendrían su cotización. El comunicado oficial del organismo mencionaba que esos países se habían "disociado" del acuerdo, pero que ello no constituía una "fractura" de la OPEP.

El doctor Subroto se limitó a comentar: "la vida hay que tomarla como viene".

Por su parte, el venezolano Hernández Grisanti dijo: "esperamos que los productores de petróleo no miembros de la OPEP no sigan rebajando sus precios, pues de continuar haciéndolo provocarían una seria crisis no sólo en la OPEP sino en toda la estructura del mercado". El *Wall Street Journal*, citando a "fuentes sauditas y estadounidenses bien informadas", señaló el 26 de julio que en el último minuto el rey Fahd había dado instrucciones a Yamani para que aceptara estos recortes mínimos y no, como originalmente pedían los sauditas, rebajas aún mayores.

Al parecer, el último esfuerzo de la OPEP por estabilizar el mercado mediante disminuciones de la producción ocurrió a fines de julio de 1985. Según un informe de la Agencia Internacional de Energía (AIE), difundido el 7 de agosto, ese mes la producción conjunta del cártel se estabilizó en 14.2 millones de barriles diarios, cifra apenas mayor que la de 14 millones de junio. La disciplina productiva de la OPEP parecía por fin haberse alcanzado, pero la estrategia de limitar las ventas aún era insuficiente para estabilizar los precios. Según declaró Yamani, Arabia Saudita estaba produciendo en ese momento menos de 2.5 millones de barriles diarios.

En contraposición con esa tendencia, el 2 de septiembre se anunció un aumento en el precio del crudo de exportación de Egipto. La mezcla denominada Canal de Suez se incrementó de 25.25 a 25.65 dólares y el crudo Belayim de 24.25 a 25.55 dólares.

La primera señal de la nueva etapa en la lucha por los mercados se publicó el 11 de septiembre de 1985. Según la agencia AP, que citaba como fuente al diario de Kuwait *Al-Watan*, Arabia Saudita había acordado con las cuatro empresas petroleras estadounidenses asociadas a la Aramco, con la holandesa Shell y la japonesa Mitsubishi, vincular el precio de su crudo de exportación con las cotizaciones del mercado de productos petroleros. Según el diario, "esto implica una reducción significativa de los precios del hidrocarburo saudita". Como es costumbre en estos casos, las fuentes oficiales no confirmaron ni desmintieron la información.

Las versiones alarmistas se reanudaron a los pocos días. El 19 de septiembre, el corresponsal en Washington de *Excelsior* citaba al secretario de Energía, John Herrington, quien señaló que Arabia Saudita había firmado contratos con por lo menos tres empresas para abastecimiento de crudo a precios dos o tres dólares por abajo de las tarifas oficiales de la OPEP. El mismo día, *The Washington Post* volvió a citar las "fuentes bien informadas", y dio a conocer que Arabia Saudita había comenzado --en una decisión sin precedentes-- a incrementar su producción petrolera para forzar una "guerra de precios".

Según esta información, los sauditas colocarían un millón de barriles por día a partir de octubre, para tratar así de forzar a los países no integrantes de la OPEP a colaborar en la estabilización de los precios. Con esta medida se rompía el esquema seguido hasta entonces por el cártel, a pesar de que, aun con un millón más de barriles por día, los sauditas no rebasaban su cuota de producción.

Al respecto, en Caracas, el gobernador venezolano ante la OPEP, Félix Rossi Guerrero, señaló en septiembre que una eventual guerra de precios dañaría principalmente a los países no integrantes de la OPEP. "Los campos petroleros del Mar del Norte y de Alaska serían los primeros en tener que cerrar, ya que pasarían a ser antieconómicos", dijo el funcionario, y agregó que los costos de producción en estos campos "son de los más altos del mundo, entre 15 y 20 dólares por barril". El tema de los costos aparecería después de modo recurrente en muchas de las declaraciones.

El 4 de octubre terminó una conferencia más de la OPEP, en un clima de división aún mayor. No se llegó a ningún acuerdo sobre precios ni sobre cambios en la plataforma de producción de 16 millones de barriles diarios a pesar de que siete países habían solicitado aumentos en sus cuotas individuales y de que uno de ellos, Ecuador, había amenazado con abandonar el organismo si no se le asignaba una mayor. Antes de la reunión, la delegación saudita presentó un ultimátum respecto a la obligación de respetar las cuotas y los precios oficiales, porque de lo contrario se corría el riesgo de una guerra de

precios. También fue enfática respecto a que no aceptaría la reducción de su cuota de 4.3 millones de barriles al día.

“Creo que hay un cambio ahora” dijo Yamani.

El indicio de ese cambio fueron las palabras del ministro de Petróleo de los EAU ante la televisión de Abu Dahbi. El 31 de octubre Mana Saed Al Otaiba dijo que a partir de esa fecha “cada productor está en libertad de vender su petróleo a cualquier precio”. Indicó que a pesar de los contactos de la OPEP con los productores independientes, “ellos no nos comprendieron y no cooperaron con nosotros. Desde ahora quedamos liberados de los compromisos asumidos previamente y de los sacrificios que hicimos, porque los productores ajenos a la OPEP se están beneficiando con nuestros sacrificios”.

Un día después, el 1 de noviembre, el presidente de la OPEP desmintió las declaraciones de Al Otaiba, afirmando que “no se ha producido ningún cambio oficial en la política de este organismo”. El ministro nigeriano de Petróleo, Tam David West, agregó que en la reunión de Viena “no se llegó a ningún acuerdo ni se tomó ninguna decisión al respecto, por lo que los precios siguen como están”.

Pronto se comprendió que los desmentidos de Subroto y West no habían sido más que un esfuerzo por mantener la formalidad. En el tercer día de sesiones de la reunión ministerial iniciada el 7 de diciembre en Ginebra, se acordó que la OPEP modificaría totalmente su estrategia. En lugar de sostener el precio de referencia, incluso a costa de reducir la producción, se pasaría a una política de radical defensa del mercado que corresponde a cada país de la OPEP. “Nos proponemos preservar nuestra porción del mercado y protegerla”, aunque los precios bajen “más allá de 15 dólares por barril” dijo Yamani. En un clima propio de quien se prepara para una batalla, el nigeriano West señaló que su país competiría “barril por barril y centavo por centavo”, para proteger su mercado.

La reacción en el mercado libre fue inmediata. El 11 de diciembre, en Nueva York y Rotterdam hubo una baja que osciló de 30 centavos a un dólar. No obstante, todavía se confiaba en que “nadie quiere una guerra de precios. Los ladridos de la OPEP son más feroces que sus mordeduras”, señaló un asesor de la empresa de asesores Shearson Lehman.

El 12 de diciembre los precios tuvieron una nueva baja, esta vez más drástica. De los 28 dólares en que fluctuaban antes de la reunión del 7 de diciembre, en el mercado libre cayeron a un rango de 21-25 dólares por barril. En Estados Unidos, el crudo de referencia (West Texas Intermediate) bajó a 24

dólares, mientras que el Brent del Mar del Norte se redujo hasta 23.50 dólares. El 20 de enero de 1986 las cotizaciones rompieron la barrera de los 20 dólares, cuando el Brent se cotizó a 19.50 dólares, su precio más bajo en seis años. El mismo día se informó que Zaki Yamani sostenía pláticas informales con los productores dentro y fuera de la OPEP, para elaborar una estrategia que detuviera la caída de los precios, porque de lo contrario se entraría en un "colapso espantoso". Por su parte, el ministro petrolero de Kuwait, Alí Khalifa Al Sabah, señaló que era inevitable el enfrentamiento de los países de la OPEP con "aquellos que actúan por su cuenta". Este choque, al que Al Sabah le auguró una duración máxima de seis meses, "provocará un caos en el mercado internacional y los precios del petróleo bajarán durante cierto periodo; imagino que esta situación durará el tiempo que tarden los productores en darse cuenta de que no les conviene permitir que continúe, independientemente de si son o no de la OPEP".

El 23 de enero, el Brent se vendió a 18.90 dólares y el West Texas cerró a 19 dólares. Ese día también se publicó una nota de la agencia de noticias de la OPEP en la que se citaba a Yamani previniendo sobre "una baja catastrófica", por abajo de los 15 dólares, a menos que se llegara a un acuerdo que incluyera a los miembros de la OPEP y a países como México, la Unión Soviética, Egipto, Malasia y Omán.

La misma tónica del mercado se sostuvo los días siguientes, con los precios bajando centavo a centavo; con los ministros de la OPEP señalando su intención de sostener la misma estrategia; con pláticas informales con los países productores no miembros del cártel, las cuales no dieron ningún resultado, y con la reticencia de tales productores (salvo los casos de México y Egipto, que en distintas formas aceptaron colaborar) a aceptar reducciones de la producción. La OPEP citó a una nueva reunión ministerial para el 16 de marzo, en la cual se revisarían las políticas de producción y de precios. En los medios petroleros se aseguraba que luego de esta reunión se realizaría una nueva ronda de discusiones, en las cuales participarían los países productores de petróleo no integrantes de la OPEP, para lo cual ya se habían girado invitaciones a todos los gobiernos, algunos de los cuales ya habían confirmado su asistencia.

La guerra de precios

Por los pasillos del Hotel Intercontinental de Ginebra un hombre se empeñaba en que lo escucharan. Su nombre: Gholamreza Aghazadeh. Su empleo: ministro de Petróleo de Irán. El caballero del nombre impronunciable elevaba la voz hasta el grito para elogiar a Ahmed Zaki Yamani, de quien dijo que era un "hombre de gran sabiduría y devoción por servir". ¿Por qué el representante del

principal rival de Arabia Saudita en la OPEP externó tales elogios sobre quien durante 24 años encabezara esa rivalidad? Muy sencillo: Yamani había sido despedido muy poco antes.

Era el 11 de diciembre de 1986 y el cártel petrolero daba inicio a su sexta reunión del año. Por primera vez desde 1962 Yamani no figuraba en el centro de la atención; su foto tampoco ocupaba la primera plana de los diarios, ni sus especulaciones.

Rumores y comentarios estremecían al mundo petrolero. Sin embargo, esta reunión resultaba simbólica también por otras razones. Los precios del crudo rondaban en esos días los 16 dólares por barril, y aunque eran los más altos de los últimos nueve meses, resultaban todavía muy distantes de los 28 dólares que habían regido hacía apenas un año, en diciembre de 1985, cuando la OPEP inició una guerra de precios al anunciar Yamani que "nos proponemos preservar nuestra porción del mercado y protegerla", aunque los "precios bajen más allá de los 15 dólares por barril".

Un año duró la guerra de las cotizaciones, de diciembre de 1985 al mismo mes de 1986. A causa de los daños, la propuesta que se pondría en discusión era diferente. El grupo de expertos que la organización constituyó expresamente para analizar la situación del mercado presentó una conclusión muy distinta de la que prevalecía doce meses antes: "El nivel actual de precios no puede mantenerse con la actual producción de la OPEP y si se quiere obtener un nivel más alto de precios, la producción total de la OPEP tiene que reducirse".

En tanto los precios del petróleo "se desplomaron hoy por debajo de los diez dólares por barril, el más bajo en diez años, el jefe de la Casa Blanca anunció que enviaría al vicepresidente George Bush a Arabia Saudita para negociar con Ryad un retorno urgente a la estabilidad en el deprimido mercado petrolero mundial.

"Al mismo tiempo, el secretario de Energía, John Herrington, afirmó que el tobogán de los precios 'se acerca a su fin'. En un mensaje directo a los árabes indicó que los productores, al fijar precios y estrategias de ventas, deben tener en consideración las repercusiones internacionales de sus acciones".

No era ficción. Era un auténtico cable de las agencias internacionales distribuido el 2 de abril de 1986. La trama parecía de novela: Estados Unidos se quejaba por los precios del petróleo demasiado bajos, y los árabes (los mismos que en 1973 y 1974 fueron satanizados por cuadruplicar las cotizaciones del crudo y "llevar la economía mundial al colapso") recibían ahora

regaños por vender demasiado barato. Sin embargo, la información era veraz. El gato y el ratón habían cambiado sus papeles. Hay poca claridad sobre la forma en que ese cambio se generó. Como siempre que ocurren fenómenos al parecer sin sentido, en este caso también se quiso explicar la situación por el lado de las conspiraciones. Los iraníes acusaban a los sauditas, que acusaban a los productores independientes, que acusaban a los países industrializados... y así hasta el infinito.

Sin negar que cada una de esas acusaciones tenga su parte de razón y de verdad, parece insuficiente buscar en la voluntad conspirativa las explicaciones de esos cambios, incubados a lo largo de un prolongado periodo y resultado de múltiples factores, pues la situación del mercado petrolero se compone de diversos ingredientes. El comportamiento futuro de los precios resulta una interrogante que depende de diferentes factores de corto, mediano y largo plazos. Los elementos especulativos y los rápidos cambios que actualmente ocurren hacen que los expertos sean exageradamente cautos a la hora de hacer pronósticos. El mercado petrolero se ha modificado y la OPEP intenta dar la pelea en distintas formas, tratando de adaptarse antes que sufrir la derrota total. Los acontecimientos de ese año gris que fue 1986 son parte de la historia del mundo petrolero, llena de ingredientes propios de una novela y cuyas consecuencias alcanzaron a todo el mundo.

Un primer cambio en el mercado petrolero fue la evolución de la OPEP. De la posición de defensa de los precios que había sostenido desde 1981, aun a costa de ceder constantemente parte de su peso en el total de exportaciones, pasó a otra en la que la prioridad fue el mantenimiento de una cuota razonable, a pesar de que con ello se arriesgara el desplome de los precios. Un segundo cambio, éste de mediano plazo, es la incesante pérdida de influencia del cártel petrolero iniciada desde principios de los ochenta. La cada vez mayor presencia de productores independientes y el éxito de las políticas de conservación y sustitución de las fuentes de energía, minaron paulatinamente el poderío de la organización. Además, la cohesión interna de la OPEP sufría constantes pruebas debido a que muchos de sus países miembros se habían embarcado en gigantescos proyectos de inversión que exigían cuantiosos recursos y limitaban sus márgenes de acción para modificar a la baja las cuotas de producción que el cártel les asignaba. Fue esta acumulación de hechos la que desencadenó, a partir de diciembre de 1985, los acontecimientos.

El comienzo de la guerra

El primer disparo se dio el 13 de septiembre de 1985 en Oxford, la ciudad académica que se extiende a orillas del Támesis. En su célebre Universidad se

desarrollaba una sesión más del seminario sobre energéticos que reúne cada año a las grandes celebridades en la materia. Poco antes del mediodía, el ministro saudita del Petróleo, Ahmed Zaki Yamani, dirigió sus elegantes pasos hacia el podio y expuso un cambio en la política de su país: se ofrecerían descuentos a los clientes sobre los precios oficiales de la OPEP. Los bien entendidos supieron leer el mensaje: la guerra de precios había empezado.

Arabia Saudita se había cansado de funcionar como motor de repuesto de una OPEP indisciplinada y de productores independientes abusivos y ventajosos. Cumpliendo un papel casi permanente de productor residual, las sauditas habían estado retirando crudo del mercado cada vez que la sobreproducción amenazaba con derrumbar el tambaleante nivel de precios. Sin embargo, casi de modo automático, uno o varios de sus voraces socios en el cártel y entre los productores independientes, que gozaban de todas las ventajas de los precios altos sin tener que hacer nada para sostenerlos, reponían la disminución en la oferta.

Pues bien --concluyó Yamani--, si eso querían, eso obtendrían, y convenció al rey Fahd de poner en práctica una política sumamente audaz y riesgosa: inundar el mercado, dejar que el precio se desplomara y, cuando el pánico cundiera, forzar un acuerdo de colaboración real entre la OPEP y los productores independientes (principalmente el Reino Unido) y establecer una disciplina efectiva entre sus socios para volver a elevar las cotizaciones y estabilizarlas en un nivel rentable, que además "garantizara a la OPEP una cuota razonable del mercado".

Casi inmediatamente después de la declaración de Yamani, el gobierno saudita negoció convenios con las principales empresas compradoras para abastecerlas de crudo a precios de dos a tres dólares más abajo que las cotizaciones oficiales, con el objetivo de colocar un millón más de barriles al día en el mercado. Tales convenios incluyeron la cláusula "net back", según la cual el proveedor de crudos garantiza a las empresas compradoras un margen de ganancia sobre los productos refinados, independientemente de la evolución de los precios del crudo. Era parte de la guerra que aún no se formalizaba.

Casi un mes después; el 4 de octubre de 1985, terminó una reunión ministerial más de la OPEP en un clima de división e indisciplinada. No hubo acuerdo alguno sobre la cuota global de producción ni sobre modificaciones a los precios oficiales o a las cuotas de cada uno de los socios. La de Arabia Saudita era de 4.3 millones de barriles al día, pero su producción había estado muy por debajo de ese límite. Si bien de septiembre a octubre los sauditas aumentaron su producción a un millón de barriles, aun así no cubrían su cuota.

En la reunión anunciaron que seguirían aumentando su extracción y que por ningún motivo aceptarían reducir su cuota.

Finalmente, en la reunión del 7 de diciembre, la última de ese año, la OPEP formalizó el cambio total de su estrategia. En lugar de sostener el precio de referencia o marcador, se pasaría a una política de defensa radical del mercado. La respuesta del mercado fue evidente. De los 28 dólares por barril en que fluctuaban los precios en el mercado libre antes de la reunión, cayeron a 21.25 dólares el 12 de diciembre. El 20 de enero de 1986 las cotizaciones rompieron la barrera de los 20 dólares y el 4 de marzo el crudo marcador se vendió en 12.20 dólares; un mes después, el 2 de abril, por primera vez desde 1973 se vendió el crudo en menos de diez dólares.

El jueves 4 de abril el vicepresidente de Estados Unidos, George Bush, viajó a Arabia Saudita y otros países del área para negociar la vuelta a la estabilidad de precios. Con los crudos cotizándose en alrededor de nueve dólares, los efectos en la economía internacional eran impredecibles e iban más allá de lo que proclamaban voces ideológicas y simplistas que veían en esta crisis "la posibilidad de liquidar definitivamente a la OPEP", como señaló un editorialista de *The New York Times*.

"La opinión tradicional ha sido en el sentido de que cuanto más barato, mejor; ahora se dan cuenta de que la euforia de los precios bajos es como ir a una fiesta, pero que después vendrán los molestos efectos de haber bebido demasiado", dijo un analista de cuestiones petroleras de nombre William Randoll. En esos mismos días, el Secretario de Energía de Estados Unidos manifestó que "existe un punto" en el cual forzar a la baja los precios por medio de la sobreproducción "tiene ramificaciones políticas". Agregó que "tiene que ser evidente para los sauditas y para el resto de los países de la OPEP el daño que se está haciendo a la industria petrolera".

No se saben los términos en que se hayan efectuado las negociaciones entre los gobiernos de Arabia Saudita y Estados Unidos, pero el mercado continuó deteriorándose. Los estadounidenses, empero, no eran los únicos preocupados. Industriales, productores independientes e incluso algunos integrantes de la OPEP se mostraban ya reticentes a continuar con esta estrategia. Mientras que las autoridades sauditas reiteraban el 2 de abril, por medio de Yamani, que "a la larga, Arabia Saudita desea dejar bien establecido que la responsabilidad de defender el mercado también la comparten otros y no es exclusiva del reino", algunos industriales señalaban que "existe incertidumbre general acerca de hasta dónde necesitan caer los precios con objeto de acumular la cantidad de motivación adecuada en los otros productores de petróleo". En

la OPEP las cosas no iban mejor. Un grupo de países, encabezado por Irán, se negaba a continuar con la estrategia, lo cual motivó que la reunión prevista para mediados de marzo se pospusiera un mes, en espera de lograr un acuerdo interno y continuarlas pláticas de colaboración que se habían iniciado con un grupo de cinco productores independientes.

Verano sin gloria

El 21 de abril la OPEP concluyó su septuagésima séptima conferencia ministerial extraordinaria sin resultados que llamaran al optimismo. Diez integrantes del grupo firmaron un acuerdo para reducir a 16.3 millones de barriles diarios la cuota de producción global de la organización, pero Argelia, Irán y Libia se negaron. Por otra parte, en ese acuerdo no se establecieron cuotas individuales de producción. El único factor positivo del encuentro fue la decisión de que un comité compuesto por ministros de Indonesia, Kuwait, Nigeria, Venezuela y Arabia Saudita se entrevistara con los países exportadores no afiliados al cártel a fin de coordinar las políticas de precios y producción.

El ministro de Petróleo de Irán expresó, a nombre de los países que se negaron a firmar, que la reunión había sido un respaldo a la guerra de precios promovida por Arabia Saudita, parte de una "conspiración" con Gran Bretaña y Estados Unidos para que las cotizaciones del crudo continuaran bajando.

Antes de esta reunión el techo productivo de la OPEP era de 16 millones de barriles, pero todos sabían que esa cantidad se sobrepasaba con creces. Interrogado sobre si era factible que aumentaran los precios del crudo, Yamani se limitó a decir: "si se logran retirar del mercado de 2 a 3.5 millones de barriles extra, sería factible; pero el excedente está allí". Y para reiterar que la guerra continuaría, indicó que todavía era necesario el retiro voluntario de un millón de barriles diarios más en la producción de la OPEP en su conjunto, para que en la junta prevista para junio se pudieran discutir cuotas individuales de producción. Esta fue la primera ocasión en que se mencionó la posibilidad de que el Reino Unido se negara de modo definitivo a cooperar con la OPEP. Yamani señaló al respecto que si otros países absorbían las reducciones que corresponderían a los británicos, sería posible celebrar un acuerdo entre los países independientes y el cártel para regular la producción y estabilizar los precios.

Enfrentamiento en Brioni

Una antigua residencia del mariscal Tito, en la isla yugoslava de Brioni, fue el escenario de una de las reuniones más belicosas de la OPEP en esta etapa. Las

demonstraciones de ese afán de batalla se presentaron desde la sesión inaugural, el 25 de junio de 1986, cuando se empezó por sustituir al presidente del organismo, el venezolano Arturo Hernández Grisanti, a quien un delegado árabe tan suelto de lengua como poco cortés calificó de "ineficaz y débil". En el discurso inaugural, Hernández Grisanti había llamado la atención sobre los peligros de continuar con una política que mantenía los precios fluctuando de 12 a 14 dólares por barril, con la amenaza de que cayeran aún más. También elogió la actitud del gobierno de Noruega, que había aceptado hacía poco colaborar con la OPEP, y exhortó al resto de los productores independientes a seguir tal ejemplo. Inmediatamente después de su discurso se votó su remoción. "Ya es tiempo de casar a la OPEP con un marido que sea un presidente eficaz y no un débil" dijo el ministro de los Emiratos Arabes Unidos, Mana Saed Al Otaiba. En lugar del venezolano se nombró al nigeriano Rilwano Lukman.

El lado positivo de la sesión inaugural lo dio el ministro de Indonesia, doctor Subroto, quien informó que cinco productores independientes (México, Noruega, Egipto, Malasia y Brunei) le habían comunicado estar dispuestos a colaborar con la OPEP en un plan para estabilizar los precios. Este grupo ofrecía reducir 500 mil barriles diarios su producción, pero pedía a cambio un plan razonable para restaurar la estabilidad y recuperar los precios. El clima de división se acrecentó cuando Irán, Libia y Argelia presentaron un plan para reducir la producción global de la OPEP y establecer un tope de 14 millones de barriles que empujara las cotizaciones a niveles cercanos a 28 dólares. Sin embargo, un día después se impuso la propuesta mayoritaria de un tope de 17.6 millones de barriles diarios, pretendiendo que los precios recuperaran un nivel de 17 a 19 dólares por barril.

Los 13 integrantes de la OPEP se separaron temporalmente el 30 de junio sin acordar cuotas individuales, pero con la misión de consultar con sus respectivos gobiernos las propuestas para discutir las un mes después. También se encargó a Subroto que prosiguiera las consultas con los productores independientes. Ese mismo día, al hacer un balance de la reunión, Otaiba señaló que "hoy la situación es peor que ayer". Por su parte, el representante de Argelia, Belkacem Nabi, tampoco se manifestó optimista: "lo que tenemos son platos vacíos", dijo, refiriéndose al tope de producción y a las metas respecto del incremento de los precios.

"Al concluir la sesión, cada ministro recibió un sobre cerrado" en el que se le asignaba a su país una cuota de producción determinada por computadora para alcanzar la meta de 17.6 millones en total, señaló el semanario *Middle East Economic Survey*. Agregaba que el problema no era la asignación aritmética de esas cuotas, sino la posibilidad de que se hicieran efectivas. Por una parte estaba

la necesidad de cada uno de los ministros de consultar con sus respectivos gobiernos. Por otra, la distancia entre la producción deseada y la real hacía difícil pensar en que se alcanzara la meta. El mismo semanario estimaba que la producción de la OPEP en junio había llegado a 19.1 millones de barriles diarios, muy superior a los 17.9 millones de mayo y a los 17.6 millones de abril. Con una producción real de 18.2 millones en promedio durante el segundo trimestre de 1986, agregó la publicación, habría una acumulación de existencias de hasta dos millones de barriles diarios. El excedente, según la revista, se produjo "principalmente por el alza registrada en Arabia Saudita, Irán y Libia, mientras que otros exportadores, como los Emiratos Arabes Unidos, Kuwait, Nigeria e Iraq, han mantenido los altos niveles de producción que alcanzaron en los últimos meses". Otro signo desalentador era que varios de los productores independientes, que habían reducido sus exportaciones, habían vuelto a sus anteriores niveles. El comportamiento de los precios en el mercado libre fue también un indicador de pesimismo. La falta de acuerdos concretos en la OPEP deprimió un poco más los precios, que quedaron en alrededor de 11 dólares por barril.

La nueva baja de las cotizaciones reflejaba bien la incertidumbre respecto de la política que seguiría la OPEP, pero era también la expresión del desenfreno especulativo que se había apoderado del mercado. El vacío dejado por los desacuerdos de la organización se llenó de inmediato con una nube de especuladores que negociaban hasta 1.5 veces el total de la producción mundial de crudo y se enriquecían con un simple cambio de papeles, en transacciones que involucraban dos o tres veces un mismo cargamento de crudo. De esta forma, el exceso en la oferta, la falta de acuerdos entre los productores y el abuso en los mercados de ocasión y a futuro, produjeron situaciones verdaderamente caóticas. El 8 de julio la agencia Reuter informó de ventas de crudo de Kuwait y de Ecuador a 5.5 dólares por barril (si se considera que cada barril tiene alrededor de 159 litros, resulta que el litro se estaba vendiendo en 0.034 dólares). En esos días, el crudo marcador saudita y los de referencia del Mar del Norte se negociaban en promedios menores a diez dólares por barril. La guerra de precios parecía llegar a su límite.

Principio de acuerdo

El 27 de julio, entre signos cada vez más ominosos, se reanudó la septuagésima octava reunión extraordinaria de la OPEP. Entre amenazas de todo tipo y acusaciones mutuas, con los precios en su nivel más bajo, la OPEP corría el riesgo de escisión.

Con poca cortesía y nula diplomacia, el iraní Gholamreza Aghazadeh

abrió fuego el 28 de julio. Calificó de "traidora" y de "tramposa" a Arabia Saudita. "Sólo tres o cuatro países obtienen la justa parte del mercado. Los sauditas engañan a sus propios amigos", dijo, y amenazó con que su país produciría hasta cuatro millones de barriles diarios si la OPEP no llegaba a un acuerdo sobre la redistribución de las cuotas individuales y la reducción de la producción tope. El principal punto de la discusión era la forma de instrumentar el acuerdo de limitar la producción a 17.6 millones. Sin embargo, para esa fecha la situación real del mercado había cambiado aún más. Arabia Saudita producía una cantidad cercana a seis millones de barriles diarios y la producción conjunta del cártel era cercana a los 20 millones.

Para el 1 de agosto, lo que parecía una "misión imposible", según expresión de Al Otaiba, empezó a aclararse. Después de maratónicas sesiones de discusión aparentemente sin salida, ese día se anunció un acuerdo preliminar de diez de los integrantes de la OPEP para realizar recortes voluntarios a su producción destinados a estabilizar durante dos meses la oferta. Este plan, que fue visto primero como un intento desesperado por no cerrar la conferencia sin acuerdo (lo que hubiera arrastrado los precios hasta un nivel increíble de 3 o 4 dólares por barril, según los expertos) fue reconocido posteriormente como el primer indicio de que la estrategia iraní comenzaba a ganar adeptos. La propuesta original de Irán finalmente alcanzó el consenso el 5 de agosto al contar con la aprobación de Arabia Saudita. El acuerdo suponía limitar la producción total de la OPEP en alrededor de 16.75 millones de barriles por día, 3.5 millones menos que el volumen producido en ese momento. Tal tope estaría vigente en septiembre y octubre, en tanto que se trabajaba un acuerdo de mayor alcance, con reasignación de las cuotas individuales. El plan suponía una vuelta a las cuotas de 1984, para una producción total de 14.8 millones de barriles diarios repartidos entre doce integrantes del cártel. Iraq quedó excluido, pero sí respetaba su cuota de 1.2 millones de barriles asignada anteriormente, la producción total sería de 16 millones de barriles. Empero, era posible que siguiera bombeando los 2 millones de barriles que entonces producía.

Al mismo tiempo, la OPEP solicitó a los productores independientes que se sumaran a este esfuerzo temporal por retomar las riendas del mercado. El presidente del organismo, Rilwano Lukman, manifestó en la conferencia de prensa final que México se había comprometido a disminuir en 150 mil barriles diarios su producción, al igual que Malasia, Angola, Omán y Egipto, que en conjunto ofrecieron retirar entre 500 y 700 mil barriles de la oferta. El Reino Unido siguió manifestando su oposición radical a cualquier intento de limitar su producción en el Mar del Norte. Noruega, el otro importante productor en la zona, calificó el acuerdo como positivo y ofreció hacer un similar esfuerzo de reducción.

El ministro argelino, Belkacem Nabi, dijo que el acuerdo significaba una tregua en la guerra de precios. El representante de Kuwait señaló que la guerra podría continuar y que su país rompería el acuerdo "si algún otro excede su cuota en un sólo barril". La noticia del acuerdo, que resultó sorpresivo, motivó una reacción inmediata en los mercados. En un sólo día el crudo de referencia tipo Brent, para entrega en septiembre, pasó de 10.30 dólares a una cotización pico de 15 dólares.

El acuerdo permitió que la OPEP celebrara su 26 aniversario en un clima de relativa calma. El 14 de septiembre el presidente del organismo afirmó en un mensaje que, como resultado del acuerdo, "el mercado está saneado". El texto hacía referencia a un comportamiento positivo de las cotizaciones, que oscilaban de 14 a 16 dólares por barril. "Con motivo del 26 aniversario de la organización, los indicadores del mercado ya han demostrado una vez más el papel crucial de la OPEP, la única asociación estructurada de productores que puede influir en los precios y en la estabilidad del mercado mundial de energéticos".

Adiós a Yamani

Ginebra "es una bella ciudad. Pienso que estaremos aquí por algún tiempo", dijo Yamani el 17 de octubre, luego de 14 días de ásperas discusiones dentro de la que sería su última conferencia como representante de Arabia Saudita. Su postrera muestra de humor aludía a las dificultades en que se encontraba el cártel para llegar a un acuerdo que permitiera prorrogar por dos meses más el acuerdo temporal que fenecía el 31 de octubre y que había permitido una ligera recuperación de los precios. Qatar, Ecuador, Gabón y Kuwait demandaban aumentos en sus respectivas cuotas como condición ineludible para aceptar la renovación del acuerdo temporal. Entre acusaciones y amenazas mutuas, la OPEP terminó su más larga reunión en la historia aceptando esas condiciones, mediante el aumento de 200 mil barriles diarios sobre los niveles máximos acordados el 5 de agosto. Este excedente se repartiría entre los países que exigían aumentos en sus cuotas, pero el incremento de la demanda previsto para el invierno permitiría absorber la adición, incluso con un aumento en los precios. Las discusiones sobre cuotas definitivas volvieron a posponerse, esta vez hasta diciembre. La decisión final se tomó el 21 de octubre y se requirió de la intervención repetida del rey Fahd de Arabia Saudita para negociar con sus aliados del Golfo Pérsico para que aceptaran los límites establecidos.

El 30 de octubre, entre rumores no confirmados de que Arabia Saudita estaba ofreciendo nuevamente descuentos a sus clientes, se anunció el despido de Yamani como ministro de Petróleo de su país. De esa forma, quien fuera la

figura más poderosa de la OPEP desde 1962 era la víctima más conspicua de una guerra que él mismo había contribuido a desatar. Las razones de un despido tan fulminante seguramente no se harán públicas. Sin embargo, la prolongada conferencia de octubre mostró claramente las desavenencias entre Yamani y el resto de los miembros del gobierno Saudita. En efecto, en los meses anteriores Yamani parecía enfrentarse a una oposición creciente por parte del gabinete saudita, en particular del ministro de Defensa, pues independientemente de las intrigas palaciegas en que se vio inmerso, su principal enemigo fue la pérdida de ingresos de su país.

En 1981 Arabia Saudita obtuvo alrededor de 113 mil 200 millones de dólares del exterior. En 1984 sus ingresos petroleros se habían reducido a 43 mil 700 millones de dólares y en 1985 apenas a 28 mil millones, cifra que se vería todavía más mermada en 1986. Los depósitos sauditas de divisas en el exterior se redujeron de 150 mil millones de dólares en 1982 a 90 mil millones a finales de 1985. A la fecha del despido, el gobierno saudita había pospuesto en dos ocasiones la presentación de su presupuesto para el ejercicio 1986-1987 debido a la incertidumbre sobre sus ingresos petroleros.

En sustitución de Yamani se nombró a Hisham Nazer, ex ministro de Planeación saudita. Los países petroleros reaccionaron con cautela ante este cambio, debido a la incertidumbre respecto de si era sólo una remoción de hombres o si el hecho significaría una variación importante en la política petrolera. La primera medida de Nazer fue convocar a una reunión de emergencia del Comité de Precios de la OPEP. Dijo que su país buscaría un aumento en los precios del crudo, por lo menos hasta 18 dólares por barril, y pidió que el Comité se reuniera "antes de que termine noviembre", con el fin de preparar una propuesta para la reunión de diciembre.

Nuevo acuerdo, la guerra ha terminado

El 11 de diciembre, luego de una serie de homenajes a Yamani que unificó a sirios y troyanos, la OPEP entró en materia: el objetivo principal de la reunión fue llegar a un acuerdo de mayor alcance sobre reducciones en la producción global y la reasignación de cuotas individuales. El 20 de diciembre doce miembros de la OPEP anunciaban la firma de un convenio para limitar la producción de crudo durante los dos primeros trimestres de 1987 a 15.8 millones de barriles diarios, el tope más bajo en los 26 años de existencia de la OPEP, con nuevas cuotas individuales para cada socio. Iraq rehusó firmar el acuerdo si no se le garantizaba una cuota igual a la de Irán, país con el cual estaba en guerra desde 1980. Las nuevas cuotas significaban una disminución para todos los socios, respecto de los volúmenes acordados en la reunión de octubre.

El objetivo era llegar a un precio de referencia de 18 dólares. También se volvía al sistema de precios fijos por contrato, eliminando a partir de febrero de 1987 los sistemas de descuento y los acuerdos "net back".

Con este acuerdo, logrado en parte por la alianza de Irán y Arabia Saudita, se daba fin a la política de recuperar para la OPEP su participación en el mercado petrolero, aun a costa de sacrificar precios. La guerra había terminado, por más que el comunicado final del organismo señalaba que la decisión de recuperar precios no significaba que la OPEP "renunciara a aumentar su parte del mercado". El reelecto presidente del cártel, Rilwano Lukman, señaló que se había llegado a un convenio "sobre precios, producción, cuotas, diferenciales y programas para el año próximo", que incluía diferenciales máximos sobre los distintos tipos de crudo, los cuales se revisarían periódicamente por un comité especial. La OPEP, agregó Lukman, "espera la máxima cooperación de los países productores que no pertenecen a la organización" a fin de conseguir el alza en la cotización del crudo. La siguiente reunión de la OPEP se realizaría el 27 de junio de 1987 y en ella se revisarían los acuerdos, en caso de ser necesario.

El mercado tuvo una inmediata reacción positiva. En las ventas de ocasión, el crudo marcador se cotizó en alrededor de 17 dólares por barril desde el 23 de diciembre, apenas un día después de anunciada la decisión de la OPEP. Para el 15 de enero de 1987, ya con los nuevos toques de producción vigentes, las cotizaciones en el mercado libre europeo llegaron a 18.70 dólares por barril, con picos de hasta 19 dólares. Como parte de la nueva estrategia petrolera, el ministro de Petróleo de Venezuela, Arturo Hernández Grisanti, viajó a México para conversar respecto a la colaboración en la regulación de la oferta. Lo mismo hizo el ministro de Arabia Saudita, Hizham Nazer, quien visitó Egipto, la Unión Soviética y Noruega.

La estrategia definida por la OPEP para la primera mitad de 1987 marcó un viraje de 180 grados respecto de la guerra de precios que sostuvo a lo largo de 1986. El primer trimestre la cotización de los crudos se logró mantener cerca de las metas fijadas, aunque en marzo los precios volvieron a ser erráticos debido a la desacumulación de inventarios de las empresas internacionales y a algunos brotes de indisciplina entre los socios de la OPEP. No obstante, el repunte en la demanda ocasionado por el crudo invierno permitió que el saldo fuera positivo.

CAPITULO IV

El nuevo mercado

En la incubación de la crisis petrolera internacional de los ochenta están presentes factores de corto, mediano y largo plazos. Entre los primeros se cuenta todo el ambiente especulativo que se generó después del segundo choque petrolero, la política seguida por la OPEP para regular el mercado y los movimientos en el mercado libre y a futuros. Entre los segundos están los cambios que se generaron en la década en materia de producción, reservas probadas y consumo de petróleo. Por último, entre los factores de largo plazo se cuentan principalmente las políticas de los países industrializados tendientes a disminuir el consumo de energía por unidad de producto y sustituir el petróleo con otras fuentes energéticas.

Estas políticas fueron aplicadas de modo sistemático por los gobiernos de los principales países consumidores a partir de la crisis petrolera de 1973 pero arraigaron en la sociedad y en la industria de modo permanente. De ese modo, el modelo de crecimiento económico e industrial cambió, o está cambiando, de uno intensivo en energía a otro más eficiente y menos consumidor de energía.

A continuación se ofrece una síntesis de algunos de los cambios que se generaron en esta etapa, en diversos tópicos de importancia para el mercado. Asimismo, se presenta una síntesis de los acontecimientos recientes en materia de precios y las gestiones realizadas dentro de la OPEP para tratar de estabilizar los precios y llegar a un acuerdo con varios productores independientes en busca de una eficaz regulación de los volúmenes producidos.

Las fuentes del crudo

La producción mundial de petróleo en 1987 fue de 21 801 millones de barriles (Mb), 36 millones menos que la de 1986.

La producción creció continua y aceleradamente desde la posguerra hasta 1973, al ritmo que le marcaba un crecimiento industrial rápido y derrochador de la energía hasta entonces barata, segura y abundante. A partir de ese año, el volumen total de producción no tuvo grandes cambios. Después de un incre-

mento moderado hasta 1979, la producción ha oscilado hasta tener en 1987 un monto apenas 2% mayor que 14 años atrás.

La distribución regional, en cambio, ha tenido cambios significativos.

En 1973 la OPEP producía 11 316 Mb, que representaban 54% de la oferta total. La participación del grupo socialista era de 17.6% y la de los productores fuera de la OPEP alcanzaba 28.3%. De 1973 a 1979 la participación de la OPEP se mantuvo estable pero a partir de 1979 se redujo rápidamente, para dejar un porcentaje mayor del mercado a las naciones ajenas al grupo y a los productores del mundo socialista. En 1987 el organismo produjo 6 512 Mb, 31.9% de la producción mundial; las naciones con economía centralmente planificada, 26.8%, y los productores independientes, 41.3 por ciento.

Los cambios en los grandes grupos se dieron de manera desigual. En el bloque socialista ocurrieron principalmente en la URSS, cuya producción pasó de 3 140 Mb en 1973 (14.8% del total mundial) a 4 586 Mb en 1987 (20% del total) y en China, que de producir 390 Mb en 1973 pasó a 977 en 1987 (4.4% del total).

Dentro del grupo de países capitalistas, la producción de Estados Unidos ha oscilado poco, con una reducción de 9.8% entre 1973 y 1987 y de 2.6% en el lapso 1979-1987. Los principales cambios en este grupo se dieron en el Reino Unido, México, Noruega y Omán.

En el primer caso, la explotación comercial de los yacimientos del Mar del Norte permitió que el Reino Unido se ubicara en 1979 como un productor destacado (en 1973 tenía una producción poco significativa). Su situación no cesó de mejorar desde entonces: de producir 583 Mb en 1979 pasó a 924 Mb en 1987, poco más de 4.4% del total mundial.

México, de acuerdo con las cifras del Petroleum Economist, subió de 191 Mb en 1973 a 590.5 en 1979 y 1 050 en 1987, cerca de 5% del volumen mundial.

Noruega, que tampoco tenía en 1973 un papel importante en el mercado, produjo 148 Mb en 1979 y 373 en 1987, lo que representó 1.8% del total mundial. Otro aumento importante fue el de Omán: de 106 Mb en 1973 a 208 en 1987.

La pérdida del mercado de la OPEP se distribuyó de modo más o menos igualitario entre sus miembros, aunque las naciones que cumplían un papel regulador vieron recortada su producción en proporciones mayores.

Arabia Saudita --el oferente residual que regulaba la producción en los últimos años-- fue la que vio más afectados sus intereses, ya que de 2 772 Mb en 1973 y un techo productivo que alcanzó 3 623 Mb en 1980 (36.8% de la producción de la OPEP y 15.7% del total mundial), pasó a una producción de 1 534 en 1987.

Otros productores de la OPEP que tuvieron reducciones importantes fueron Irán, Kuwait, Libia, Argelia, Nigeria y Venezuela.

Recato con las reservas

Las reservas probadas de petróleo son ahora un asunto de gran interés para la industria. En materia de perspectivas a mediano plazo de la oferta y los precios, es importante saber dónde se localizan los depósitos de crudo explotables en las condiciones económicas y técnicas actuales.

La relación entre las reservas probadas y los niveles de producción es dinámica. El ritmo de exploración y perforación debe ser suficiente al menos para mantener estable la relación, es decir, para reponer el petróleo que se sacó en el periodo.

Cuando se indica que las reservas probadas de un país durarán un determinado número de años se hace referencia a esta relación, sin que ello signifique que al transcurrir el periodo el país de que se trate vaya a quedarse sin el energético. La actividad exploratoria continúa y las reservas pueden variar en función de la producción, los descubrimientos de campos y las nuevas técnicas de perforación.

La disminución continua del nivel de reservas probadas no es un indicador de riesgo en términos absolutos, pero sí de que durante un determinado número de años la actividad exploratoria no ha bastado para compensar la producción. Igualmente, cuando el volumen de reservas es muy bajo y el consumo aumenta, las perspectivas a mediano plazo son de mayor dependencia respecto de las importaciones o, eventualmente, la amenaza de problemas en el abasto.

En el mundo petrolero anterior a la OPEP, cuando las Siete Hermanas controlaban el mercado, el tema de las reservas no era de interés, por lo menos fuera del ámbito empresarial. De 1964 a 1974 las reservas probadas crecieron 87 por ciento, elevándose hasta 639,000 Mb. En los diez años siguientes aumentaron 6% y sumaron 700,000 Mb en 1985. En 1986 las reservas se redujeron un poco, a 697,000 Mb, pero en 1987 hubo un espectacular aumento,

principalmente debido a revaluaciones en algunos países, hasta alcanzar 887,348 Mb, que se consideraban suficientes para el consumo de alrededor de 43 años y siete meses.

El panorama parece más favorable si se excluyen de los cálculos las reservas y el consumo del bloque socialista. Los países capitalistas disponen de una reserva probada de 808,148 Mb que, con una producción de 14,666 Mb (cifra de 1987) son suficientes para más de 55 años. No parece haber motivo de alarma, por más que se trata de una distancia temporal menor que la de una generación.

Un análisis regional de las reservas no alimentaría tanto optimismo. Las reservas en África pasaron de 65,000 Mb en 1975 a 55,000 en 1987, que al ritmo de producción de este último año durarían casi 32 años. Estas reservas representan 6.22% del total mundial, pero 82.3% de ellas se encuentran en Nigeria, Argelia y Libia, las tres naciones de la región que pertenecen a la OPEP.

En Asia la reserva se redujo de 21,000 a 19,000 Mb de 1975 a 1987, con una duración de algo más de 17 años. Estas reservas representan 2.18% de las mundiales, pero 43.4% de ellas están en Indonesia, país miembro de la OPEP.

En Europa Occidental la reducción fue de 25,500 a 22,500 Mb (2.5% del total mundial), suficientes para 16 años según el ritmo de producción de 1987. El mayor poseedor de reservas es Noruega, con 65.9% del total regional.

En América las reservas probadas en 1987 fueron de 146,416 Mb, 16.5% del total mundial, que durarán poco más de 25 años. Del total regional, 33.2% se localiza en México, 38.5% en Venezuela y 17.3% en Estados Unidos.

Por contraste, el petróleo disponible en 1987 en el Medio Oriente se calculó en 564,680 Mb, 63.6% del total mundial (70% si se excluye al bloque socialista). La duración, al ritmo de producción de 1987, sería de más de 123 años.

El ciclo pobres-ricos-pobres endeudados

Desde 1982, y en particular desde que se firmó el Acuerdo de Londres, en marzo de 1983, la OPEP ha hecho esfuerzos por establecer cuotas de producción entre sus miembros para regular la producción y sostener los precios. Aunque esta estrategia tuvo algunos éxitos en el pasado, no fue suficiente para estabilizar las cotizaciones. Una de las razones del fracaso fue la continua violación de las cuotas por parte de la mayoría de los miembros del cártel.

Cada uno de los integrantes de la OPEP supo siempre las consecuencias de exceder los topes de producción. Cada barril adicional puesto en el mercado podía significar el derrumbe de los precios. Sin embargo, parecían apostar siempre a que eso no sucedería. Esa actitud no sólo fue producto de un espíritu inclinado al juego y al azar. El cumplimiento de las cuotas en el seno del grupo no es sólo una cuestión de voluntad, sino de una necesidad de mayores ingresos.

Desde 1980 los exportadores de petróleo han visto descender con rapidez sus ingresos, por el efecto combinado de la pérdida del mercado y la baja de los precios. Con las cotizaciones alrededor de los 18 dólares algunos productores estarían trabajando cerca de los costos de producción. Ello sin contar el efecto erosionador adicional que ejerce la devaluación paulatina del dólar, moneda en que se realizan las transacciones.

Si 1980 se iguala a 100, el precio del barril de petróleo en 1986 fue equivalente a 41.9 a precios corrientes, mientras que a precios constantes de 1980 fue de 31.5. El mismo índice, en las monedas de los países importadores desarrollados fue de 33.9 y en las monedas de los países en desarrollo de 39.2.

En el mercado libre y a precios corrientes, el crudo pasó de 43 dólares por barril en 1980 a 18 dólares en 1986 (precio fijado por la OPEP en diciembre). En dólares de 1980 el cambio fue de 43 a 13.4, lo que significa una pérdida de 4.6 dólares por efecto monetario, adicional a la baja por causas imputadas directamente al mercado petrolero.

Todos los integrantes de la OPEP son naciones en desarrollo que dependen en alto grado de los ingresos petroleros. Muchos de ellos iniciaron al principio del boom en los precios grandes proyectos de inversión que exigen montos cuantiosos de divisas. Otros simplemente dedicaron los abundantes petrodólares a la importación de bienes de consumo (o, muchas veces a la adquisición de armamento avanzado). La mayoría de ellos requieren ahora de las divisas para realizar las importaciones necesarias para el funcionamiento de sus economías y para el pago del servicio de sus elevadas deudas externas.

Ests naciones, con sus diferencias y a su manera, se hicieron adictas a los altos ingresos procedentes del petróleo, a una abundancia que imaginaban permanente, o cuando menos no tan aleatoria. En esa medida, cada uno de ellos trata de sacar el máximo provecho de sus ventas, ofreciendo descuentos en el precio oficial para colocar volúmenes de crudo por arriba de su cuota. Entre recriminaciones mutuas (casi siempre justificadas), cada uno ha contribuido a mantener la sobreabundancia de crudo. Buscan mayores ingresos y se comparan

en la tranquilidad de que, de no ser ellos, cualquier otro haría las ventas, dentro o fuera de la OPEP.

Ninguno de los esfuerzos realizados para frenar la caída dio resultado. Los ingresos en dólares de los países integrantes de la OPEP, que en 1980 alcanzaron un máximo de 278,800 millones, bajaron a 133,000 millones en 1985.

En 1986, el año de la guerra de precios, la situación fue todavía peor. La factura por ventas petroleras alcanzó sólo 75,000 millones de dólares, 73.1% menor que en 1980 y 43.6% más baja que la de 1985. El cambio de política redujo a la OPEP buenos resultados en 1987, Los ingresos fueron de 88,500 millones aproximadamente; esto es, una recuperación de 18% respecto de 1986, pero aún 33.5% abajo de los ingresos de 1985. La comprometida situación resalta aún más si se considera que en el mismo 1987 las naciones de la OPEP compraron de los países capitalistas occidentales bienes de consumo por un total de 62,000 millones de dólares.

Así, la riqueza fácil, la caudalosa corriente de dólares a los países petroleros que tantas ficciones alimentó, se agotó en unos cuantos años. En 1979 y 1980 esos recursos pasaron por las manos de los países petroleros sólo para cambiar de mostrador y engrosar las arcas de los bancos de Occidente y volver a los países del Tercer Mundo en forma de préstamos fáciles, en una vuelta de noria que, en parte, generó la posterior explosión de la crisis de la deuda. Ahora esos recursos están comprometidos en más de 70% para el simple pago de la factura de bienes importados.

La debacle en los ingresos afectó de manera diferente a las naciones integrantes del cártel. El grupo es muy desigual, pese a sus rasgos comunes: subdesarrollo y enorme dependencia de su ingreso de divisas procedentes del petróleo. Los efectos diferentes por la baja de la factura petrolera se deben tanto a los distintos volúmenes de crudo comercializado, como a la situación económica y social de cada país, de la cual depende la urgencia con que requieren las divisas.

Los ingresos de Arabia Saudita por las exportaciones petroleras pasaron de 57,200 millones de dólares en 1979 a 102,000 millones en 1980. Este año marcó la cifra histórica más alta de esa clase de ingresos de los sauditas, quienes recaudaron por sí solos más dólares en ese periodo que toda la OPEP a partir de 1986. La bonanza decayó de forma notable en 1982, año en que los sauditas recibieron 78,000 millones de dólares. La baja fue más abrupta en 1983, cuando la factura de crudo sumó 45,000 millones. Hubo una ligera recuperación a

46,000 millones en 1984 y en 1985 los ingresos sauditas bajaron a 27,000 millones. En 1986, al calor de la guerra de precios promovida por ellos mismos, la cifra se redujo hasta 20,000 millones de dólares. En total, los ingresos por exportación de crudo del reino disminuyeron 80.4% de 1980 a 1986.

La reducción porcentual en el mismo periodo de los otros miembros de la OPEP fue como sigue: Kuwait, 66.5%; Irán, 63%; Iraq, 73.1%; los EAU, 64.1%; Qatar, 81.5%; Nigeria, 72.6%; Libia, 77.9%; Argelia, 68%; Gabón, 44.4%; Venezuela, 60.2%; Ecuador, 28.6%, e Indonesia, 68.9%.

En 1987, según cifras preliminares de la revista *The Economist*, hubo una recuperación que benefició a nueve miembros de la OPEP debido al cambio de estrategia. En cambio, otros cuatro sufrieron disminuciones adicionales.

Los ingresos de los integrantes de la OPEP en el futuro dependerán de las políticas de producción y precios que se adopten. Las dos principales hipótesis son: la reducción de los precios o la restricción del volumen. En el primer caso, con precios entre 14 y 15 dólares y una sobreproducción en la OPEP similar a la de los primeros tres meses de 1988, los ingresos del cártel caerían alrededor de 9%. En la otra hipótesis, en caso de que la OPEP lograra disminuir 10% el volumen exportado (o por una reducción combinada entre países dentro y fuera de la OPEP) el precio podría sostenerse alrededor de los 18 dólares (como de hecho ha sido el caso hasta mediados de 1989) y las percepciones globales del cártel llegarían a 90,000 millones de dólares, cantidad similar a la de 1987.

Desde luego, una tercera hipótesis es que haya una debacle similar a la de 1986. No se descarta aún la posibilidad de otra guerra de precios, aunque los iniciadores de entonces, principalmente Kuwait, los EAU y Arabia Saudita, esta vez lo pensarían dos veces.

Volver a la política de 1986 significaría una baja de los ingresos de la OPEP de más o menos 44% en relación con 1985. Esta reducción afectaría de manera desigual a los miembros, puesto que Arabia Saudita está en mejores condiciones de compensar los bajos precios aumentando los embarques. Para otros países, en cambio, la merma podría ser de hasta 56% de los ingresos. Y aunque para todos ha sido dañino el recorte, para algunos fue devastador y no estarían en condiciones de resistir una segunda dosis.

Cuando los ingresos petroleros se calculan por habitante, el contraste entre los integrantes de la OPEP es aún más impresionante. Según una investigación de la compañía Shell, los Emiratos Arabes, con una población de 1.3 millones de habitantes, son el país que tiene una posición más cómoda.

Nigeria, con más de 100 millones de habitantes, una elevada deuda externa y una alta propensión a importar aún bienes básicos, ocupa el otro extremo de la escala. El ingreso global por habitante en la OPEP fue de alrededor de 200 dólares en 1986. Ese mismo año, Qatar y los Emiratos redondearon un ingreso petrolero de 5,000 dólares por habitante; Kuwait, 3,500 dólares; Arabia Saudita, 1,800; Libia, 1,300; Venezuela, 400; Argelia, 200 y Nigeria, el más pobre, sólo alrededor de 70 dólares por habitante.

Tendencias del consumo

Los aumentos de precios en 1973-1974 y 1979-1980 estimularon a los países consumidores a emprender proyectos de ahorro de energía y de sustitución del crudo por otras fuentes. La demanda de petróleo no está en relación directa con el precio, aunque a mediano plazo sí hay ajustes en uno y otro sentido. Ahora, con los precios abajo de los 18 dólares por barril, es posible un ligero repunte en la demanda de algunos países y el aumento de las importaciones en otros. Algunos proyectos de eficiencia energética y de sustitución del petróleo se verán frenados también.

La política conservacionista que los países industrializados pusieron en práctica por consideraciones económicas y políticas les rindió muy buenos resultados. La relación entre crecimiento económico y consumo de energía, que fue casi equivalente de 1950 a 1970, cambió con rapidez. En Estados Unidos, por ejemplo, la economía creció 52.1 puntos de 1970 a 1986, mientras que el consumo global de energía creció sólo 10 puntos. En 1986 cada dólar de riqueza creada en esa economía requería 27.7% menos de energía (28.7% si se considera solamente al petróleo). En Japón, la tasa media de crecimiento económico de 1973 a 1984 fue de 3.9% anual, con un crecimiento de 3% en el sector industrial, sin que el consumo de energía tuviera cambio alguno. En el sector manufacturero se lograron ahorros entre 30 y 50% en el consumo energético por unidad de producto. En Europa el ahorro fue menor, sólo 15% de energía en relación con la unidad de producto, pero ello se debió en parte a que el desperdicio energético en estas economías era también menor.

Estas tendencias difícilmente se modificarán a corto plazo, aunque el precio se mantenga bajo. Los cambios en el uso de la energía han afectado la estructura económica en general. El dinamismo se ha desplazado de los sectores con alto consumo de energía (como la siderurgia o la metalmecánica) a otros como los servicios o la electrónica, en los que el consumo energético representa una proporción mucho menor del valor. Dentro de los propios sectores que consumen mucha energía se produjo una verdadera revolución industrial que aumentó en gran medida la eficiencia.

Prueba de la permanencia de esos cambios es que el consumo de petróleo en 1986 tuvo sólo un ligero repunte de 2.2% respecto a 1985: de 45.6 millones de barriles diarios (Mbd) a 46.6 Mbd, a pesar de que los precios se derrumbaron de 28 a 14 dólares por barril de diciembre de 1985 a marzo de 1986. Ello se debe a que la baja de los precios del crudo tarda en reflejarse en los precios finales de los productos energéticos, por cuestiones fiscales y arancelarias, pero también a que las economías consumidoras no reflejan de inmediato los cambios en el precio.

No obstante, algunos indicios han comenzado a preocupar a diversos analistas en los países consumidores. Esta inquietud tiene dos vertientes principales: que los bajos precios desestimen la exploración y perforación de los yacimientos de altos costos y que las predicciones de la demanda a mediano plazo se modifiquen al alza.

El 18 de febrero de 1988, por ejemplo, el secretario de Energía de Estados Unidos, John Herrington, señaló que a menos que se modifiquen con urgencia las tendencias del consumo y la producción de energía en su país, la posibilidad de una nueva crisis similar a la de 1973 "es prácticamente un hecho".

Según un estudio del Departamento de Energía estadounidense, a menos que haya un descubrimiento extraordinario o un abrupto cambio tecnológico, la dependencia de Estados Unidos respecto del petróleo importado se incrementará paulatina e incesantemente desde hoy hasta el año 2000. Este augurio se sustenta en dos sucesivas bajas en la producción estadounidense, que han sido acompañadas por incremento de las importaciones.

En 1986 la producción de ese país decreció 3.3% respecto de 1985: de 3,861 a 3,734 Mb, y en 1987 cayó 3.5% al descender a 3,603 Mb, el punto más bajo desde 1977. En 1987 las importaciones de petróleo crudo y productos petrolíferos promediaron alrededor de 5.7 Mbd, 4.8% mayores que los 5.44 de 1986 y 32.8% arriba de los 4.29 de 1985. Las importaciones brutas totales promediaron 6.5 Mbd, la mayor cantidad promedio desde 1980.

Según el Departamento de Energía, las importaciones desplazarán a la oferta interna y se aproximarán a 9.7 Mbd en el año 2000. Se agrega en el estudio que si los precios del crudo se mantienen bajos --y hay motivos para creer que así será-- las importaciones podrían llegar hasta 12 millones de barriles al día, 64% de la demanda, en comparación con 34.5% en 1987 y 27.3% en 1985.

Si estas predicciones se cumplen aunque sea en parte, habrá que preguntarse quién abastecerá las compras crecientes en el futuro cercano. En los

últimos tres años las nuevas importaciones se han cubierto en alrededor de 47.5% por Arabia Saudita, 32.5% por otros países de la OPEP, y sólo 20% por naciones que no pertenecen a la OPEP. Este cambio volvió a convertir a los sauditas en los principales abastecedores de crudo de los estadounidenses. Que así haya sido no puede considerarse una sorpresa, puesto que sus grandes reservas y bajos costos los convierten en los oferentes ideales. Arabia Saudita tiene capacidad para producir entre 5 y 8 millones de barriles diarios, con un máximo de 11 millones al día, lo que le da una gran flexibilidad para ofrecer cualquier cantidad adicional que necesite Estados Unidos en este siglo y parte del próximo.

En busca de la estabilidad perdida

Si las perspectivas a mediano plazo parecen favorecer a la OPEP, sobre todo a los países del Medio Oriente, en el corto plazo la situación del mercado resulta difícil. Las gestiones para estabilizar los precios en un nivel de por lo menos 18 dólares el barril parecen haber entrado en una etapa decisiva debido al acercamiento entre la OPEP y varios países ajenos al organismo.

Ahora es claro para todos los productores que si quieren sostener el precio deberán sacar del mercado los excedentes que eflicamente lo inundan. Pero al mismo tiempo, ha entrado en su recta final la etapa de negociaciones respecto de quién, cómo y cuánto de la reducción. La OPEP está especulando un poco con el ofrecimiento de los países no miembros de restringir la producción porque quiere obtener de ellos un compromiso más firme y duradero que las vagas promesas hechas hasta ahora. Los independientes, por su parte, difícilmente pueden ofrecer más por ahora, puesto que no tienen una organización estructurada, ni objetivos comunes, más allá del deseo de ver un alza de precios. En las próximas reuniones de la OPEP volverá a plantearse el tema. Es posible que se den algunos pasos más respecto a la disciplina interna del cártel y la posibilidad de colaboración con los productores ajenos al organismo. En buena medida, de este posible acuerdo dependerá el futuro a corto plazo del precio, una variable que en los últimos años ha tenido severos altibajos.

Antes de 1973 el barril de crudo se vendía en 2 dólares y el mercado era estable. Después de ese año hubo un rápido aumento. A principios de 1979 el precio de referencia era de 13.34 dólares. De 1979 a 1980, la revolución iraní hizo que los precios aumentaran 150%, lo que se conoció como "el segundo choque petrolero". A partir de 1981 los precios comenzaron a bajar desde los 43 dólares por barril en que llegó a venderse el crudo ligero en el mercado libre hasta cantidades por debajo de los 10 dólares en que se cotizó a mediados de 1986.

De 1982 a 1985 la OPEP trató de frenar la caída de los precios mediante sucesivas reducciones de la producción. Con un principio incierto en los mecanismos de cuotas individuales, la OPEP tuvo grandes dificultades para regular el mercado en esa etapa. Los precios altos y el surgimiento de productores independientes presionaron al organismo por dos flancos: la demanda de crudo se estancó y la oferta aumentó con los recién llegados al mercado, que disfrutaban de los precios altos sin tener que comprometerse en ninguna acción para sostenerlos. Como resultado, las ventas de la OPEP se redujeron, según se indicó antes, sin que los resultados en relación con los precios fueran del todo los deseables.

De 34.82 dólares, cotización promedio del 1 de enero de 1981, bajó a 27.81 dólares en promedio en la misma fecha de 1986. La situación parecía no tener límite, puesto que cada barril que la OPEP lograba sacar del mercado con mucha dificultad era repuesto casi de inmediato por alguno de los productores ajenos al organismo. Una situación casi circular: la OPEP disminuye sus cuotas; los miembros del cártel incumplen sus compromisos y los otros aumentan su producción; la sobreoferta presiona los precios a la baja; nuevo recorte de la OPEP y nuevo comienzo del ciclo.

En la reunión de diciembre de 1985, la OPEP cambió su táctica, bajo la influencia de Arabia Saudita. De una defensa de los precios se pasó a otra en que lo importante fue recuperar mercados. La saturación de la oferta se usó como presión para obligar a los independientes a garantizar a la OPEP "su parte justa del mercado" y a colaborar en la defensa del precio.

En diciembre de 1986, luego de un año en que las cotizaciones y Ahmed Zaki Yamani cayeron, la OPEP detuvo la guerra de precios. El 20 de ese mes, 12 de los integrantes (Iraq rehusó firmar) anunciaron un acuerdo para reducir la producción a 15.8 Mbd y eliminar los sistemas de descuento para intentar que los precios regresaran a 18 dólares por barril. El presidente de la OPEP, el nigeriano Rilwano Lukman, aclaró que ello no significaba que el organismo renunciara a "incrementar su parte del mercado" y anunció también la colaboración ofrecida por varios países fuera de la OPEP para restringir su producción y ayudar a sostener los precios.

El acuerdo de la OPEP establecía una producción promedio de 15.8 Mbd para los primeros seis meses de 1987; 16.6 para el tercer trimestre y 18.3 para el trimestre de octubre a diciembre, lo que haría un promedio anual de 16.6 millones de barriles diarios.

El pacto funcionó durante el primer semestre, a pesar de que Iraq se negó

a aceptar su cuota de 1.455 Mbd para el primer semestre y 1.540 para el segundo, y de que los otros miembros también cometieron indisciplinas. De hecho, sólo en el primer trimestre, con una producción promedio de 15.7 Mbd, se cumplió la meta. Ya en el segundo trimestre la producción promedió 16.9 Mbd, 1.1 millones arriba de la meta, principalmente por la sobreproducción de Iraq, Kuwait y los Emiratos Arabes Unidos. Este exceso provocó inquietud en la OPEP, que en junio decidió recortar a 16.6 Mbd la cuota para el cuarto trimestre. Los precios se mantuvieron relativamente estables en torno al precio de referencia, a pesar de la sobreoferta: 17.50 dólares por barril de petróleo indicador y entre 19 y 20 dólares para el equivalente del Mar del Norte en el mercado libre.

Sin embargo, a mitad del año parecía repetirse el ciclo de inestabilidad. Prácticamente ninguno de los productores fuera de la OPEP cumplió con sus ofertas de restringir la producción, de modo que se beneficiaron con precios incluso arriba de los de referencia, sin tener que sacrificar sus ventas.

La indisciplinación también siguió su curso. Para el tercer trimestre de 1987 la OPEP rebasó con mucho sus metas. Se promedió una extracción de 19 Mbd, 2.4 más que el límite. Durante el último trimestre del año continuó la sobreproducción, de modo que la OPEP llegó a su junta de diciembre con una situación particularmente conflictiva: exceso de producción en el mercado, debilidad de los precios, existencias al tope y múltiples presiones internas. Además, el dólar sufrió en el año una devaluación de alrededor de 15% que deterioró en términos reales el precio de referencia. Un último factor de conflicto era la posibilidad de que Irán y Arabia Saudita rompieran el acuerdo de colaboración que un año antes permitiera un mecanismo de transición para distribuir las cuotas individuales.

Irán propuso en esa reunión que la OPEP mantuviera el mismo tope productivo y aumentara el precio de referencia a 20 dólares por barril, para compensar la devaluación del dólar. Aunque Irán tenía razón en cuanto al deterioro de la cotización en términos reales, su plan era poco realista: la OPEP había ya dado muestras de lo difícil que le resultaba ajustarse a la cuota fijada, y los precios difícilmente podrían alcanzar los 20 dólares sin una efectiva restricción en la oferta global.

En cambio, con su tradicional pragmatismo, Arabia Saudita sugirió mantener el mismo precio indicativo y aumentar el tope de producción a 18.4 Mbd. La propuesta saudita significaba sacar del mercado casi 700,000 barriles diarios, puesto que en ese momento la producción real del cártel promediaba cerca de 19.1 millones de barriles por día.

Entre las discusiones sobre qué plan adoptar, las disputas entre Arabia Saudita e Irán y las reclamaciones de casi todos los miembros que querían una cuota mayor, la OPEP diluyó un tema central: el deterioro de la disciplina interna. Tras seis días de agrias disputas, la conferencia optó por la salida fácil: prorrogar por seis meses el precio de 18 dólares, fijar la producción en 16.6 Mbd y posponer para otra reunión las desavenencias en materia de cuotas y diferencias de precios. El precio reaccionó de inmediato a la baja y descendió a 17 dólares por barril en el mercado libre, como consecuencia de la desconfianza en el cumplimiento del acuerdo.

Los tres primeros meses de 1988 mantuvieron la tónica del último trimestre de 1987 en materia de producción: los países de la OPEP continuaron ofreciendo descuentos y excediendo sus cuotas y los países ajenos al cártel siguieron aumentando sus embarques. Los precios no resistieron esta nueva sobreproducción y volvió la inestabilidad. En marzo las cotizaciones en el mercado libre eran de alrededor de 15 dólares por barril y amenazaba con repetirse el desastre de 1986.

El mundo petrolero especulaba con una reunión de emergencia y nuevos recortes, pero en lugar de ello, se produjo un principio de viraje en el mercado. A principios de marzo se reunieron en Londres siete países productores de crudo no integrantes de la OPEP para discutir la situación petrolera. Por primera vez se realizó un encuentro de este tipo por iniciativa de los propios productores autónomos y con miras a estabilizar el mercado. En el transcurso de marzo y principios de abril se realizaron diversos contactos entre funcionarios de la OPEP y los de los otros productores, incluidas visitas recíprocas.

En los últimos días de marzo, la OPEP canceló una conferencia de prensa convocada por su presidente, Rilwano Lukman. Ese solo hecho bastó para que, en un mercado extremadamente sensible, el precio del crudo bajaron de los 15 dólares. El 6 de abril se anunció que el Comité de Precios de la OPEP se reuniría tres días después para analizar el mercado. El ministro de Petróleo de Venezuela, Arturo Hernández Grisanti, señaló entonces que "nada espectacular" debía esperarse de esa reunión.

A pesar de la advertencia de Grisanti, la reunión del Comité sí trajo una sorpresa para el mundo petrolero. El 9 de abril se anunció un programa para todo el mes: se invitaría a los dirigentes de diversos países productores no integrantes de la OPEP a reunirse con los cinco miembros del Comité de Precios y posteriormente la OPEP tendría una reunión plenaria. El presidente del cártel señaló que el objetivo de ambos encuentros era simplemente "discutir métodos de cooperación".

Esta convocatoria fue considerada un "hecho histórico" que podría conducir a modificar la estructura del mercado en los próximos años. Hasta entonces varios países habían asistido como observadores a las reuniones de la OPEP y, a resultas de la guerra de precios de 1986, algunos de ellos hicieron vagas promesas de cooperación que sólo en mínima parte se cumplieron. Nunca antes se había dado el caso de una reunión formal con estas naciones. Por primera vez se abría la posibilidad de un acuerdo de lo que se podría llamar "la OPEP ampliada" o la "super OPEP", o cualquier otro nombre, para regular la producción y estabilizar los precios mediante un esfuerzo distributivo más equitativo.

El 26 de abril se reunieron en Viena los representantes del Comité de Precios de la OPEP (Argelia, Arabia Saudita, Indonesia, Nigeria y Venezuela) con representantes formales de Egipto, China, México, Angola, Malasia, Colombia y Omán. Este grupo externo es productor de alrededor de 7.4 Mbd, casi la mitad de la cantidad correspondiente a la OPEP. En calidad de observadores participaron también Brunei, Noruega (el principal productor de Europa) y el representante de los productores de Texas. El Reino Unido rehusó participar y la URSS mostró poco interés, aunque se habló de que si se llegaba a un acuerdo podría sumarse a las restricciones.

El 27 de abril se emitió un comunicado conjunto en el que por primera vez se reconoció que la estabilidad de los precios era responsabilidad de todos y, por tanto, el peso de los sacrificios debía compartirse. A nombre del grupo no OPEP, el titular de la Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal de México, Fernando Hiriart, comunicó a dicha organización la propuesta de reducir 5% la producción en el caso de que el cártel hiciera lo mismo.

A partir del 28 de abril se reunió el plenario de la OPEP para discutir la propuesta de los productores independientes. No se llegó a acuerdo alguno, principalmente debido a la oposición de Arabia Saudita y sus aliados. La OPEP pospuso para su reunión ordinaria de junio la adopción de cualquier medida para estabilizar el precio del crudo. Luego de la reunión, el presidente del organismo señaló el 2 de mayo que la OPEP había "dado la bienvenida a la propuesta" del grupo externo. "Esta es la primera vez que se constituyen en grupo para hacernos una oferta de este tipo", señaló Lukman. En la OPEP, agregó, "necesitamos más tiempo para discutir y consultar sobre la manera en que esta nueva colaboración tendrá lugar".

CONCLUSIONES

El mercado internacional del petróleo está en tránsito hacia una restructuración profunda. No es la primera que sufre y seguramente no será la última. A lo largo de sus escasos 100 años de historia ese sector es de los que más han cambiado con el tiempo. Desde que en 1928 las principales empresas productoras de crudo llegaron a un acuerdo oligopólico, el mercado estuvo en sus manos prácticamente sin contrapeso. Ello trajo una larga etapa de estabilidad, pero también múltiples distorsiones. Además de que hicieron el más grande negocio del siglo, estas empresas hicieron posible que el mundo dispusiera de petróleo abundante y barato para alimentar un modelo de desarrollo intensivo y derrochador en energía. De haber continuado indefinidamente con ese estilo de industrialización, el mundo hubiera enfrentado antes del fin de siglo una gran escasez de crudo.

La situación cambió radicalmente con la formación en 1960 de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) organismo que tardó más de diez años en madurar, pero que cuando lo hizo se convirtió en el cártel de productores más poderoso de la era moderna. Bajo su conducción, o por lo menos con su influencia, los precios del petróleo aumentaron radicalmente en la década de los setenta. Aunque en el segundo caso fue claro que el alza se produjo por la influencia determinante de factores sociopolíticos externos al mercado, durante los dos periodos de aumento, en 1973 y 1979, la OPEP jugó un papel destacado. Al controlar aproximadamente la mitad del mercado, sus políticas fueron decisivas en la administración de los precios durante los años setenta.

Los cambios que la energía cara generó en la economía mundial, obligando al aparato industrial a que permitiera una mayor cantidad de producto por unidad de energía; la heterogeneidad en el grupo de países que componen la OPEP; la indisciplina entre los integrantes del organismo y el surgimiento de un grupo importante de productores petroleros fuera del cártel hicieron que a principios de los ochenta el mercado volviera a cambiar de signo.

Con el consumo estancado (salvo en las regiones en vías de desarrollo, donde parece estarse reproduciendo tardíamente el crecimiento derrochador, o peor aún, el estancamiento derrochador) y con la oferta de crudo saturada, desde

CONCLUSIONES

comienzos de los ochenta el mercado pasó de manos de los productores a manos de los consumidores. Prácticamente toda la década ha sido de una gran inestabilidad y tendencia acentuada a la baja en los precios nominales del crudo. En cuanto a los precios reales, la baja ha sido aún mayor. La alta tasa de inflación en los países industrializados en la primera mitad de la década y el deterioro en las cotizaciones nominales han llevado el precio real a niveles incluso, en algunos momentos, más bajos en términos reales que los prevalecientes antes del choque petrolero de 1973.

La situación del mercado en estos años finales de la década de los ochenta se asemeja a la descrita en la famosa parábola del "dilema de los prisioneros".

Imaginemos que tres prisioneros se encuentran encerrados en celdas separadas, acusados del mismo crimen. Los tres son sometidos a diferentes presiones para que confiesen y acusen a los demás. A los tres también, por supuesto, se les ofrecen alicientes de impunidad con tal de que hablen y se les chantajea asegurándoles que los otros ya hablaron o están a punto de hacerlo.

Si ninguno de los tres confiesa, si mantienen el espíritu de grupo, entonces nadie podrá probarles nada y pueden esperar que se les libere. Si los tres confiesan al mismo tiempo, entonces probablemente todos sean castigados o puedan negociar alguna condena más leve con el alegato de haber cooperado. Pero si sólo uno de ellos actúa como delator, entonces los otros dos serán castigados, mientras que el esquirol probablemente quede libre de culpa. A todos les conviene más no hablar, pero ninguno está seguro de que el otro no lo hará.

Los prisioneros en este caso son la OPEP, el grupo de productores independientes y las naciones consumidoras. Cada uno de ellos tiene su propia visión de los problemas y, desde luego, sus intereses muy particulares. Sin embargo, las tendencias objetivas del mercado hacen que cada vez sean mayores los intereses comunes y que la permanencia de la inestabilidad en el mercado o la posibilidad de un nuevo derrumbe de las cotizaciones les resulte a todos dañina.

La OPEP, que está cercana a entrar en su cuarta década de vida, no controla ya la mitad del mercado, sino solamente un tercio del mismo. Sus políticas de producción y precios no son suficientes ya para regular el mercado. Inclusive entre los propios socios existen grandes diferencias de intereses que hacen que frecuentemente la cohesión y la disciplina interna se vean cuestionadas. La OPEP tiene como carta fuerte que jugar el hecho de que las más grandes reservas de crudo le pertenecen y, en la mayoría de los casos, se trata de

yacimientos de muy bajo costo. Esto le permite al cártel la posibilidad de amenazar constantemente con mantener inundado el mercado para obligar a sus competidores a cerrar o a plegarse a una política de cooperación. No obstante, esta política resulta en extremo riesgosa, como ya lo demostró la guerra de precios de 1986. Llevar las cotizaciones a niveles extremadamente bajos no sólo causaría un desastre para los productores independientes, sería un golpe también para las naciones industrializadas, que verían desestimulados los procesos de exploración y sustitución, y para la OPEP misma. Varios de sus socios no pueden darse el lujo de seguir viendo cómo merman sus ingresos, situación que podría llevar a grandes enfrentamientos internos o incluso a la desunión.

Los países productores fuera de la OPEP se beneficiaron durante un largo periodo de una estructura de precios altos sin tener que hacer nada para sostenerla. Las cotizaciones altas estimularon la exploración y explotación fuera de las zonas tradicionales. Yacimientos que de otra manera hubieran resultado incosteables entraron en cambio en una etapa de producción plena, trayendo cierto alivio a la tensión de los países industrializados y permitiendo a los dueños de estos yacimientos abrigar la ilusión de una riqueza rápida y fácil. Sin embargo, esta situación llevó a la saturación del mercado y a la baja en los precios. Los productores independientes enfrentan, pues, el mismo dilema. No tienen ninguna estructura orgánica ni ninguna responsabilidad formal. Podrían seguir vendiendo petróleo y sustituyendo cada barril que la OPEP, con muchas dificultades, logre sacar del mercado. Pero varios de ellos han advertido ya que la situación ha llegado al límite. Al ser dueños de campos con reservas relativamente limitadas (salvo el caso de México, cuyas reservas y costos de producción se equiparan con los de varios países del Medio Oriente) y yacimientos de altos costos, han tenido que hacer conciencia de que el mantener un mercado saturado podría equivaler a matar la gallina de los huevos de oro (negro).

Paradójicamente, las naciones industrializadas se han vuelto paulatinamente integrantes del mismo dilema. Aunque al principio de la baja de precios algunos de los voceros más cerriles de este grupo de naciones echaron las campanas al vuelo cantando loas respecto de todos los beneficios que el petróleo barato traería sobre la economía mundial, poco a poco se ha visto con claridad que por abajo de cierto nivel de precios el asunto se vuelve contraproducente. Las naciones industrializadas reaccionaron con mucha rapidez y en múltiples formas luego de los dos choques petroleros. En el terreno diplomático y político se hicieron varias gestiones, como la creación de la Agencia Internacional de Energía, el realineamiento de la situación en el Medio Oriente y la promoción de zonas productoras de crudo fuera de la OPEP, lo que alivió a corto

plazo la situación. Pero el esfuerzo y el cambio principal se dieron en el terreno económico. La transformación profunda del aparato productivo, que orientó la economía hacia sectores menos intensivos y más eficientes en el uso de la energía, el impulso a la exploración y explotación de nuevas zonas petroleras, así como la sustitución del uso de combustibles fósiles por otras fuentes, permitió a las naciones de la OCDE recuperarse de la crisis petroleras y tener una situación más manejable.

Los cambios en las economías industrializadas son permanentes en su esencia, aunque muchos de ellos requieren aún de grandes inversiones. Ello quiere decir que no se volverá a las prácticas derrochadoras de antaño simplemente porque el petróleo baje de precio. El consumo petrolero lleva 10 años prácticamente estancado y no resulta elástico respecto del precio, por lo menos a corto plazo. Los beneficios de una caída drástica en los precios se limitarían a alivios temporales a corto plazo en la balanza de pagos de aquellas naciones que importan altas proporciones de su consumo. La población consumidora difícilmente se vería beneficiada, puesto que los precios de los productos finales no reflejan directamente las variaciones en la cotización del crudo.

Es así pues que el mito de los beneficios que traería el petróleo barato se ha derrumbado. Aquellos que a mediados de los setenta culpaban a la OPEP de la inflación y el lento ritmo de crecimiento de las economías occidentales (fenómenos que, por cierto, habían empezado a manifestarse mucho antes que cualquier crisis petrolera) son los mismos que ahora claman por la recuperación y estabilización de los precios. Prueba de ello son las intervenciones del secretario de Energía de Estados Unidos, John Herrington, y las declaraciones hechas en junio de 1988 por el secretario de Energía de la Gran Bretaña, Cecil Parkinson, en el sentido de que sus respectivos gobiernos apoyan los esfuerzos para lograr la estabilización.

Ese es el dilema de estos prisioneros. Si la OPEP cede sola, perdería por completo el control del mercado; si los productores independientes reducen unilateralmente su producción, dicha franja sería inmediatamente ocupada por la OPEP; si los gobiernos de los países industrializados se dedican a festinar las bajas en los precios, se frenarán los procesos de ahorro y sustitución de energía, con lo que a mediano plazo aumentarán su dependencia.

Cada uno tiene mucho que perder en el caso de acciones unilaterales. Pero mayor sería el daño si ninguno de los tres hace nada para detener la inestabilidad y los precios demasiado bajos. La OPEP, encabezada por Arabia Saudita, trató en 1986 de forzar un acuerdo con los productores fuera del cartel para defender su porción del mercado. La guerra que se desarrolló ese año significó inundar

al mercado de crudo y llevar los precios a cotizaciones por debajo de los diez dólares por barril. El objetivo central de la organización se cumplió sólo en una mínima parte y con costos muy elevados para todos. La cuota actual de producción de la OPEP es incluso menor que la existente antes de la guerra de precios y no se vislumbran posibilidades a corto plazo de que tenga un crecimiento significativo. La colaboración de los productores independientes sí se obtuvo, con excepción de la Gran Bretaña, aunque ésta tuvo un carácter demasiado informal y coyuntural, motivada por los precios demasiado bajos del crudo.

Posterior a la guerra de precios, a fines de abril de 1988, se produjo un encuentro formal entre representantes de México, China, Egipto, Omán, Angola y Malasia, con el Comité de Precios de la OPEP. El grupo de independientes ofreció por primera vez una reducción productiva equivalente a 5% de su producción (alrededor de 183,000 barriles diarios) a cambio de una baja en el mismo porcentaje (aproximadamente 850,000 barriles por día), por parte de la OPEP.

La propuesta de estos siete productores, aunque modesta, fue calificada en diversas fuentes como "el acontecimiento histórico más importante desde el surgimiento de la OPEP". Esta apreciación parece acertada si se toma en cuenta que fue la primera ocasión en que productores ajenos al cártel se reunieron entre sí por iniciativa propia, con carácter formal y llegaron a acuerdos que incluyeron la colaboración con la OPEP.

En cambio, si se atiende exclusivamente a los resultados, parece excesivo calificar de acontecimiento histórico la reunión. La OPEP no pudo llegar a un acuerdo al respecto en su reunión de junio de 1988, principalmente debido a que consideraron la oferta de reducción como demasiado inequitativa y frágil. Aunque hicieron llamados a mantener los contactos para buscar nuevas formas de colaboración y coincidieron en señalar que el mercado "es responsabilidad de todos", lo real fue que la primera oferta de acción concreta hecha por los independientes se quedó en el aire. Por su parte, los representantes de los países industrializados, aunque habían hecho diversos llamados para estabilizar el mercado, reaccionaron nuevamente con histeria cuando los acercamientos entre los independientes y la OPEP los hicieron temer la constitución de un super cártel que volviera a retomar el control del mercado unilateralmente.

Tanto la guerra de precios promovida por la OPEP como el primer llamado oficial a la colaboración por parte de los productores fuera del cártel fracasaron en su intento por estabilizar el mercado y recuperar su conducción. Probablemente la principal lección que dejan estos dos acontecimientos es la

CONCLUSIONES

comprobación palpable de que no es posible modificar a voluntad unilateralmente lo que son las nuevas tendencias objetivas del mercado.

Las perspectivas para el futuro en el mercado del petróleo son de gran incertidumbre. En una situación de competencia por mercados y precios y de amenaza de saturación en el mercado, las principales empresas petroleras llegaron a un acuerdo de cartelización en 1928 para dividirse el mercado y garantizar precios estables y ganancias crecientes. Fue en buena medida su integración vertical la que les permitió mantener precios estables y equilibrio entre producción y consumo. Al ser ellas mismas, o los consorcios en los que participaban, los que les abastecían de crudo, la regulación oferta-demanda era automática. Al mismo tiempo, el hecho de que sus ganancias no dependieran del precio del crudo, sino del proceso de refinación y venta, les permitía mantener cotizaciones estables.

Fue otro proceso de competencia, con el surgimiento en los sesenta de un gran número de empresas pequeñas e independientes y la creación de varias empresas nacionales en los países productores, el que inició la erosión de esta estructura oligopólica. El posterior surgimiento de la OPEP y los procesos de nacionalización en las naciones productoras en los setenta, cambiaron de manos el control de la producción y motivaron el rompimiento de la estructura vertical de la industria. Las empresas transnacionales petroleras se transformaron de dueñas de los yacimientos en sus principales clientes, mientras que los nuevos dueños (las naciones productoras) trataron de maximizar sus ganancias vendiendo al mayor precio posible. Diversos acontecimientos políticos y sociales (entre ellos principalmente el conflicto árabe-israelí, la revolución iraní y la guerra en el Golfo Pérsico) contribuyeron a generar mayor inestabilidad y alza de precios en un mercado que, dadas las características estratégicas del crudo, resultaba particularmente sensible a este tipo de acontecimientos.

El mundo petrolero, que mucho tiempo fue controlado por un puñado de empresas, es ahora multipolar y complejo. No es posible ya para ninguno de los agentes que en él participan (la OPEP, los productores independientes, los gobiernos de los países consumidores, las viejas siete hermanas, las nuevas empresas independientes, los agentes del mercado libre y a futuros) controlar unilateralmente el mercado. Si a ello se agrega el hecho de que la situación es particularmente volátil y dependiente de la problemática social y política, se comprenderá que en la actualidad las predicciones sobre producción y los pronósticos sobre precios sean tareas particularmente resbaladizas. Se trata de una situación en rápido cambio, en la que el comportamiento futuro dependerá de las acciones concretas de colaboración o competencia que tomen los interesados.

No obstante, y a riesgo del extravío en el mundo de las adivinanzas, a continuación se enuncian algunas de las posibles perspectivas. A corto plazo es poco probable que se consiga restablecer la estabilidad. Asimismo, es factible suponer que los precios se mantendrán, con altibajos, en una situación deprimida. Hay en el mercado un exceso de oferta y estancamiento en el consumo. Dado que no es factible suponer, ni en el más optimista de los escenarios, que esta sobreoferta pueda ser absorbida por una reactivación en el consumo, es claro que la recuperación a corto plazo de los precios dependerá de la capacidad de los productores para sacar crudo del mercado. Sin embargo, no es posible esperar acciones espectaculares a este respecto.

La OPEP tiene graves dificultades para regular con efectividad su oferta. No sólo es un problema de indisciplina entre sus miembros, aunque ciertamente esta cuestión seguirá siendo clave. Es también un problema de definiciones y de medidas. Hasta ahora el cártel no incluye dentro de sus cuotas los líquidos de gas asociados con la extracción de crudo, ni los hidrocarburos extra pesados. Ello altera los volúmenes producidos debido a que algunas naciones, por ejemplo Argelia, están obteniendo una cantidad creciente de líquidos asociados, que no contabilizan en sus cuotas; otros, como Venezuela, están vendiendo grandes cantidades de crudos extra pesados, que tampoco entran en la contabilidad.

Hay, asimismo, diversos problemas de cuantificación productiva. Además de las trampas directas que los socios hacen para vender una cantidad mayor que la de su cuota, los auditores de la OPEP tienen dificultades para garantizar la veracidad de la información que proporcionan los socios. Son datos cambiantes de un periodo a otro y de una fuente a otra. De hecho, los auditores han señalado que solamente pueden garantizar la veracidad de la información en el caso de cinco países: Argelia, Qatar, Nigeria, Indonesia y Ecuador.

La Agencia Internacional de Energía (AIE) estimó en julio de 1988 una demanda de 49.1 y 50.9 millones de barriles al día para el tercer y cuarto trimestres de 1988, respectivamente. El organismo estimó que las necesidades de crudo provenientes de la OPEP para esos periodos serían de 18.1 millones de barriles diarios en el tercer trimestre y de 19.8 en el cuarto, cantidades que excedían holgadamente la cuota de producción fijada por el cártel en 15.60 millones de barriles, incluido el remiso Iraq. Ello, en teoría, haría posible incluso un aumento en las cuotas. En la práctica, sin embargo, la situación no ofreció ninguna mejoría. La producción de la OPEP para mayo de 1988 fue calculada en 18.6 Mbd, lo cual quiere decir que varios de los socios violaron sus cuotas, además de los problemas ya señalados en materia de definiciones y medidas.

CONCLUSIONES

Es evidente que el encuentro de abril entre la OPEP y un grupo de productores independientes fue sólo el principio de una tendencia que se incrementará en el futuro. Los cabildos y negociaciones entre ambos grupos serán más intensos y es posible que se llegue a mejores resultados que los obtenidos hasta ahora. No obstante, tampoco en este flanco es posible alimentar demasiado optimismo. Si la OPEP, como organismo perfectamente estructurado, con casi 30 años de vida y unos estatutos y reglamentos a que atenerse, no ha podido resolver el grave problema que le representa la conciliación de los intereses soberanos de cada nación socia con las disposiciones de aplicación general como organismo, resulta muy poco probable que un grupo informal y heterogéneo de naciones, a las que sólo guía el instinto de una recuperación de precios a corto plazo, pueda garantizar el cumplimiento de cuotas productivas, de restricciones a la producción o cualquier otro mecanismo tendiente a estabilizar el mercado a corto plazo.

En los próximos meses la situación seguirá siendo en tal forma volátil que dependerá incluso de algunas situaciones políticas. El acuerdo de alto al fuego entre Irán e Iraq, por ejemplo, podría influir en el mercado en muy diferentes maneras. La primera de ellas sería que ambas naciones, sin el peso ya de los grandes gastos militares, abandonaran la situación de excepción en la que se mantuvieron dentro de la OPEP y se reintegraran de lleno al sistema de cuotas del organismo. Ello reforzaría a corto plazo la efectividad del cártel en la regulación productiva y haría posible que en los próximos meses el precio se lograra estabilizar en torno a los niveles de referencia de 18 dólares por barril. La otra posible situación es la inversa, que ambas naciones compitan entre sí por inundar el mercado para hacerse de la mayor cantidad posible de recursos con los cuales tratar de reconstruir sus economías y sus respectivos aparatos bélicos. En este caso, la OPEP tendría dificultades adicionales para tratar de disciplinar a estos dos socios ya de antiguo remisos. En tal caso, cantidades adicionales de crudo entrarían en un mercado ya de por sí saturado, con las consecuencias del caso sobre los precios.

A mediano plazo, en cambio, las perspectivas parecen un poco más halagüeñas. El período prolongado de precios bajos, la saturación en el mercado y la acumulación de existencias está produciendo algunos cambios en el mercado que harán que en los próximos años la situación se modifique de una forma tal que hará posible una mayor estabilidad en las cotizaciones. Muchos yacimientos de alto costo están saliendo de la producción, se están desestimulando las actividades de exploración y explotación de nuevos yacimientos y se están frenando las inversiones en ahorro y sustitución de fuentes de energía. Sin que el patrón del consumo se altere, también es posible esperar una ligera recuperación en la demanda, proveniente de una reactivación modesta en la

actividad económica de los países industrializados y el crecimiento en el consumo de crudo en varios países en desarrollo en los que las prácticas conservacionistas aún no arraigan.

Asimismo, la colaboración entre la OPEP y los productores independientes, que a corto plazo no puede más que limitarse a pequeños acuerdos coyunturales, es posible que se convierta en mecanismos permanentes y más complejos de colaboración en distintos terrenos. Es evidente que ambos grupos están interesados en la recuperación de los precios y su estabilización. Son múltiples las posibilidades de colaboración que tienen por delante ambos grupos. Desde el fantasma agitado por los países industrializados de una posible super OPEP en la que se incluyeran desde los actuales socios hasta los productores que ahora están fuera del cártel, hasta la formación de organismos regionales con los cuales se establezcan acuerdos de colaboración, o simplemente mayores vínculos de cooperación o de acciones conjuntas entre la OPEP y algunas naciones en particular, sin necesidad de nuevas estructuras orgánicas.

Favorecerá estos acuerdos el hecho de que los productores fuera de la OPEP no pueden esperar ya grandes aumentos en su producción ni existe la perspectiva de descubrimientos espectaculares que alteren de manera significativa la proporción en que actualmente participan de la producción y las reservas mundiales de crudo. Este hecho los volverá más cautos y más dispuestos a colaborar en el establecimiento de cuotas de producción que les permitan vender por más tiempo y a mejor precio. Esto favorecerá también acuerdos bilaterales de inversión en petroquímica y mayor colaboración en materia de transporte o refinación entre ambos grupos, puesto que estarán interesados en maximizar sus ganancias y habrán tomado mayor conciencia de que ello será cada vez menos posible si se limitan a la venta de petróleo crudo.

En todo este proceso la OPEP tendrá un papel protagónico central. Su posición como el principal poseedor de reservas probadas de crudo y dueño de los yacimientos de mayor productividad y más bajo costo le permitirá a mediano plazo retomar las riendas del mercado, que pareció perder en la década de los ochenta. Tendrá entonces la experiencia adicional como para calibrar los riesgos de alzas temporales que sólo traen auges ficticios. Tal vez entonces sea factible convertir en una opción realista la posibilidad de una política de precios a largo plazo, que durante mucho tiempo no fue más que una utopía, un proyecto poco realista asentado en la fantasía de que el petróleo sería un arma suficiente y duradera como para negociar la restructuración de la economía internacional.

También se harán más intensas las relaciones entre la OPEP y los países consumidores. El petróleo del Medio Oriente hará que estos dos aparentes

CONCLUSIONES

enemigos terminen inextricablemente ligados, como anguilas en canasta. Los países industrializados porque seguirán necesitando a mediano plazo del abasto de este crudo, por más que paulatinamente se irá sustituyendo su uso como combustible directo. El consumo de petróleo como fuente de materias primas para una gran cantidad de industrias o para combustibles especializados, hará que se le revalorice en relación con otras fuentes fósiles de energía. La OPEP, por su parte, porque tratará de maximizar las ganancias provenientes del petróleo y para ello requerirá de la colaboración de los principales países consumidores en materia de asistencia tecnológica y de inversiones. Además, ambos requieren, por distintas razones, de que el mercado de petróleo se estabilice, objetivo que solamente podrá conseguirse con una creciente colaboración.

La relación entre estos dos grupos adquirirá principalmente dos formas. La directa de gobierno a gobierno y la de las relaciones empresariales entre las entidades de los países productores y las principales empresas petroleras internacionales, sean privadas o públicas. En el primer caso, es probable que las necesidades de estabilidad en el mercado lleven a los gobiernos de los países consumidores a abandonar su actitud de intervención disfrazada en el mercado, para sustituirla por una de intervención más abierta, quizá hasta definir algún mecanismo formal de colaboración, como los que existen en el caso de otras materias primas, por ejemplo el café.

En cuanto a la colaboración empresarial, es muy probable que ésta se incremente y que adquiera un carácter más complejo que el que ha tenido hasta ahora. Después de los procesos de nacionalización de la década de los setenta, los países productores se propusieron obtener las mayores ventajas posibles. Uno de los caminos fue el alza del precio del crudo. El otro fue la inversión en proyectos de refinerías y plantas petroquímicas, con la idea de que obtendrán mayores ganancias con la venta de productos refinados que con la de petróleo crudo. Sin embargo, este camino estuvo plagado de dificultades, por el tamaño de las inversiones requeridas, la falta de experiencia en el campo y la saturación de estos mercados. Algunos países intentaron entonces un tercer camino: la asociación de sus empresas petrolíferas con entidades transnacionales en algún proyecto específico, o la compra directa de la propiedad de alguna empresa. Esta última posibilidad ha traído algunos resultados sorprendentes.

El ejemplo más destacado al respecto fue la compra reciente que hizo Kuwait hasta reunir 22% de las acciones de la British Petroleum. Aprovechando la crisis bursátil de octubre de 1987 y las políticas de privatización seguidas por el gobierno británico, el consorcio financiero que maneja los intereses de Kuwait adquirió una gran cantidad de acciones y está ahora en vías de comprar

todavía más, hasta hacerse con el control de la empresa. Ello si el gobierno británico lo permite, puesto que su política de privatización no está reñida con la defensa de sus intereses estratégicos. Hay también proyectos de colaboración entre Arabia Saudita y la Texaco, de la que se dice los sauditas están interesados en adquirir 50% de la propiedad. Una asociación entre los sauditas y la Exxon es asimismo posible. No es raro ver ahora gasolineras con el logo de la empresa kuwaití de petróleo. Lo mismo hay proyectos de sociedad entre los Emiratos Arabes Unidos y algunas empresas, y entre el gobierno venezolano y refinerías europeas. En este terreno, la actividad de colaboración y la formación de sociedades se incrementará en los próximos años y es posible que ello llegue a significar el principio de una nueva cartelización de la industria.

A largo plazo resulta prácticamente imposible hacer pronósticos razonables. No sólo porque las posibilidades de algún cambio tecnológico o sociopolítico invalidan la prolongación de las tendencias actuales, sino porque en las condiciones presentes de la economía internacional y del mundo en general, casi resulta utópico mencionar los largos plazos. En todo caso, lo que puede decirse es que el futuro a largo plazo del mercado petrolero no depende sólo de factores inherentes a él mismo, sino también del comportamiento del sistema en su conjunto. Hasta ahora, la energía ha sido uno más de los indicadores de la desigualdad, el derroche y la irracionalidad del sistema productivo. Luego de la elevación de los precios en los setenta, el consumo se hizo un poco más racional, pero el modelo en su conjunto siguió siendo en esencia excluyente. Sin un cambio radical en la sociedad hacia un sistema en el que los seres humanos conduzcan de una manera más racional y armónica sus destinos, el futuro del mercado petrolero seguirá marchado por la búsqueda del mayor beneficio para los agentes que en él participan, llámense éstos "siete hermanas", jeques, reyes o gobiernos.

COLOFON

Se me dirá que esto es una utopía. Sí, ciertamente lo es. Utopía tiene aproximadamente el mismo significado que posibilidad; que una posibilidad no sea una realidad quiere decir simplemente que las circunstancias a las cuales está actualmente sometida no le permiten ser otra cosa que una posibilidad. Si la liberamos de sus ataduras y dejamos que se desarrolle, he aquí que nace la utopía. Se produce poco más o menos el mismo proceso que cuando un investigador observa la metamorfosis de los elementos de un fenómeno complejo y extrae sus conclusiones: la utopía es el experimento en el que se observan las probables transformaciones de un elemento y los efectos que producirá en este complicado fenómeno que llamamos vida.

Robert Musil: *El hombre sin atributos*.

BIBLIOGRAFIA

- Enrique Ruiz García, *La estrategia mundial del petróleo*, Editorial Nueva Imagen, México, 1982, 182 pp.
- F.J. Al Chalabi, *La OPEP y el precio internacional del petróleo: el cambio estructural*, Siglo XXI Editores, México, 1984, 246 pp.
- Jean-Jacques Servan-Schreiber, *El desafío mundial*, Plaza y Janés, México, 1980, 311 pp.
- G.B. Zorzoli, *El dilema energético*, H.Blume Ediciones, Madrid, 1979, 236 pp.
- Oystein Noreng, *La política del petróleo en la década de los ochenta*, Fondo de Cultura Económica, 1983, 192 pp.
- Varios autores, *El petróleo en México y en el mundo*, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 1979, 366 pp.
- Louis Turner, *Las compañías petroleras en el sistema internacional*, Fondo de Cultura Económica, México, 320 pp.
- Harvey O'Connor, *La crisis mundial del petróleo*, Editorial Platina, Buenos Aires, 1963, 428 pp.
- Juan Carlos Ferrari, *La energía y la crisis del poder imperial*, Siglo XXI Editores, 1975, 336 pp.
- J.K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Editorial Ariel, Colección Demos, Barcelona, 1972, 408 pp.
- Oil and Gas Journal Report, Worldwide Report, *New data lift world oil reserves by 27%*, en "Oil and Gas Journal", diciembre 28 de 1987, p. 33.
- Petroleum Economist, *Comment and review*, Mayo de 1988, p. 146.

BIBLIOGRAFIA

- Una reseña de los acontecimientos petroleros desde 1981 puede obtenerse si se consulta la revista *Comercio Exterior*. Véase por ejemplo, de Carlos Abalo, "Petróleo: situación actual y perspectivas", Vol. 32, núm. 6, junio de 1982, pp. 649-652, y del autor de este trabajo, "Reunión extraordinaria de la OPEP", vol. 34, núm. 11, noviembre de 1984, pp. 1131-1132; "OPEP: acuerdos frágiles", vol. 35, núm. 1, enero de 1985, pp. 72-74; "Abandona la OPEP su precio de referencia", vol. 35, núm. 2, febrero de 1985, pp. 161-164; "Guerra por el control del mercado petrolero", vol. 36, núm. 3, marzo de 1986, pp. 268-273 y "El año gris del oro negro", vol. 37, núm. 3, marzo de 1987, pp. 228-233. También puede encontrarse una reseña de la formación de la OPEP en Jesús M. López y Javier Saldaña, *La OPEP en la tercera década*, en *unomásuno*, 26, 27 y 28 de mayo de 1981. Asimismo, para la reseña de los aspectos recientes del mercado se consultaron los diarios *Excelsior*, *El Día*, *unomásuno*, *La Jornada* y otros de diferentes fechas.
- Dorothea Mezger, *Crisis energética y nueva división internacional del trabajo*, mimeo, UNAM, octubre de 1979.
- Petroleum Economist, *Comment and Review*, julio de 1988, p. 222.
- Jorge Eduardo Navarrete, *La OPEP y los productores independientes: acuerdos y opciones tras la reunión de Viena*, en "El Financiero", jueves 12 de mayo de 1988, p. 43.
- The Economist, *Oil's springtime chill*, marzo de 1988, p. 73.
- Petroleum Economist, *The tide turns from OPEC revenues*, julio de 1987, p. 256.
- Roberto Centeno, *Arancel petrolero versus estabilidad y crecimiento económico*, en "El País", jueves 12 de mayo de 1988, p. 64
- Petroleum Economist, *Prices as paid in national currencies*, abril de 1988, p. 135.
- Stanley Tucker, *Demand for oil how responsive to price change?*, en "Petroleum Economist", noviembre de 1987, p. 402.
- Donald O. Croll, *Oil production, little change in 1987 total output*, en "Petroleum Economist", enero de 1988, p.3.

Frank E. Niering, *Sharp rise in oil imports*, "Petroleum Economist", marzo de 1988, p. 75.

Oil and Gas Journal, *Oil industry using technology to lower costs, speed recovery*, en "Oil and Gas Journal", marzo de 1988, p. 13.

Petroleum Economist, *Need for a dialogue with OPEC*, marzo de 1987, p. 86.

Petroleum Economist, *World Oil Production*, abril de 1988.

APÉNDICE ESTADÍSTICO

CUADRO 1. Producción mundial de petróleo 1973-1987
(Millones de toneladas por año)

	1973	1979	1985	1986	1987	Cambio porcentual	
						1973/87	1979/87
OPEP	1,542	1,524	818	957	928	-40	-39
Países socialistas ¹	503	692	740	766	778	55	12
Otros	806	973	1,204	1,194	1,201	49	23
Total ²	2,851	3,189	2,762	2,917	2,907	2	-9

¹ Incluye a la URSS, Europa Oriental y China

² Incluye líquidos de gas

Fuente: *Petroleum Economist*, enero de 1988

CUADRO 2. Principales productores de petróleo fuera de la OPEP
(Millones de barriles anuales)

	1973	1979	1985	1986	1987	Cambio porcentual	
						1973/87	1979/87
URSS	3,140	4,307	4,373	4,520	4,586	46.05	6.5
Estados Unidos	3,995	3,699	3,861	3,734	3,603	-9.81	-2.6
México	191	590	1,101	1,003	1,050	449.73	77.9
China	390	774	917	960	977	150.50	26.2
Reino Unido	2	583	952	949	924	46,100.00	58.50
Noruega	11	148	297	330	373	3,290.00	152.0
Brasil	63	62	205	216	216	242.80	248.3
Omán	106	107	179	203	208	96.20	94.4

Fuente: *Petroleum Economist*, varios números.

APÉNDICE ESTADÍSTICO

CUADRO 3. Producción de petróleo en países de la OPEP
(Millones de barriles)

	1973	1979	1985	1986	1987	Cambio porcentual	
						1973/87	1979/87
Arabia Saudita	2,772	3,479	1,158	1,840	1,534	-44.6	-55.9
Irán	2,139	1,156	800	683	829	-61.2	-28.2
Kuwait	1,102	912	341	517	443	-59.8	-51.4
Iraq	736	1,269	512	616	759	3.1	-40.1
EAU	565	668	439	500	548	-3.0	-17.9
Qatar	208	185	105	121	114	-45.1	-38.3
Líbia	793	763	373	377	355	-55.2	-53.4
Argelia	400	421	245	219	231	-42.2	-45.1
Nigeria	749	840	544	534	469	-37.3	-44.1
Gabón	54	74	62	60	58	7.4	-21.6
Ecuador	76	78	102	100	61	-19.7	-21.7
Venezuela	1,228	860	613	632	631	-48.6	-26.6
Indonesia	488	580	430	492	478	-2.0	-17.5

Fuente: *Petroleum Economist*, varios números

CUADRO 4. Reservas probadas de petróleo en 1987
(Millones de barriles)

	Reservas (1)	%	Producción 1987 (2)	1/2
Total mundial	887,348	100.00	20,337	43.63
<i>América</i>	146,416	16.50	5,767	25.38
Argentina	2,270	0.25	153	14.83
Brasil	2,340	0.26	205	11.41
Canadá	6,825	0.76	547	12.97
Ecuador	1,615	0.18	57	28.33
México	48,610	5.48	912	53.30
Venezuela	56,300	6.34	580	97.06
Estados Unidos	25,270	2.80	3,020	8.36
Otros	3,186	0.35	293	10.87
<i>Asia-Pacífico</i>	19,353	2.18	1,131	17.11
Australia	1,692	0.19	206	8.21
Brunei	1,420	0.16	48	29.61
La India	4,250	0.47	222	19.14
Indonesia	8,400	0.95	430	19.53
Malasia	2,900	0.32	170	17.05
Otros	691	0.07	55	12.56
<i>Europa Occidental</i>	22,457	2.50	1,423	15.78
Noruega	14,800	1.60	355	41.69
Reino Unido	5,200	0.58	890	5.84
Otros	2,457	0.27	178	13.80
<i>Medio Oriente</i>	564,680	63.60	4,562	123.77
EAU	97,705	11.00	516	189.35
Irán	92,850	10.40	854	108.72
Iraq	100,000	11.26	762	131.23
Kuwait	91,920	10.35	397	231.53
Zona neutral	5,210	0.58	145	35.93
Omán	4,012	0.45	206	19.47
Qatar	3,150	0.35	103	30.58
Arabia Saudita	166,980	18.81	1,478	112.97
Siria	1,750	0.19	84	20.83
Otros	1,103	0.12	17	64.88
<i>Africa</i>	55,249	6.22	1,735	31.84
Argelia	8,500	0.95	236	36.01
Egipto	4,300	0.48	328	13.10
Libia	21,000	2.36	371	56.6
Nigeria	15,980	1.80	451	35.43
Otros	5,469	0.61	349	15.67
<i>Bloque socialista</i>	79,200	8.92	5,671	13.96
China	18,400	2.07	949	19.38
URSS	59,000	6.65	4,555	12.95

Fuente: *Oil and Gas Journal*, diciembre de 1987.

APÉNDICE ESTADÍSTICO

CUADRO 5. Cuotas de producción de la OPEP
(Millones de barriles)

	Enero-junio 1987		Diciembre 1986		Octubre 1986	
	Valor	%	Valor	%	Valor	%
Total	15.800	100.00	15.039	100.00	16.000	100.00
Venezuela	1.495	9.46	1.574	10.47	1.550	9.70
Ecuador	0.210	1.33	0.221	1.47	0.183	1.14
Argelia	0.635	4.02	0.669	4.45	0.663	4.14
Gabón	0.152	0.96	0.160	1.06	0.137	0.86
Indonesia	1.133	7.17	1.193	7.93	1.189	7.43
Irán	2.255	14.27	2.317	15.41	2.300	14.38
Iraq	1.466	9.28	—	—	1.200	7.50
Kuwait	0.948	6.00	0.999	6.64	0.900	5.63
Libia	0.948	6.00	0.999	6.64	0.990	6.19
Nigeria	1.238	7.84	1.304	8.67	1.300	8.13
Qatar	0.285	1.80	0.300	1.99	0.280	1.75
Arabia Saudita	4.133	26.16	4.353	28.94	4.353	27.21
EAU	0.902	5.71	0.950	6.32	0.950	5.94

Fuente: *Excelsior*, 22 de diciembre de 1986

CUADRO 6. Precios promedio del petróleo
(Dólares)

	OPEP	No OPEP	Global
31 de diciembre, 1978	13.03	13.44	13.08
1 de enero, 1981	34.82	38.54	35.49
1 de enero, 1985	28.43	28.16	28.33
1 de enero, 1986	27.81	26.14	27.19
28 de febrero, 1986	26.88	18.73	23.73
19 de diciembre, 1986	14.01	14.42	14.18

Fuente: *Petroleum Economist*, febrero de 1987. Precios promedio ponderado de acuerdo con los precios oficiales de venta y los estimados de entrega por contrato. En el cálculo se consideraron 27 tipos distintos de crudo.

CUADRO 7. Ingresos por exportación de crudo de la OPEP
(miles de millones de dólares)

	1979	1980	1985	1986	1987	1986/1987
Total	195.2	278.7	133	78	88.3	17.7
Arabia Saudita	57.5	102.0	27	20	21.5	7.5
Iraq	21.3	26.0	12	7	11.4	63.0
Irán	10.1	13.5	14	5	9.4	90.0
EAU	12.9	19.5	12	7	8.8	25.7
Nigeria	16.6	25.6	13	7	7.4	5.7
Venezuela	13.5	17.6	13	7	7.4	5.7
Libia	15.2	22.6	10	5	5.7	14.0
Kuwait	16.7	17.9	9	6	5.4	-10.0
Indonesia	8.9	12.9	4	4	4.5	12.4
Argelia	7.5	12.5	8	4	3.4	15.0
Qatar	3.6	5.4	3	1	1.9	90.0
Gabón	1.4	1.8	1	1	0.9	-10.0
Ecuador	1.0	1.4	2	1	0.6	-40.0

Fuente: *Petroleum Economist*, julio de 1987 y *The Economist*, 19 de marzo de 1988.